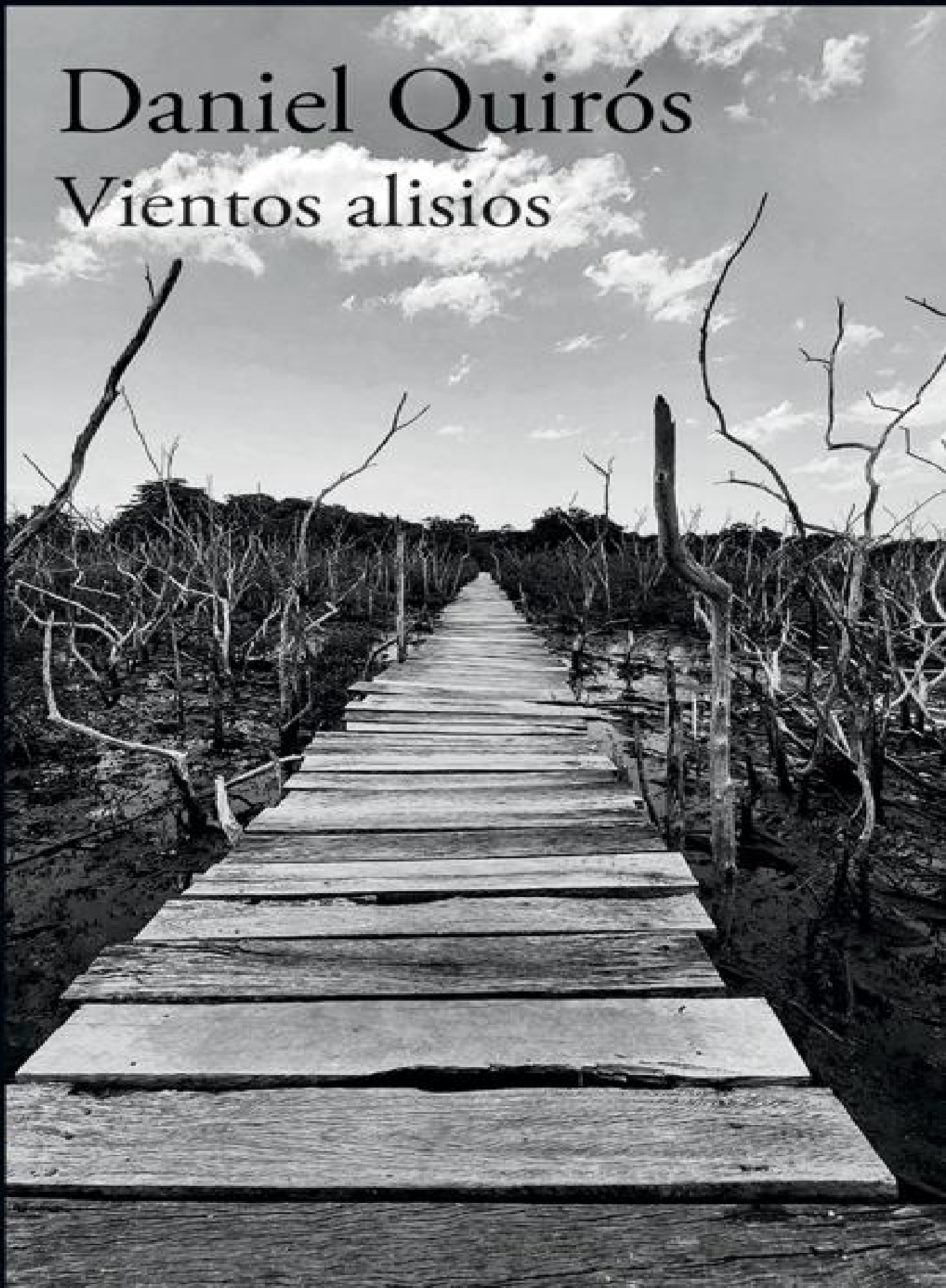
ALFAGUARA

# Daniel Quirós

## Vientos alisios



Narrativa Hispánica

# Daniel Quirós

## Vientos alisios

ALFAGUARA

*Para la Macha, Eva y Sol: el más lindo horizonte*

*What does the spring wind have in mind,*
*coming day and night to these groves and gardens?*
*It never asks who owns the peach and damson trees*
*but blows away their crimson without a word.*

Ch'i-Chi, «Song of the Spring Wind»
(traducción al inglés de Burton Watson)

# I

Los vientos alisios entraron en diciembre, como todos los años. Por la noche los escuchaba pasar en tropel sobre las llanuras y el mar. Hacían temblar las latas de zinc del cielorraso, abrían ventanas y cerraban puertas, como si en vez de viento más bien fueran espectros que rondaban torpes entre el silencio de mis pasillos.

Dicen que son vientos que vienen del este. De diciembre a mayo se juntan con vientos fríos del norte y apagan el calor y las lluvias; encienden las olas y hacen bajar corrientes frías también. Soplan tan fuerte que hacen doler la sal sobre la piel, especialmente en las madrugadas o tardes frente a la costa, cuando el sol nace o muere entre los cielos despejados de fin de año. Los locales siempre dicen que ha entrado el verano y tienen razón —el verano tico, por lo menos—. Eso los hace sentirse aliviados al principio, hasta con ilusión. Pero eso no les dura mucho. Ese fin de año a mí tampoco me duró mucho.

Era cerca de Navidad y yo me tomaba las cervezas de siempre en el bar de doña Eulalia. Miraba las pangas de los pescadores acercarse al otro lado de la calle, sobre el horizonte del mar; después a los pescadores bajar y desmontar los motores mientras sus familiares los ayudaban a jalar las pangas a la parte más alta de la arena. Ahí se quedaban hasta el día siguiente, con la madera carcomida y la bandera nacional pintada en la proa, frágil y pequeña.

La pesca había estado mala de nuevo. Los pescadores ya no encontraban la misma abundancia en los bancos de peces, o en las

langostas y pulpos que se escondían entre los arrecifes. Sacaban poco y vendían menos, a precios que casi ni daban para comer. Era como ver morir una forma de vida. Estaba claro que las nuevas generaciones no querían seguir la misma profesión que sus padres. Se iban para las ciudades a buscar peores empleos; luego regresaban durante el fin de año con celulares baratos y colores demasiado chillones. Infectaban a los chiquillos con deseos que ni siquiera sabían que tenían; todo además magnificado por esas familias ricas de la capital o los extranjeros con plata que venían a pasar las vacaciones en casas y desarrollos privados. Llegaban en sus todoterrenos nuevos a comprar pescado al pueblo, llenos de aparatos electrónicos, ropa de marca y un olor a cosas nuevas. Para peores se ponían a regatear con los pescadores; después salían con las hieleras llenas para armar sus ceviches y asados, según ellos muy auténticos.

Algunos hasta tenían el descaro de asombrarse cuando se les desaparecía alguna cosa: un teléfono, la computadora o el equipo del carro. En casos más serios, habían encontrado sus casas saqueadas durante la ausencia: la televisión no estaba o faltaba alguno de los kayaks o los electrodomésticos. Una vez, inclusive se había visto un camión de mudanzas entrar a uno de los desarrollos. Nadie supo quién lo dejó entrar o nadie quiso decir. Salió completamente lleno, con aparatos de aire acondicionado, televisiones, muebles, joyas, ropa y pinturas. Dicen que varias de las cosas aparecieron en una reventa cerca de Cañas. Las demás nunca se volvieron a ver o el que las vio nunca dijo nada. Tampoco se arrestó a nadie, aunque las malas lenguas decían que había sido el hijo de uno de los pescadores locales, que volvió al pueblo con mañas aprendidas de la capital. Él y varios otros —no se sabe cuántos; nunca se supo— encontraron presa fácil en las casas. Decían que alguien en el OIJ los había ayudado, pero la gente también habla mucha mierda. Lo que sí es cierto es que se desató una pequeña epidemia de casas robadas durante esos días: en Paraíso, Junquillal, Playa Negra y Marbella. Después solamente subió o bajó o cambió de forma.

Y, sin embargo, uno que otro extranjero también se llevaba bien con los locales. Participaban en las reuniones de la ASADA, el sistema de agua comunal, o dejaban trabajitos en un pueblo donde siempre escaseaban: chapeadas de monte, reparaciones, limpieza de casas, vigilancia. Los locales incluso llegaban a quererlos, como con la pareja de ticos que ayudaba en la escuela, los italianos que abrían su casa a fiestas, o el ucraniano que fue campeón de *freediving* en su país. Durante el fin de año, al ucraniano siempre se le veía salir del agua con el arpón y algún pescado gigante en la mano, el pecho inflado encima de la tanga como un Charles Atlas del mar negro. Pasaba al bar de doña Eulalia antes de irse a casa, y, si andaba de buenas, invitaba a tragos en la barra. Eso nunca le caía mal a nadie. Además, casi siempre andaba de buenas.

Así Paraíso se iba llenando de gente para las vacaciones. Las escasas trescientas personas crecían y se multiplicaban; luego venían a destruir todas las formas de mi tranquilidad. Yo, que había salido huyendo de la Revolución en Nicaragua durante la década de los ochenta, desilusionado con un país que ni siquiera era el mío, solo para terminar también desilusionado y harto de los años de burocracia en mi trabajo en el Instituto Nacional de Seguros, como perito de accidentes. Mi padre me había heredado el terreno cerca de Paraíso y pensé que ahí podría entregarme al silencio y el olvido. En su lugar, especialmente durante diciembre, veía las playas infectadas con radios y juegos de futbol; el minisúper desprovisto de hielo y las cosas más básicas. Hasta el bar de doña Eulalia se llenaba a veces. Se le ocurría a algún turista o nacional venir a experimentar «el ambiente local». Atestaban el lugar de ruido y preguntas idiotas sobre opciones vegetarianas, leche de soya o cervezas importadas.

Para peores, solo parecía afectarme a mí. Doña Eulalia estaba feliz porque hacía su plata, los pescadores porque a veces les pagaban decentemente y el resto de los locales porque aparecían trabajos aquí y allá. Todo un puto carrusel de alegría. Pero yo lo tenía muy claro: diciembre nunca traía nada bueno.

Tal vez por eso le puse atención al hombre. Noté su pick-up estacionarse en la playa del frente; después lo miré cruzar la calle de tierra hacia el bar. De reojo lo vi preguntarle algo a doña Eulalia en

la barra mientras la señora apuntaba a mi mesa con la mirada. Mis vacaciones estaban a punto de terminar.

Hacía un tiempo, la gente en el área había empezado a contratarme para que los ayudara con diferentes investigaciones: tráfico de drogas, asesinatos, robos, hijas e hijos que se habían ido de casa. Todo extraoficialmente, por supuesto, a lo privado. Los trabajos no pagaban mucho, pero por lo menos dejaban algunos colones para las cuentas y las cervezas. Además, no había mucho más que hacer en ese pueblo y, a fin de cuentas, de pan sí vive el hombre.

El cliente nuevo tenía unos treinta y resto de años. Se veía aún joven, pero algo en su cansancio, las arrugas en el rostro y el cabello salpicado de blanco, revelaba que estaba aproximándose a los cuarenta. Llevaba una camisa blanca de cuello, con las mangas cortas y el logo de una empresa sobre el pecho izquierdo; además unos jeans oscuros y tenis que podrían describirse como semiformales: el uniforme de trabajo. No era musculoso, pero se notaba que estaba en forma. En el brazo izquierdo tenía un tatuaje extenso —figuras geométricas en blanco y negro—, y su cabello corto, al estilo de un David Beckham criollo, parecía, al igual que su piel, teñido rubio por el sol. Surfista, sin duda.

Dijo que se llamaba Alejandro Lomas. Trabajaba para una consultora ambiental que él mismo había fundado; él y su colega: Jaime Morales. Por eso venía a verme, dijo, a causa de su colega. Había desaparecido. Un día no llegó al trabajo y había pasado una semana desde que alguien lo vio. Ninguna llamada. Ningún contacto. Su familia tampoco sabía nada de él y todos estaban preocupados. Quería que yo lo buscara.

—Eso es para la policía, Alejandro. Repórteselo al OIJ.

Ya lo había hecho. Puso la denuncia y le informaron que se estarían comunicando con él. Cada día llamaba y le decían lo mismo. La noticia se publicó en un diario local, y eso le había dado un poco de resonancia y atención, pero aún no se sabía nada. Las llamadas al celular de Jaime seguían sin ser contestadas y tampoco hubo respuesta a múltiples correos y mensajes. El OIJ contactó a familiares, amigos, clientes. Nadie sabía nada.

La noche antes de venir a verme, Alejandro había recibido un correo electrónico de Megan, una amiga gringa que tuvo un hotel en el área —Jaime y él habían hecho algunos trabajos para ella—. Megan se enteró de la desaparición por Facebook y le dijo a Alejandro que me buscara. En algún momento, ella me había contratado también, aunque no salió muy bien parada del asunto. Más bien mal parada. Clase de recomendación.

—¿Y usted conocía bien a Jaime?

—De toda la vida, don Chepe.

Habían ido al mismo colegio; después los dos se graduaron de la Universidad de Costa Rica en Biología. Eran de San José, pero desde la adolescencia venían mucho a Guanacaste. Eran fiebres del surf y siempre estaban en busca de olas, con o sin dinero. Pasaban las vacaciones y feriados acampando en las playas locales, a veces por semanas enteras. Sobrevivían a punta de agua de pozo, macarrones y atún.

Finalmente, se hartaron de sus trabajos en la capital. Dejaron la vida de tráfico y esmog y fundaron la consultora ambiental en la zona, que les empezó a dar trabajo. Ganaban menos, dijo Alejandro, pero vivían más. Surfeaban casi todos los días, pasaban más tiempo con los chamacos y sus compañeras. Últimamente habían empezado a hacer buena plata. Los trabajos dispersos de los primeros años dieron lugar a más posibilidades al crecer la zona. En los últimos meses, inclusive tuvieron que rechazar varias ofertas. Estaban con ganas de contratar a más gente, seguir creciendo. Hasta tenían una secretaria.

Más que todo, ayudaban a compañías o personas a desarrollar distintos tipos de proyectos: condominios, casas, centros comerciales, turbinas eólicas, hoteles. Daban asesoría para las certificaciones de sostenibilidad, llenaban los formularios correspondientes o hacían diferentes tipos de evaluaciones: análisis de tierra, pozos o contaminación, estudios de impacto ambiental para presentar ante la Secretaría Técnica Nacional Ambiental (SETENA). Toda una burocracia, pensé. Recordé mis años como agente del INS en San José. Yo también había salido corriendo de ahí.

Lo que le preocupaba a Alejandro era que Jaime había desaparecido durante un estudio bastante controversial. Este tenía que ver con el estero de Playa Almendros, una playa a quince kilómetros de Paraíso. El tal estero se convertía en un manglar y luego conectaba con un sistema más grande de canales que, al final, formaba el Refugio de Vida Silvestre; también separaba Playa Almendros de un desarrollo inmenso, llamado Blue Beach, que incluía cancha de golf, casas de lujo, condominios y uno de esos hoteles cinco estrellas que cuestan más por noche que el salario mensual de una de sus empleadas. En los últimos meses, nadie sabía por qué la conexión al mar había desaparecido. Sin la constante oxigenación de las mareas, el agua se había estancado. Básicamente, se estaba pudriendo.

Al principio, a nadie le importó. Quizás no se dieron cuenta o quizás no pensaron que fuera algo muy serio. Luego vino el olor. Un olor a podrido, a muerte. El dueño de un hotel ecológico local —Roque, un hombre que yo conocía— fue el primero en quejarse. Organizó a un grupo de vecinos y entre todos protestaron ante el Ministerio de Ambiente y Energía. Culpaban al desarrollo por la situación; decían que el estancamiento era a causa de los movimientos de tierra, la mala planificación en el manejo de los desechos y aguas pluviales. Básicamente, lo pintaban como un desastre ecológico: el manglar asesinado.

Por otro lado, el desarrollo se defendía. Decían que habían cumplido con todas las normas y que las acusaciones no tenían base. El proyecto había sido aprobado en el SETENA y la Municipalidad. La pérdida de la desembocadura y el estancamiento del manglar eran un fenómeno natural y nada tenía que ver con ellos. Acusaban a sus críticos de ser una minoría histérica que no quería ver progresar a la zona.

En fin, toda una bronca con su largo historial. Porque desde un comienzo, Roque y varios vecinos se habían opuesto al desarrollo. La situación del manglar solo reanimó el conflicto. Volvieron a discutir. Luego se cansaron de discutir y trataron de reconciliarse. A fin de cuentas, a nadie le convenía vivir con esa hediondez. Entre todos contrataron una excavadora para forzar un nuevo canal hacia el mar.

Pero no funcionó. A los días las mareas borraron las huellas del intento y el manglar siguió igual. Podrido.

Entonces la bronca se reanimó. Roque y algunos vecinos decidieron contratar a alguien para hacer pruebas físico-químicas del agua, entre otras cosas. Ahí era donde entraba Arboleda, la compañía de Jaime y Alejandro.

—Nos metimos en la pura boca del lobo, don Chepe.

—¿Y qué fue lo que encontraron?

—Pues esa es la cuestión.

Jaime había desaparecido antes de entregar los resultados de las muestras. Eso era lo que ponía nervioso a Alejandro. Especialmente porque Jaime le había dicho que quería terminar todo antes de las vacaciones —cerraban ese viernes para la Navidad y el fin de año, unas dos semanas—.

—Por eso necesitamos que usted investigue, don Chepe.

Tomé un trago largo de la cerveza mientras pensaba las cosas un poco. Era cerca del mediodía y la barra se había llenado de voces y botellas. Doña Eulalia y Karina, una de sus hijas, repartían platos de comida entre las mesas —durante el fin de año habían empezado a servir un plato del día informal, desayunos, entre otras cosas—. Pensé en Jaime; en la situación del manglar. Todo sonaba muy mal. Pero peor sonaba no tener dinero para las cervezas de fin de año. No era un momento como para estarme dando gustos.

Le hice unas últimas preguntas a Alejandro y le pedí los contactos de familiares y conocidos de Jaime; también una foto. Dijo que la había traído, por si acaso. La sacó del bolsillo trasero de los jeans y la puso encima de la mesa.

—Se la iba a enviar a un celular, pero Megan me dijo que usted es medio alérgico a la tecnología.

Había sido tomada en una playa local, durante el atardecer. El rostro de Jaime salía en primer plano, iluminado por tintes de naranja. Se veía sonriente, moreno, con el cabello largo goteando agua sobre un pecho descubierto. Habría salido de surfear, pensé. Casi se podía sentir el olor a sal en la foto, la certidumbre de que el mar estaba en frente o muy cerca.

Le dije a Alejandro que lo estaría contactando, aunque no podía garantizar nada.

—Una semana ya es mucho tiempo —le dije—. No quiero desilusionarlo, pero imagino que sabrá que no pinta bien la cosa.

Alejandro afirmó con la cabeza. Sus ojos se aguaron un poco. Después se despidió y lo vi cruzar la calle hasta el pick-up, un Mitsubishi rojo. A cada lado, había una calcomanía con el mismo logo de su camisa: un árbol de Guanacaste y abajo el nombre de la compañía. La boca del lobo es poco, pensé. Pagué la cuenta y salí en busca del carro. Había que empezar en Playa Almendros.

# II

Para llegar a Playa Almendros se manejaba por la costanera hacia el norte. Era una calle angosta, de tierra, que subía entre potreros abandonados y casas dispersas. Cuando recién me había mudado a Guanacaste, de vez en cuando hacía el trayecto. Muchas veces prefería ir a Playa Almendros que a las playas más cercanas a Paraíso. Supongo que el viaje me ayudaba a desconectarme un poco. También el lugar siempre me había gustado: una playa extensa, de arena blanca, que se podía caminar hasta el estero y más allá.

En esa época, solo la visitaban locales o surfistas extranjeros. Aún no existía el internet ni las guías turísticas, así que casi nadie sabía del lugar. Además, era muy difícil acceder ahí. Durante la época de lluvias, únicamente los carros con doble tracción podían pasar. A veces ni siquiera esos. Varios trayectos eran casi intransitables, y no era raro toparse con pick-ups o todoterrenos estancados en el barro, los choferes a un lado, empujando los carros mientras las llantas daban vueltas inútilmente y los iban salpicando.

Hacía tiempo que no visitaba la playa, y al ir completando los quince kilómetros del camino vi que la zona había cambiado bastante. A ambos lados de la calle se veían bares y restaurantes nuevos, oficinas de bienes raíces, hoteles pequeños y casas modernas. Cerca de la entrada a Playa Negra había un centro comercial que no conocía, con minisúper, *skate park*, restaurante y estudio de yoga. La calle también estaba recién cubierta de lastre. Ahora era plana y uniforme, sin tramos difíciles. Inclusive construyeron un puente encima de dos ríos que antes se cruzaban con el carro.

Después de media hora, la costanera se convirtió en una calle más angosta, paralela al mar: el comienzo de Playa Almendros. Cien metros más adelante, me topé con una encrucijada: a la izquierda, la calle bajaba a la playa; a la derecha, continuaba al pueblo de Parrilla, más playas y más pueblos.

Doblé a la izquierda y seguí a un terreno plano, rodeado de bosque seco, con una larga explanada de cemento: el parqueo. El lugar estaba lleno de carros, y un guachimán ayudaba a acomodarlos en hileras mediante esas gesticulaciones inútiles que siempre hacen los guachimanes. Estacioné al lado de un todoterreno nuevo y le tuve que pagar mil pesos al guachi por el día. El tipo hasta me pasó un recibo de cartón, hecho a mano, con el monto escrito en lapicero y un sello en forma de auto. Qué profesionalismo.

En la entrada a la playa, frente al mar, había un bar-restaurante nuevo —una de las razones por las que había dejado de venir—. El dueño era un italiano que le compró el terreno a una familia ganadera con mucha tierra y poca plata. Era uno de esos negocios con menús en inglés: Beach Break Lounge o algo parecido. Servían opciones veganas, sushi y cervezas que costaban tres veces más que en el bar de doña Eulalia. Progreso, como dicen.

Pasé el lugar por alto y, ya en la arena, me dirigí hacia el norte a buscar el estero. La marea estaba baja, así que gran parte de la playa estaba expuesta. Una multitud de hieleras, sombrillas y sillas poblaba el horizonte. Adentro del mar, los tres o cuatro surfistas de antes habían sido reemplazados por todo un ejército de nacionales y turistas, como un hormiguero que algún niño alborotó en la superficie del mar. Entre todos se peleaban olas casi inexistentes, o esperaban sobre sus tablas mientras la marea empezaba a llenar.

El trayecto al estero era de tal vez un kilómetro desde la entrada; después la playa continuaba otro kilómetro más. Eso significaba que, si la desembocadura había desaparecido —no se veía a la distancia —, la playa estaría duplicada, juntándose con el área directamente enfrente al desarrollo Blue Beach.

Así fue. Ya no había división entre dos lados de un estero, y si no conociera bien el lugar, ni siquiera me habría dado cuenta. Antes había que cruzar la desembocadura con agua que llegaba a la

cintura o los hombros, dependiendo de las mareas. Ahora los transeúntes, caminantes o corredores dispersos, pasaban sin ningún problema.

Doblé de la costa hacia el interior. Un olor, como de animal muerto o comida podrida, crecía al acercarme donde la vieja desembocadura se convertía en manglar. El agua se veía diferente ahí, más oxidada, como una taza de café que alguien dejó olvidada en la mesa. Los mangles y otros árboles parecían más decaídos, casi enfermos, y el hedor era cada vez más fuerte, salvaje y agrio. Solo hacia el interior todo parecía más saludable. Ahí el manglar se convertía en una serie de canales que, aunque no se veían, continuaban hasta el Refugio de Vida Silvestre.

Del lado norte, varias propiedades de Blue Beach estaban en obra gris. Se veían esqueletos de casas y condominios, junto a mezcladoras de cemento, piedrilla, carretillos, herramientas varias y andamios. No había nadie, y seguramente reanudarían los trabajos hasta el año nuevo, pensé. Con este escenario, quién sabe cómo iban a hacer para vender el futuro encanto de esas vistas de lujo y piscinas infinitas.

Caminé por la orilla del manglar un tiempo, aunque no parecía haber mucho que ver, ni tampoco sabía precisamente qué era lo que estaba buscando. El lugar siempre había sido tranquilo, un ambiente que, si no fuera por los cambios en el color del agua, el olor y los árboles, invitaría a la calma y la reflexión. Sin embargo, esa tranquilidad también podía tener otro lado, pensé. Era un buen lugar para desaparecer a alguien.

Bordeé la orilla sin encontrar mucho: botellas vacías, envoltorios de papas fritas, cuerdas de pesca y anzuelos descartados. Era hora de volver. Caminé al carro y pensé en ir a darme una vuelta al hotel ecológico. Tal vez Roque, el dueño, podría decirme algo de Jaime y su desaparición. Las propiedades de su hotel limitaban con la peor parte del agua estancada y seguramente estaría encantado con su nuevo perfume de playa. Algo tendría que decirme.

# III

La entrada al hotel estaba sobre la costanera, un kilómetro al norte de Playa Almendros. Era el hotel más viejo de la zona, y en algún momento también fue el único. Decían que Roque venía de una familia de plata de la capital, y que durante la década de los ochenta, después de dejar la universidad y meterse en varias broncas que ya nadie recordaba, su padre le ayudó a conseguir el préstamo para el hotel o él mismo se lo dio.

En aquel entonces era como un oasis entre la nada, básico pero bonito, con cinco ranchos —cada uno con dos cuartos— que se extendían hacia otro rancho más grande, con piscina adjunta, que servía de lobby, restaurante y bar. Más que todo llegaban al lugar surfistas extranjeros y uno que otro turista nacional buscando aventura, casi nadie más.

La primera vez yo había ido en busca de alguien que me ayudara a rescatar el Suzuki de un tramo de barro intenso, donde había quedado atascado. Roque tenía un pick-up 4×4, con *winch*, y salió bajo un aguacero terrible a ayudarme. Durante la época baja, a veces sobrellevaba la falta de huéspedes así, rescatando turistas de los tramos más difíciles y cobrando lo que le daba la gana por el favor. Era un buen negocio, ya que sus clientes nunca estaban en la mejor posición para negociar. Hacía buena plata.

Sin embargo, a mí no me cobró nada ese día y así se ganó un cliente más. Cuando iba a Playa Almendros, siempre pasaba al hotel después por una cerveza o algo que comer. Me sentaba en la barra y hablaba con Roque o Carmen, su esposa. Aparte de ellos dos, la fuerza laboral principal del hotel consistía en un jardinero, un guarda y varias mujeres locales que ayudaban en la cocina y con los

cuartos. Cuando no había gente, llegaban a sentarse a la barra también. Se resguardaban de la lluvia y un poco de esa soledad compartida.

Al hotel le había ido bien. A lo largo de los años, el turismo incrementó, aunque no tanto el número de hoteles en el área. La comunidad aún se mantenía pequeña, con pocos restaurantes, cabinas, y solo uno que otro albergue. No había mucha competencia.

El desarrollo de Blue Beach había cambiado todo eso. Sin duda era el coloso de la zona; algo que contrastaba fuertemente con el ambiente más rústico del hotel de Roque y los negocios de sus vecinos. Los inversionistas de Blue Beach incluso le habían hecho varias ofertas a Roque a través de los años; le querían comprar el terreno del hotel, especialmente porque Roque tenía casi el único acceso al estero y el manglar. Era uno de los atractivos más grandes del hotel. La gente de Blue Beach veía grandes oportunidades de lucro ahí: ampliar el puente pequeño que construyó Roque sobre parte del manglar, edificar torres de observación para turistas pajareros, tal vez añadir un muelle con tours en lancha hacia los canales y el Refugio de Vida Silvestre.

Pero Roque nunca quiso cambiar el perfil pequeño —de bajo impacto, decía— del hotel. De hecho, había invertido el dinero de la herencia de su padre —el señor había muerto hacía como diez años — en comprar toda la tierra posible entre el hotel y Blue Beach. La designó como un área de preservación que nunca desarrollaría. El puente rústico no cambió, tampoco el hotel, y el paso estaba abierto a los locales o a cualquiera que quisiera entrar.

Doblé a la izquierda sobre la calle y entré al hotel. El parqueo estaba lleno; la época alta en su máximo apogeo. A mi alrededor, la propiedad no parecía haber cambiado mucho. Los jardines extensos seguían bien cuidados, con más árboles frutales, flores y zonas de trillos. Roque también había construido unos cuantos ranchos más y renovó los que tenía: pintura fresca, retoques modernos y una terraza donde varios huéspedes leían en mecedoras.

Estacioné hacia el final del parqueo, frente a un camino de cemento que subía al rancho principal, una gran estructura cónica,

alta y abierta, con techo de palmas y un corredor largo que iba desde la recepción hasta un comedor con bar y cocina. Roque estaba detrás de la barra.

—Si no lo veo con mis propios ojos, no lo creo… ¡Don Chepe! Tanto tiempo.

—¿Cómo vas, Roque?

—Pues aquí con estos hijueputas turistas encima. Cada vez se vuelven más necios. Pero no me quejo… O sí me quejo, pero ¿de qué me sirve? ¿Quiere una birrita?

—Diay, pasame una Pilsen.

—Claro, por lo menos que alguien se la tome… Ya vengo a hablar con usted.

Puso la cerveza encima de la barra y me senté mientras él se dirigía a una de las mesas del comedor. Una pareja de gringos con sus dos hijos pedía del menú. Estaban todos quemados, con la cara y los brazos rojos en parches desiguales. Roque les tomó la orden y fue a pasársela a los cocineros por una ventanilla detrás de la barra. Después fue a otra mesa y a otra más. Tomó las órdenes y sacó gaseosas, cervezas y refrescos naturales de la hielera. Los llevó a las mesas.

Mientras tanto, yo volcaba los ojos sobre el espacio y los huéspedes. Aparte de la familia, había una pareja de adultos mayores que almorzaba y leía en silencio, otra pareja gay que tomaba cervezas y varios surfistas frente a platos de nachos y hamburguesas, con cara de que habían surfeado demasiado y fumado aún más mota. Atrás del comedor, en los jardines, se veía la piscina. Varios niños y algunos adolescentes jugaban y nadaban entre las aguas.

Decidí almorzar también. Pedí un casado con pescado y otra cerveza. Comí y, poco a poco, las mesas se fueron vaciando. El silencio empezó a ganarle al ruido de las voces, los utensilios que raspaban los platos y el salpicar del agua en la piscina. Cuando el espacio estaba casi vacío, Roque abrió una cerveza y vino a hablar conmigo desde el otro lado de la barra.

—Es el primer descanso que he tenido en todo el día. Hemos estado de locos.

—¿Llenos?

—Sí. Llenos de aquí hasta febrero. Buena plata, pero poca tranquilidad. Siempre es así en la época alta. Se agradece y también no se agradece. Pero bueno… ¿Qué lo trae por aquí, don Chepe? Viera que no le veo pinta como de que anda vacacionando.

—Qué va. Breteando. Me contrataron para buscar al biólogo que desapareció, Jaime Morales.

—Está feo eso, don Chepe. Todo se ha puesto muy feo.

Tomó un trago largo de la cerveza y continuó:

—Yo fui el que lo contrató, en nombre de la asociación de vecinos de por acá. Estos hijueputas de Blue Beach nos destruyeron el manglar con esas construcciones nuevas y ahora quieren destruirnos a nosotros también. Está de miedo esto, don Chepe. Ha cambiado mucho la cosa desde que yo lo sacaba a usted del barro.

—¿Y en serio creés que el desarrollo está involucrado en la desaparición?

—Claro, ¿quién más va a ser? ¿Quién más tiene razón para que no salgan a la luz los resultados de esos estudios? Es pura intimidación: crear miedo entre la gente para que se quede callada y no haga nada. ¿En Limón no mataron a un chiquillo por defender huevos de tortuga? No se necesita mucha razón para desaparecer a alguien hoy día. Solo ganas. Y plata.

—Pero echarse una bronca así tampoco les conviene a ellos.

—Solo si los descubren. Si no…

A mí me parecía exagerada la teoría, pero me guardé el comentario. Roque tenía reputación de ser así, un poco exagerado. Algunos decían que era apasionado; otros que más bien agresivo y peleonero. Era conocido por defender el área y su naturaleza a muerte, pero también se le podía ir la mano con la militancia. No era alguien con quien se podía negociar fácilmente o llegar a consensos. Perdía la paciencia rápido y tenía varias broncas pendientes.

Contó que después de que desapareció la conexión al mar, los vecinos volvieron a reunirse —él los reunió—. Hablaron con los desarrolladores de Blue Beach, y cuando fallaron los intentos de reabrir el canal fueron a la Municipalidad y al SETENA. Pero no tenían pruebas de nada; había que buscarlas. Ahí fue cuando contrataron a

Arboleda, la compañía de Jaime y Alejandro. Estaban esperando los resultados de las pruebas para confirmar lo que ya sospechaban: que el desarrollo era responsable del estancamiento de las aguas.

—El manglar se está pudriendo gracias a estos hijueputas, don Chepe. El olor, los mangles muertos. Viera cómo se ve la cosa de este lado. Vaya y vea… En algún momento, eso me va a afectar a mí y a toda la comunidad. Ya nos está afectando. Después de todo, ¿quién va a querer hospedarse al lado de un cementerio natural? Hasta a muerto huele eso.

—¿No podría ser a causa de otra cosa? Si construyeron ahí, tuvieron que haber sido aprobados los estudios de impacto ambiental y todo lo demás.

—Ay, don Chepe. Parece nuevo usted… ¿Acaso no hay un hotel gigante en Playa Langosta, dentro de la zona marítimo-terrestre, donde por ley no se puede construir? Usted sabe cómo es eso, se le pasa una plata a alguien de la Muni… O a veces se aprueban los diseños o planos constructores, y a media construcción se cambian para ahorrar plata. El anteproyecto podría haber tenido viabilidad ambiental, pero después… Por ahí viene un inspector a darse la vuelta y se le paga para que vea hacia otro lado… Con solo que se cambie el encauzamiento de aguas pluviales, por ejemplo, ya eso puede modificar los asentamientos de arena o la dinámica entre manglar y mar. Cualquier cambio puede tener efectos grandes en el ecosistema ahí.

Podía ser. Alguien se ponía a investigar, encontraba irregularidades… Pero con tanta hostilidad alrededor —Roque y los vecinos siempre encima—, ¿no se cuidarían de que todo estuviera en orden? Según decía Roque, algunas propiedades de Blue Beach incluso colindaban con los canales que llevaban al Refugio de Vida Silvestre. Ya dentro del Refugio, por ley, no se podía construir. El SETENA lo caracterizaba como área ambientalmente frágil, con restricciones más estrictas. Estaba difícil que hubiera irregularidades tan cerca de ahí; alguien se daría cuenta. ¿O no? Además, a Blue Beach le servía tener naturaleza y conservación cerca. Podían vender su ecoturismo y toda su ecoconciencia a los ricachones del Norte. También eso daba para hacer plata.

—¿Y en la Muni o el SETENA les han hecho caso? ¿Los han apoyado? —le pregunté.

—A esos hijueputas les vale verga. Hasta que no tengamos pruebas concretas no van a mover un dedo. Ya hablé con Alejandro y vamos a continuar el próximo año con todo esto; de por sí, usted sabe cómo es, ya nadie trabaja en esta época. ¡Pero yo callado no me voy a quedar! Hablé con un mae en el Concejo Municipal, uno de los regidores, y él dice que va a tratar de echarnos una mano, dependiendo de lo que encontremos, por supuesto. Yo estoy convencido de que va a salir algo. Este regidor fue el único que se opuso al desarrollo de Blue Beach en aquella época. Tiene güevos el mae.

—¿Cómo se llama?

—Antonio Marín.

Apunté el nombre en mi libreta y le pedí la cuenta a Roque.

—Nada que ver, don Chepe, usted aquí no paga. Además, viera que me siento un poco culpable por haber contratado a ese carajillo. Ojalá lo encuentre…

Contó que Jaime había llegado al hotel el día antes de su desaparición, temprano por la mañana. Roque estaba preparándose para el desayuno de los huéspedes y no le puso mucha atención. Lo saludó y lo dejó pasar al manglar. Ya de por sí había venido otras veces, inclusive de noche; sabía dónde estaba todo. Roque ni pasó tiempo con él. Al rato lo vio salir y se despidió con la mano, mientras lo veía caminar al parqueo. Fue la última vez que lo vio. No había tenido más contacto con él y no tenía nada que ofrecerme en cuanto a alguna sospecha o algo que le pareciera fuera de lugar —aparte de culpar a Blue Beach, por supuesto—. Después de la denuncia de Alejandro, pasaron un par de agentes del OIJ y le hicieron algunas preguntas, pero eso había sido todo.

—Ojalá aparezca —dijo—. En lo que pueda ayudarle, don Chepe, aquí estamos.

—Gracias, Roque. ¿Podría ir a darme una vuelta al manglar, entonces?

—Claro. Todo lo que quiera. No lo acompaño porque me da tristeza ir a ver cómo está eso, como un camposanto. Además, ya

hay que ir preparándose para la cena… Estos turistas no perdonan.

Le dije que a la vuelta pasaría a despedirme. Dejé la barra y caminé en dirección a la costa. Roque fue a la cocina y empezó a organizar a su equipo. Afuera, varios niños seguían jugando en la piscina. A ellos nada les preocupaba.

# IV

Continué por el camino que se dirigía hacia el manglar: un trillo de cemento que cruzaba los jardines del hotel y bajaba hasta el nivel del mar. En el trayecto no vi a nadie, y muy pronto empecé a darme cuenta de por qué.

Inicialmente, el tramo parecía igual a como lo recordaba. El camino descendía a un bosque seco de almendros —por eso el nombre de la playa— y el zacate daba lugar a arena mezclada con tierra. Pero esta vez, hacia el final del bosque, cuando empezaban a verse los primeros tablones de madera del puente que Roque había construido encima del manglar, empecé a sentir el mismo olor grueso, agrio, que percibí en la playa. Empeoró mientras me acercaba al puente; después las copas de los almendros desaparecieron y quedé frente a la orilla y los mangles. O lo que quedaba de ellos.

En vez de las hojas abundantes y verdes de antes, me topé con troncos secos y calcinados, como cruces bajo el cielo azul. Parecía un tipo de páramo de barro estancado. El único ruido provenía de agua que burbujeaba o de cangrejos que se amontonaban el uno sobre el otro, ahogándose o tratando de salir. Sin duda era un cementerio, como había dicho Roque. ¿Se podría recuperar?

En el puente no había nadie. A esa hora, hacía demasiado calor y el resplandor del sol ardía en el barro. El puente era el mismo de antes, rústico, hecho de tablones de madera muy simples que cruzaban de un lado del manglar al otro. No tenía barandas ni techo; tampoco estaba pintado. Roque solo construyó un rancho pequeño, con un par de bancas, a la mitad del puente. Ahí se sentaban las personas a pasar un rato tranquilo con el sonido del mar a la

distancia, o a avistar aves en las madrugadas y las tardes. A veces este roco necio también se colaba a fumar, con una o varias cervezas traídas del hotel.

Llegué al rancho y encendí el cigarrillo de siempre, como si pudiera borrar de mi vista esa agua oscura, el olor y los mangles como estacas clavadas en el horizonte. Fumé e inspeccioné el lugar. No había mucho que ver. Caminé al final del puente, que terminaba entre los mangles muertos y la vegetación que se volvía más densa en dirección a la costa. De ahí en adelante, el paso estaba más difícil. Alguna vez Roque había abierto un camino a la playa, pero luego decidió que impactaba demasiado al ambiente —la gente empezó a llegar al rancho; ensuciaba y tiraba basura—. Entonces optó por dejar que la naturaleza se apoderara del trillo de nuevo; lo dejó de mantener y creó otro acceso a la playa más al norte.

Traté de seguir el trillo de cualquier manera, pero el paso era muy difícil: barro que me tragaba los pies, raíces de mangles, ramas y maleza. Inicialmente, se me ocurrió la posibilidad de que Jaime se hubiera internado por ahí y hubiera sufrido algún accidente: un infarto, una caída, un ahogo extraño. Pero en el hotel siempre lo vieron entrar y salir. Además, nunca apareció su carro; se había esfumado con él. Eso incluso llevó a algún genio en el OIJ a sugerir que Jaime se fue voluntariamente o quería él mismo desaparecer, quizás por alguna bronca en casa o alguna deuda. Gracias a Alejandro, yo sabía que eso no era cierto. Se llevaba bien con la esposa, amaba a su hija y le gustaba lo que hacía. Es cierto que a veces las apariencias engañan, pero no me parecía que la cosa fuera por ese lado. Estaba muy claro que si algo había pasado, no había pasado ahí. Tiré la chinga del cigarrillo entre el lodo y volví al hotel.

Ya sobre los jardines, a la distancia, vi al jardinero mientras barría hojas y maleza. Era un hombre joven, de veintitantos años, seguramente de Parrilla, el pueblo local de donde procedía la mayoría de trabajadores del hotel. Pensé que tal vez podría decirme algo del estero o el manglar. De años anteriores, sabía que la gente del pueblo a veces pescaba ahí de noche. Los restos de las cuerdas y anzuelos que encontré a la orilla del manglar me indicaban que la práctica continuaba, especialmente en la parte que se alejaba hacia

los canales y humedales, más al noreste. Quizás alguien había visto a Jaime, o podría decirme algo de quién entraba y salía del lugar. Siempre existía la posibilidad de que se hubiera visto algo raro o sospechoso.

Me presenté mientras el jardinero dejaba de barrer y se apoyaba en el rastrillo, con la otra mano ante la frente para protegerse del sol. Por lo menos en el hotel no usaban esas sopladoras de mierda nuevas, pensé, aunque quizás para él sería más duro recolectar hojas así, con el sol guanacasteco encima. Sin embargo, el tipo parecía tranquilo, su piel morena tan tostada que era casi negra.

Dijo que se llamaba Erwin y que, en efecto, era de Parrilla. Cuando le pregunté por Jaime, respondió que apenas lo había conocido. Habló con él un par de veces pero no sabía nada de la desaparición o lo que pudo haber pasado. Tampoco sabía de gente que frecuentara el manglar, ni que pescara ahí.

—Eso está abandonado desde hace rato —me dijo.

Hablamos un poco más, aunque en verdad yo fui el que habló un poco más. Le hice varias preguntas adicionales que, en vez de lograr el comienzo de una conversación, me hicieron sentir más y más como un policía. Odio sentirme como un policía. Erwin era de esos tipos que apenas contestan y no les interesan ni las conversaciones ni hablar de ellos mismos. Lo dejé y me fui a despedir de Roque. Estaba detrás de la barra, contando recibos o sumando recibos o lo que sea que hace la gente que es dueña de lugares así.

—¿Cómo le fue, don Chepe? —preguntó mientras alzaba los ojos de la montaña de papeles.

—Está fuerte eso, Roque.

—Se lo dije, don Chepe. Es un desierto ahora. Blue Beach nos está matando. Está ahogando la naturaleza aquí, literalmente. Si la cosa sigue igual no va a quedar ni manglar, ni hotel, ni una mierda. Además, usted sabe que ese manglar conecta con el Refugio y sus humedales. Es posible que los vaya a afectar a ellos también.

—¿Piensan volver a hacer estudios del agua?

—Vamos a seguir de necios, claro. Yo voy a seguir de necio. Cuando pasen las fiestas y venga el año nuevo volveremos a la carga. No hay de otra… ¿Quiere otra birra?

—Qué va, Roque, mejor me voy. Quería pasar a ver a la compañera de Jaime, a ver qué me dice. Alejandro la llamó para decirle que yo la visitaría hoy. Me dijo que viven en Tama.

—Sí, creo que sí. Jaime me dijo que vivían por ahí. Estaban ahorrando plata para construir en un lote que tienen por Junquillal… No la conozco a ella. La verdad que siento una cosa terrible cuando pienso en esa familia. Tienen una hija de cuatro años que me recuerda mucho a Lili cuando tenía esa edad. ¿Ahora qué van a hacer? Solo pensar en que mi esposa o yo desaparezcamos así, un día cualquiera… Dejar a los güilas sin padre, sin plata. Uf. Qué duro.

—¿Y cómo está Lili? —pregunté. Yo había conocido a la hija de Roque cuando apenas era una bebé; ahora tendría cerca de once años. La gente siempre dice que el tiempo pasa muy rápido. Tal vez sea el más cierto de los clichés.

—Está linda, don Chepe, viera qué linda. La tenemos en una de esas escuelas bilingües que sangran a los tatas. Eso sí que es una estafa… Pero bueno, le va bien con el inglés, le gusta. Ahorita hay que pensar en un colegio y eso. Imagínese. Después vendrán las hormonas, los novios. No sea bárbaro…

Le pedí que me la saludara a ella y a Carmen, su esposa.

—Claro, don Chepe. Más bien se van a agüevar de que no lo vieron, pero andan donde los suegros en San José, solo por unos días. Mañana vienen. Se los van a traer para pasar la Navidad juntos. Al rato y se las topa si vuelve en estos días.

—Ojalá.

Antes de despedirme, le pregunté si no sabía de gente que pescara en el manglar o pasara tiempo ahí.

—A como está eso ahora, no creo. Tal vez no se acuerda, pero yo metía una panga ahí de vez en cuando. Hace tiempo que no… Es posible que Erwin, el jardinero nuevo, pueda decirle algo. Él pescaba mucho ahí, desde güililla. Andaba siempre por el manglar, los canales. Conoce todo eso muy bien. Si quiere se lo llamo…

Las mentiras y los pueblos pequeños.

—No te preocupés, Roque, gracias. Si es de Parrilla, tal vez paso a hablar con él a la vuelta de Tama. ¿Sabés dónde vive?

Me dio la dirección y le dije que volvería pronto. Si tenía alguna novedad, o me necesitaba para algo, podía llamar al bar de doña Eulalia.

—La misma oficina de siempre… Chapado a la antigua usted, don Chepe.

—Lo mesmo con los mesmos —contesté.

—Pues no lo van a dejar trabajar en paz durante estos días. Con ese escándalo…

—¿Cuál escándalo?

—Diay, el festival de música electrónica que hacen todos los años en Lagarto. Cuatro años lleva ya… Viene gente de todos lados. Hasta aquí nos llegan huéspedes a veces, como no hay mucho lugar dónde quedarse cerca de ahí.

Se me había olvidado. Lo peor de diciembre. Esos bajos de mierda de esa música de mierda. Hacían retumbar al pueblo con su vibración: DJs las 24 horas y un ejército de idiotas semidesnudos, como zombis bajo el efecto del MDMA. La gente del pueblo los odiaba; no podían dormir. Varios se habían quejado con la Municipalidad, pero la fiesta seguía, supuestamente porque era propiedad privada y todo eso. En el pueblo más bien decían que era gracias a los billetes que seguramente les pasaban por debajo de la mesa.

—Una mierda de música —dijo Roque.

En eso sí que estábamos de acuerdo. Además, los temas del festival siempre tenían que ver con alguna cuestión hipócrita como el medio ambiente, la paz o la armonía. Al final dejaban la playa llena de basura; contaminaban con su ruido, sus drogas y su gente. Para peores, el evento duraba cuatro días, y el costo de cada día era más de $250 por persona —también había paquetes de miles de dólares con estadía incluida, que no dejaban ni un centavo en el pueblo—. Obviamente, ninguno de los locales podía ir. La gente llegaba en bus; se iba en bus. Traían trabajadores de afuera también. Los beneficios de la gran aldea global.

Me despedí de Roque y fui en busca del carro. En el parqueo, pasé al lado de un grupo de surfistas que montaba tablas en el techo de un todoterreno alquilado, listos para la última sesión del

día. Se reían y se molestaban como solo los machos tontos pueden hacer. Por alguna razón, me hicieron pensar en la foto de Jaime que me había traído Alejandro: el atardecer que caía ante su rostro. ¿Será que volvería a surfear otra vez?

# V

En verdad no vivían en Tamarindo, sino en las afueras de Villarreal, en un pueblito que técnicamente se llamaba Santa Rosa. La compañera de Jaime, Adriana, me dijo que estaba muy caro el centro de Tamarindo. Los únicos que podían pagar esos precios eran los turistas o gringos con plata. Además, muchos de los apartamentos eran pequeños, como para solterones o solteronas. Era más difícil encontrar un espacio decente para una familia.

Llegaron a esa casa después de que Jaime trabajó en un proyecto de condominios cerca de ahí. Uno de los arquitectos la alquilaba, pero se devolvía para San José. Los conectó con el dueño y listo. Ya llevaban cinco años en el lugar, aunque tenían planes de construir en un lote que compraron por Junquillal.

—Mientras tanto, aquí estamos…

Adriana habló casi en un suspiro, y entendí que aún no se había acostumbrado a la ausencia de su compañero, o no sabía qué hacer con esa ausencia. No podía actuar en relación con una muerte, no podía empezar un luto, ni tampoco podía negar la ilusión. ¿Cómo no dar cabida a esa ilusión?

—Es como estar congelada —me dijo—. No se puede ir ni para adelante ni para atrás.

Su hija Marina estaba congelada con ella. Era una niña de cuatro años, como me había dicho Roque, de ojos claros y piel morena. No dijo nada cuando abrieron la puerta; ella en brazos de su madre. Me hicieron pasar a un vestíbulo pequeño, con una mesa de entrada cubierta con fotos de la familia, adornos y plantas suculentas. Sobre la pared, había un cuadro abstracto. Estaba pintado a mano y quería ser el mar o saber qué quería ser.

—Lo pintó Adri —me dijo una señora de sesenta años que entró a saludarme.

No tuvo que decirme quién era porque, con solo verla, se notaba el parentesco: la madre de Adriana. Se llamaba Sandra y dijo que había venido a apoyarla, con ese talento que tiene ese tipo de señora de no mencionar nada explícito relacionado con lo que había venido a apoyar. Vivía en San José, así que no tenía mucha información que darme. Se llevó a Marina a un cuarto de paredes claras y se puso a jugar con ella encima de una alfombra. Desde donde estábamos —habíamos pasado a una sala muy simple, con un sofá y dos sillas— las podíamos ver jugar. Hablaban en murmullos apenas inteligibles. Ponían muñecos, carros y figuras de animales en un orden que solo ellas entendían; luego los botaban y los volvían a poner en el mismo orden.

—Ha sido difícil para ella —me dijo Adriana, mientras las volvía a ver.

—¿Qué le dijiste?

—Que su papá se perdió, como cuando ella se separó de mí en una tienda en Multiplaza. La encontré entre los pantalones de mujer, muerta de miedo, llorando. Fue el año pasado y todavía se acuerda. Solo fueron unos minutos…

Adriana se veía exhausta: ojeras grandes y esa energía frágil que viene con tratar de ser fuerte cuando uno no se siente fuerte. Estaba claro que no se desmoronaba completamente gracias a su hija. Quién sabe cómo pasaría las noches, pensé. Por lo menos Sandra estaba ahí para ayudarla. La abuela dejó a la niña y entró al cuarto a ofrecernos algo. Ambos dijimos que no queríamos nada, gracias.

—Tenés que comer algo, mi amor —le dijo a Adriana.

—Ahora, mami. Después de que coma Mari me como algo.

La señora afirmó con la cabeza y salió para la cocina a prepararle la cena a su nieta. Adriana y yo nos volvimos a ver con una sonrisa mutua, cortés.

—Casi cuarenta años tengo… Ese papel de madre nunca se acaba.

—¿Difícil?

—Sí, es difícil.

Lo dijo demasiado rápido, y como para tratar de excusarse, agregó:

—Es lindo también, puede ser muy lindo. Pero no hay descanso en este trabajo… Además, puede ser muy mal recompensado a veces, cruel.

En el otro cuarto, Marina seguía jugando encima de la alfombra. Adriana no despegaba los ojos de ella. Dijo que de los dos, Jaime siempre fue el que quiso tener hijos.

—Siempre lo supo —dijo—. Lo tenía muy claro. Quería casarse, criar una familia. Veía el futuro lleno de nietos y fiestas y todo eso. Yo no, nunca lo tuve muy claro.

Después se quedó en silencio un tiempo, como si estuviera buscando las palabras adecuadas o como si hubiera hablado de más. Posiblemente estaba midiendo cuánto sincerarse conmigo. En verdad no me conocía, pero se veía que quería ser honesta y abierta. Al final decidió confiar en mí.

Contó que ella y Jaime se habían conocido en San José, en la fiesta de unos amigos que tenían en común. Se emborracharon y esa noche terminaron juntos en el apartamento de ella. Adriana pensó que eso sería todo, tal vez quiso que eso fuera todo; sin embargo, Jaime la persiguió con paciencia y persistencia. Terminó conquistándola, me dijo, conquistando su miedo.

—La verdad es que yo nunca he sido mucho de este rollo de relaciones largas y estabilidad y familia, don Chepe. No entiendo cómo terminé aquí.

Sonrió, pero con una sonrisa cansada. Igual se veía bella, era todavía muy bella; una de esas bellezas sosegadas, sutiles, nada deslumbrante u ostentoso. Tenía un rostro con facciones pronunciadas, muy simétrico; ojos cafés como de felino, cejas gruesas y cabello largo color café, hecho aún más claro por el sol.

Contó que en San José había sido medio bohemia y artista: Bellas Artes en la UCR, danza, fiestas y noches largas. Jaime era todo lo opuesto: un biólogo estructurado, de orden estricto y horarios de oficina. De alguna manera encontraron el equilibrio. Fueron felices. Vivieron juntos un tiempo en San José y después Jaime y Alejandro empezaron su consultora y esta fue creciendo. Casi todos los

trabajos estaban de ese lado, y al tiempo, Jaime se cansó de ir los fines de semana a Guanacaste, un par de días a Guanacaste, o ir y volver de Guanacaste en un mismo día.

—Se pegaba unas manejadas… —contó Adriana—. Después salió la oportunidad de venirse para acá, ¿y por qué no?

Le encontraron un kínder bilingüe a Marina; Adriana consiguió trabajo como maestra de arte en un colegio privado, y les había ido bien. Ahorraron plata, compraron la propiedad en Junquillal, y tenían listo un diseño para la casa que querían construir.

—Sacamos un préstamo, invertimos ahorros… No sé qué voy a hacer si quedo sola con todo eso ahora. Tenemos un seguro, aunque no creo que lo cubra todo. Ahorita no quiero ni pensar en eso…

Le pregunté por el seguro, usando como excusa que yo había trabajado para el INS y tal vez podría ayudarla con información. En verdad quería ver cómo reaccionaba, porque yo ya conocía ese tipo de seguros bastante bien. No era malo, pero tampoco era demasiado bueno. Para cobrarlo necesitaría un certificado de defunción, y con una desaparición, eso sería difícil y tomaría tiempo.

Adriana dio más detalles acerca del seguro, un poco nerviosa y reticente. Podía ver que el tema le incomodaba. ¿Culpa? ¿Nervios? ¿El dolor de imaginar a Jaime muerto? Era difícil de saber. Siempre existía esa trama vieja de las películas de detectives, en la cual la esposa mata al esposo para cobrar el seguro e irse con el amante. Sin embargo, no le veía a Adriana pinta de mujer fatal. Tampoco de angelito, eso sí.

Le hice algunas preguntas más, las de rigor, relacionadas con los posibles enemigos de Jaime, con la relación entre ellos y otras cosas parecidas. Empecé a entender de dónde venían los nervios.

—No le conté esto a la policía —dijo—, porque simplemente no pensé que fuera importante o porque no me dio la gana. Viera los dos agentes del OIJ que llegaron… Digamos que no me inspiraron mucha confianza. El que me hacía las preguntas solo verme las tetas todo el rato… Lo típico.

Me dijo que la relación entre ella y Jaime se estaba recuperando, pero había estado mal. Muy mal.

—Culpa mía —dijo—. Si habla con la familia de Jaime seguramente alguien le va a contar, así que le ahorro esa vuelta. Fue su hermana la que se enteró y de sapa fue y le contó a Jaime… Aunque bueno, se entiende.

Apareció el amante, pensé, como en las películas. En este caso, el tipo se llamaba Mauricio Vásquez. Era un coordinador de eventos en el área, lo cual significaba que armaba fiestas —aunque fiestas bastante grandes—; entre ellas, el festival de música electrónica de Lagarto y otros eventos parecidos en Tamarindo, Nosara y el Pacífico Central. Adriana se metió con él una noche en un *moon party* o algún tipo de *party* con drogas, música electrónica y baile hasta el amanecer.

—Fue una época en la que mi cuerpo se reveló contra la idea de ser madre. Es difícil de explicar, don Chepe, una cosa de mujer… Imagínese qué es sentir que ni siquiera el cuerpo le pertenece. Me sentía como en una prisión, sin vida, sin sentido de ser… Cuando terminó la lactancia, cerca de cuando Mari cumplió el año, esta mamá se fue de fiesta. No aguantaba más.

Empezó a salir con amigas de noche, a venir tarde y a veces a no venir del todo.

—Jaime se portó como un santo —dijo, mientras se secaba una lágrima que se le había escapado del ojo izquierdo—. Se quedaba con Marina y trataba de tenerme paciencia. Yo estaba que quería salir corriendo, dejarlo a él, dejar todo esto y dejarme a mí misma.

Sostuvo la relación con este Mauricio solo un tiempo.

—No mucho, la verdad —continuó—. Nunca fue nada serio. Yo quería sentirme deseada por alguien que no fuera mi pareja; sentir que no era solo un receptáculo mamífero para la leche y las vomitadas. Creo fue únicamente eso. Ya después empecé a querer más a Marina. La conexión con ella creció y ella me ayudó a volver a Jaime también.

—¿Y Jaime cómo tomó todo esto?

—¿Pues cómo lo iba a tomar? Mal… Odia a Mauricio a muerte. En alguna fiesta lo buscó y se le fue encima; lo amenazó entre un montón de gente y lo humilló. Todo fue ridículo. Bien distinto a la personalidad de Jaime, por eso sé que le dolió mucho… Jaime nunca

ha sido de esos machos alfa de peleas y ese tipo de idioteces. Lo quiero así. Pero claro, el orgullo herido del macho es una cosa fuerte… Después creo que se le pasó. Yo ya no sentía esa necesidad de salir a matarme o salvarme… No sé. Creo que me perdonó… Empezamos a hacer planes juntos, diseñamos la casa y se fueron calmando las cosas. No le gustó, por supuesto que no le gustó, pero quería seguir conmigo y adora a Marina y siempre ha sido de esa idea tradicional de que las familias deben estar juntas, permanecer juntas. Todos en su familia son de esa manera. Para mí ha sido muy difícil; la hermana de él me odia, su mamá. Seguimos medio peleadas…

—¿Y usted cree que este Mauricio tenga algo que ver con la desaparición?

—No creo, don Chepe, estoy convencida de que no. Por eso ni se lo mencioné a la policía. Es una cuestión de pareja y no creo que tenga mucha relevancia. Francamente, yo no fui tan importante para Mauricio. Ni él para mí, a decir la verdad. Nos sacamos las ganas y punto. Pero no quiero que piense que le escondo algo. Quiero que encuentre a Jaime. Quiero eso más que cualquier otra cosa en el mundo…

La voz se le quebró y se disculpó para ir al baño. Cuando salió, un poco más repuesta, la niña la llamó del otro cuarto. Adriana la fue a buscar. Habló con ella de sus figuritas un tiempo, de qué lindas y qué bien las había acomodado. Alzó a Marina, la abrazó y la llenó de besos. La niña se rio en sus brazos. Después las dos vinieron a sentarse junto a mí en la sala.

—Ya le toca comer —dijo Adriana—. Vamos a yum-yum, bebé.

La niña no despegaba los ojos de mí, como midiendo quién era y qué hacía hablando con su mamá. No me había dirigido una sola palabra durante toda la visita.

—Hola —le dije—. Yo soy Chepe. ¿Cómo te llamás vos?

—Marina —contestó, con una timidez que se empezaba a abrir.

—Qué lindo nombre.

—Mi papá se perdió —dijo, con ese rasgo clásico de los niños de explotar con alguna pregunta o afirmación sin preámbulo o contexto.

—Sí, ya sé —le contesté—. Qué tirada.

—¿Usted lo va a encontrar?

—Voy a tratar —le contesté.

La abuela entró y tomó a la niña de la mano para llevarla a la mesa. Querían que yo me quedara a comer, pero aún tenía una visita por hacer. Les agradecí la invitación y les dije que me estaría comunicando con ellas. Otro día, tal vez. Cuando salí de la casa, me topé con un ocaso que desaparecía sobre el cielo encendido. Los alrededores se habían oscurecido y todo estaba congelado en ese intermedio raro entre el día y la noche.

Caminé al carro y, antes de abrir la puerta, me volví hacia la casa una última vez. El comedor estaba iluminado y podía ver a Adriana, Marina y Sandra sentadas frente a la mesa. Las dos mujeres trataban de entretener a la niña y mantener ese frágil teatro de felicidad y energía. Pero la única silla vacía atraía sus miradas, como un hoyo negro o una acusación.

# VI

Manejé por la plaza central de Villareal cuando únicamente quedaba una franja malva en el cielo. Las luces de las casas ya estaban encendidas, la iglesia se vaciaba y del otro lado de la plaza todos los bancos frente a la barra más antigua del pueblo estaban ocupados con cervezas y risas.

Estacioné el carro a un lado de la plaza. Compré una empanada y una gaseosa de una vendedora ambulante y me senté en uno de los poyos a comer y fumar antes de que cayera la noche por completo.

Después vi la noche caer y también vi las filas de carros estacionados frente a un supermercado nuevo. Por la puerta principal, iluminada como solo la entrada a los supermercados puede estar iluminada, salían turistas con los rostros quemados, gente del pueblo, trabajadores nicas que venían de alguna construcción, saloneros o recepcionistas que salían de los hoteles del área, turistas de la capital y una familia entera de venezolanos que pedía plata a cambio de juguetes chatarra hechos en China. El dueño del supermercado, que también era hecho en China, se fumaba un cigarrillo afuera, mientras que su esposa, hijo e hija se encargaban de atender a los clientes. Inclusive había un caballo amarrado enfrente, esperando a un sabanero chapado a la antigua, sesentón, que salió con botas y sombrero y una pacha de guaro para continuar la borrachera que andaba viva en el cuerpo. El tipo reconoció a alguien en el bar —que estaba al lado— y pasó a tomarse una cerveza antes de partir. Ojalá el caballo recuerde cómo llegar a casa, pensé. Después pensé que sería bonito acompañar al sabanero y a su colega, invitarlos a un par de cervezas y ver qué cuentos tenían

que contar. Tal vez el sabanero me invitaría a un trago de su pacha después; la seguiríamos en otro lado.

Sin embargo, apagué el cigarrillo y busqué el carro. Pensé en Marina y Adriana, en el tiempo limitado que tenía Jaime, si es que aún tenía tiempo. La responsabilidad laboral y todo eso.

Manejé al sur, y en la intersección de Hernández tomé la derecha que se dirige a la costanera por dentro: el mismo camino que había tomado a la venida. Era más rápido doblar a la izquierda, hacia Veintisiete de Abril por la calle de afuera, ya que ahora estaba pavimentada, con alumbrado público y señalamientos claros —para los buses de turistas, decían siempre los locales—. Hacia la derecha, la calle estaba pavimentada solo un par de kilómetros —hasta la entrada de Blue Beach— y luego se convertía en lastre, polvo y sembrados de teca que llevaban hasta el pueblo de Parrilla.

Ahí no había mucho que ver. Era un pueblo pobre que siempre había sido pobre y seguramente lo seguiría siendo. Tenía una plaza con cancha de futbol en el centro, seca y polvorienta, la escuela a un lado y un par de calles e intersecciones. Blue Beach y los hoteles del área habían traído algunos trabajos; pero sin mucha educación o inglés, era difícil encontrar un puesto que no fuera limpiar cuartos o mantener el zacate de la cancha de golf. Por lo menos era algo, pensé. Aparte de eso, habían abierto un par de sodas, una tienda y una compañía de servicios turísticos, aunque a casi ninguno le había ido bien. Solo el dueño de la pulpería, convertida ahora en minisúper, hizo buena plata. El lugar estaba dentro de una casona vieja, sobre la calle principal, y les quedaba de pasada a los turistas que iban para Playa Almendros, Blue Beach y Tamarindo. Más que todo, Parrilla era un pueblo de pasada.

El minisúper daba a la calle. Atrás, el dueño había transformado un espacio de almacenamiento en un cuarto con máquinas tragamonedas y dos mesas de *pool*. El espacio aún mantenía ese aspecto de casona vieja, muy simple, con piso de cemento gris y paredes de madera que tenían ventanas grandes sin vidrio. Ahí se sentaban los locales a ver la gente pasar o a ver los juegos en las mesas de billar. Obviamente, no había aire acondicionado, así que solo los lugareños frecuentaban el lugar, demasiado básico y caliente

para los blanquitos extranjeros y de la capital. Esos únicamente entraban o salían a comprar cervezas, gaseosas o hielo; seguían su camino sin echar un vistazo al cuarto de atrás.

Fui al lugar porque en la casa del jardinero, Erwin, me dijeron que lo podía encontrar entre las mesas de billar. Siempre está ahí, me dijo su madre, una mujer morena que parecía demasiado joven como para tener tres hijos. Era grácil, todavía muy linda, aunque se notaba que la vida le había sacado varias canas y varios niveles de cansancio. Me dijo que Erwin era el hijo mayor, un buen muchacho, que los ayudaba con las cuentas y con los dos hijos menores —todos hombres—. A veces se le olvidaba ir a la iglesia, comentó, pero la verdad era que a ella también se le había olvidado ir desde hacía mucho tiempo.

—La religión de mi hijo es el billar —comentó—. Pasa metido en ese lugar. Juega y juega y de vez en cuando sé que apuesta también, aunque nunca me dice nada… Tal vez sea mejor que el guaro o las mujeres. Además, algún vicio hay que tener en este pueblo, porque si no se vuelve loco.

Le hice algunas preguntas más; cosas indirectas del estero y el manglar, pero no supo decirme nada. Confirmó que su hijo pasaba mucho tiempo ahí, así que él sabría. Le agradecí la ayuda y busqué el carro, mientras me preguntaba cuál sería el vicio de ella.

Eran pasadas las siete cuando estacioné en la calle atrás del billar, paralela a la calle principal. El cielo estaba despejado, lleno de estrellas, y el viento soplaba fresco. La casona estaba alumbrada a la distancia; su luz se derramaba sobre la calle de polvo. Un par de hombres tomaba y conversaba bajo un único bombillo. Varias polillas circulaban alrededor del círculo de la luz.

Adentro no había casi nadie: un señor cincuentón en una de las máquinas tragamonedas, una pareja sentada en el borde de la ventana que daba hacia la calle y, en la segunda mesa de billar, Erwin jugaba solo. Jugaba o practicaba o saber qué. ¿Se puede jugar billar solo? Por lo menos sabía lo que estaba haciendo; metía todas las bolas, a veces a varias bandas, o acomodaba y desacomodaba grupos de ellas en preparación para tiros más

difíciles. Levantó la mirada y después continuó con su juego, como si no me hubiera visto o como si hubiera preferido no verme.

Pasé al minisúper adjunto y compré un par de cervezas. Volví al billar y le pasé una mientras abría la mía.

—¿Vamos a echar humo? —le pregunté.

Abrió su cerveza y se me quedó viendo. Claramente no le hacía mucha gracia tener que hablar conmigo. Tomó un trago largo y dijo:

—Vamos. Aunque nada más tengo media hora antes de que venga un mae de Hernández a jugar conmigo… Estoy tratando de suplementar el aguinaldo.

—Media hora es más que bueno —contesté.

Salimos por la puerta principal y cruzamos la calle hasta unos alambres de púas que bordeaban un lote vacío. Los alambres estaban caídos en varios lugares, donde los troncos de madera que los sostenían se habían podrido. El viento los movía suavemente; pasaba entre la maleza seca del lote y seguía al mar.

Nos detuvimos bajo un árbol y le extendí la caja de cigarrillos. La luz de la luna se filtraba entre las hojas y dibujaba patrones geométricos sobre el piso, como agua líquida encima de la tierra. Erwin tomó un cigarrillo y le acerqué el encendedor. El viento apagó la llama un par de veces; después el tabaco encendió, rojo y vivo, entre la noche clara.

—¿Por qué me mentiste cuando te pregunté lo del manglar? —le interpelé—. Ya varias personas me han dicho que lo conocés muy bien, que pescás ahí.

—Pescaba, don. Ya no.

—¿Y por qué no?

—Diay, ¿no ha visto cómo está eso?

—¿Esa es la única razón?

Volvió a verme y después tomó un jalón largo del cigarrillo. Botó el humo y el viento lo levantó y lo perdió a la distancia. Inhaló de nuevo y tomó de la cerveza, como midiéndome o midiendo la situación. Yo no entendía por qué tanto rollo, pausa y vacilación. Estaba a punto de perder la paciencia y decir algo, pero decidí esperar un rato más. Si no habla para cuando se acabe ese blanco, pensé… Sin embargo, habló antes, como a la mitad de la cerveza:

—Esto no sale de aquí, don. Se lo cuento porque yo sé que usted anda buscando a ese biólogo… Lo que tengo que contarle puede ser que lo ayude, pero también puede ser que lo meta en problemas.

—Para eso me pagan, Erwin, para meterme en problemas.

Contó que desde niño iba a pescar al estero de Playa Almendros. Cuando su padre no tomaba tanto, antes de abandonar a la familia, lo llevaba a él y a sus hermanos a pescar en una panga. Flotaban por el manglar o a veces seguían los canales hasta los humedales, donde empezaba el área protegida. Era bonito, me dijo, se llevaban unos sanguches y Coca-Colas; más adelante, sanguches y cervezas.

Luego sus padres se separaron o más bien su padre se fue. Se perdió en la bajura y después se perdió en el sur, me dijo. Que le vaya bien a ese malparido. Sus hermanos dejaron de pescar, la panga se pudrió, y solo él siguió yendo de vez en cuando en busca de algún pescado o las jaibas que se escondían entre el barro cuando bajaba la marea. Eso ya era cuando trabajaba en el hotel de Roque, dijo, hacía un año o menos. Iba en las tardes cuando salía del brete o muy temprano en la mañana antes de entrar. Pero los ratos que más le gustaban eran las madrugadas. A veces, en los días libres, feriados o fines de semana, se levantaba a las dos, tres de la mañana, y se iba a caminar por la orilla del manglar en busca de peces o cazaba algo —salen tepezcuintles de noche, dijo, a veces venados—.

Una noche, antes de que se tapara el estero, estaba caminando por la orilla cerca de la desembocadura. Vio un foco y después vio otro. En ese momento, no se sorprendió ni se preocupó, más bien se acercó a ver quién era. A veces gente conocida iba a pescar ahí también, cazaba o utilizaba el canal para meter pangas al mar cuando la marea estaba llena. Esa noche la marea estaba muy llena.

—¿Qué fue lo que viste?

Se topó con una lancha, dijo, de esas sin nombre y sin bandera, con cuatro motores de doscientos caballos cada uno: una bala de mar.

—¿Drogas?

—Sí, don.

Dijo que la lancha entró por el canal rápida y silente. Esperó en el manglar hasta que llegó una panga común y corriente, como las que hay por aquí, dijo, pero ancha y honda. Un par de hombres venían en la lancha y había otro hombre en la panga. Pasaron unos bultos de la lancha a la panga y después cada uno volvió por su lado: la lancha se metió al mar, y la panga siguió por los canales hacia los humedales o saber a dónde.

—¿La seguiste?

—No, don, ¿cómo se le ocurre? Más bien ya me había arriesgado demasiado. Yo ni sabía para dónde agarrar; no me quería mover. Usted sabe que a esa gente no le gustan los testigos. Tuve suerte de que no silbé ni grité nada cuando me acerqué. Será alguien allá arriba que me protegió esa noche.

Apuntó a las estrellas, como si hubiera visto a alguien moverse entre ellas.

—¿Roque sabe de esto?

—No, don. Yo nunca se lo mencioné y nunca he hablado de esto con nadie. Usted sabe lo que dicen: Por la boca muere el pez.

—¿Los volviste a ver?

—Nunca volví en la madrugada. Aprendí mi lección, digamos.

—¿Seguirán metiendo droga por ahí?

—No sé. Ahora, sin el canal, estaría más difícil. Tendrían que hacer el intercambio en la playa, en la arena. Todo más complicado.

Además les sobraba costa, pensé. Más de cien kilómetros de playa entre Guiones y Filadelfia y solo unos cuantos policías para patrullar. Podían simplemente desarmar el chinamo y jalar para otro lado.

—¿Y hace cuánto fue esto, Erwin?

—Unos seis meses. Fue antes de que empezaran a construir los de Blue Beach esa nueva etapa cerca del manglar y desapareciera la entrada al mar.

Tal vez habían continuado con los cargamentos. Jaime fue a darse una vuelta al manglar una noche, a sacar muestras de agua u otra cosa. Los hombres lo vieron y no querían ningún testigo, como dijo Erwin… Momento equivocado, lugar equivocado.

—¿Viste a alguno de los hombres, Erwin? ¿Los reconocerías?

—A los hombres no. Estaban lejos, era de noche. La panga de este lado creo que sí la reconocería. Hay pocas así: pequeña, pero honda y ancha. Tenía un triángulo azul dibujado en la punta; uno de los hombres lo alumbró en algún momento. El nombre estaba tapado o no lo pude ver. La bandera era tica. Tenía un motor de cola corta también.

—¿Cola corta?

—El eje que va del motor a la hélice es más corto, para embarcaciones más pequeñas que pueden pasar por los canales y no quedarse pegadas; diferente que para andar a mar abierto en lanchas más grandes. Por eso no metieron la otra lancha; ni el tamaño ni los motores son adecuados. Es como la diferencia entre una mula y un caballo.

Una mula de carga, pensé, no es vara. ¿Dónde llevarían el cargamento? Era posible que seguir su rastro me llevaría a Jaime, o a los que mataron a Jaime. Aún no quería aceptar la posibilidad de su muerte, aunque cada vez era más alta. Con el tiempo que llevaba desaparecido y esa noticia de Erwin, la suerte no le favorecía.

—¿Le dijiste algo de esto a la policía?

—Qué va, don. Quién sabe cuál de ellos es de la misma banda.

Con esos salarios, pensé, ¿cómo no? También hubiera sido útil saber algo de esto hacía una semana, aunque hacía una semana no sabía nada de nada. Además, no se podía culpar al chiquillo. Ya la suerte de Jaime se había puesto a rodar.

Y hablando de suerte, le tocaba a Erwin volver a las mesas.

—Me tengo que ir, don. A ver si me gano una platica para la Navidad.

—¿Cómo ves tu chance?

—No estoy seguro. Es bueno él, pero yo creo que soy mejor. La cosa es darle un anzuelo para que muerda: perder la primera, la segunda, y atacar con todo a la tercera, con la banca ya alta.

—¿Y si él está esperando y ataca a la tercera también?

—Ese es el riesgo… ¿Y usted? ¿Cómo ve su chance de encontrar al biólogo?

—Difícil de decir. Todavía no sé contra quién estoy jugando.

—Pues tenga cuidado, don. Si es con la gente que yo vi en el estero, esos ya no juegan, imponen. Está pesada la cosa ahora. No es como antes. Más bien le agradecería…

—Nadie sabe nada, Erwin. Si me enteré de lo del estero es porque me lo dijo un policía o un pajarito.

—Gracias, don. En estos pueblos la gente siempre sabe dónde encontrarlo a uno… Gracias por la birra y el blanco también. Si hay algo más en que lo pueda ayudar, me avisa.

Afirmé con la cabeza y lo vi cruzar la calle a la casona. Ahora me tocaba a mí echar a rodar los dados. Surgirán las ojeras de la muerte, me dije, como dos ases fúnebres.

Me tomé el último trago de la cerveza y apagué el cigarrillo con el pie. Una chispa solitaria se alzó con el viento. Subió y subió y después se desintegró. Varias nubes taparon las estrellas. El camino a casa iba a estar oscuro.

# VII

Manejé entre la oscuridad. Después de Parrilla no había muchas casas ni alumbrado público, únicamente potreros vacíos, siembras de teca o calles dispersas que llevaban a las playas o se perdían entre propiedades deshabitadas. Tampoco vi muchos carros en el camino, solo el polvo que se levantaba entre las luces traseras del mío, como un velo o una aparición.

Pasé por Playa Almendros y por Paraíso. Llegué a casa cerca de las once, después de ir al bar de doña Eulalia a tomarme un zarpe, y otro, y otro más. El asunto se estaba complicando y necesitaba pensar las cosas un poco. En el bar no había casi nadie. Los locales se habían reunido a tomar junto a las pangas a la orilla del mar. Pasaban de vez en cuando por una cerveza y se la llevaban para la playa. A esa hora, no llegaba nadie más; solo paró un carro lleno de idiotas que se había perdido de camino al festival de música electrónica. Desde el bar podía escucharse el bajo de la música, como un pulso vivo que hacía vibrar al pueblo. Estos hijueputas de la Municipalidad, pensé, ¿cómo permitían eso?

Cuando llegué a casa, las luces estaban apagadas y la soledad viva adentro. Busqué agua fría en el refrigerador y me fui para el cuarto. Me cambié y leí en la cama un rato, mientras trataba de no concentrarme en esa música de mierda, lejana pero todavía molesta. El viento la levantaba o la alejaba de vez en cuando, como un dial invisible que cambiaba el volumen. A veces el ritmo incrementaba; todos los idiotas seguramente muy drogados y borrachos, brincando en su máximo éxtasis. Mucho *moon party* y *love party* y saber qué otro tipo de *party* con título en inglés, como para creerse más

importantes. Nada más una excusa para enfiestarse, pensé. Eso sí sabía hacer bien la gente.

En algún momento de la madrugada, por fin me dormí. Soñé con una playa oscura y larga, con una luna inmensa encima. La luna se movía sobre el cielo, se acercaba y se alejaba. Cuando estaba cerca, iluminaba la playa por kilómetros; luego esos mismos kilómetros regresaban a la oscuridad. Yo caminaba hacia el final de la playa y estaba seguro de que era Playa Almendros, aunque el lugar era diferente y más vasto. Caminaba y caminaba y no llegaba a ninguna parte. Mientras tanto, la luna seguía con su pulso extraño, como si respirara o estuviera viva dentro del cielo negro.

Cuando desperté a la mañana siguiente, inmediatamente sentí el bajo de nuevo. Veinticuatro horas de música por cuatro días, decían los anuncios: DJs y tarimas y arte y convivencia. Lo más increíble era que miles de personas compraban los tiquetes o paquetes todo incluido; botellas de agua y tragos que costaban más de $10 cada uno. Hacían mucha plata, y eso se debía a que el mundo estaba lleno de idiotas.

Tomé una ducha larga y me fui a desayunar al bar de doña Eulalia. La señora tenía huevos rancheros en el menú, y con un café y un pinto empecé a sentirme mejor y más despierto. Era de lo único que se rescataba del fin de año: los menús de desayuno de doña Eulalia. Durante esa época, ella y Karina variaban los platos para atraer a los turistas. Esa mañana habían atraído a varios surfistas brasileños que volvían de Marbella, una pareja gringa joven con un niño de tres años, y una familia tica que tenía casa en uno de los desarrollos cercanos —Congo Negro o algo así—. Todos hablaban y comían despacio, con una falta de preocupación que yo empezaba a envidiar. Podría estar leyendo el periódico, pensé, o algún libro, liviano de estrés y preocupaciones. Aunque también estaría liviano de plata, recordé. Había que impulsar el proyecto arroz y frijoles.

Después de comer y pensar las cosas un poco, le pedí el teléfono a doña Eulalia y llamé a la Delegación de la Fuerza Pública en Santa Cruz. Reconocí la voz de Ligia, mi amiga policía, de inmediato:

—Ligia, es Chepe.

—Hola, don Chepe, ¿cómo le va?

—Bien, ¿vos?

—Diay, aquí con esta panza. Estoy harta. Quiero que me tiren a la calle en las patrullas, pero estos malparidos me tienen contestando llamadas. Dicen que es para mi propio bien… ¿Qué saben estos hijueputas machos de mi bien?

Tenía siete meses de embarazo. El que la había embarazado era el Gato, amigo y colega de muchas broncas. Siempre colaborábamos, en casos suyos y míos, de manera oficial y extraoficial. Hacía poco lo habían ascendido a sargento en Paraíso, lo cual les caía bien porque le pagaban más y podían armar una guaca para la niña que se les venía encima. Ligia era subintendente en Santa Cruz, una posición más alta que la de él, pero con el embarazo la tenían banqueada; algo que ella resistía a muerte. Al Gato lo habían enviado al norte del país, a asistir en una zona rural cerca de Upala —algo que ver con una bronca de tierra—. Como Ligia quedó sola, yo pasaba de vez en cuando a verla, aunque siempre me regañaba por pensar que necesitaba ayuda o cuidado.

—¿En qué lo puedo ayudar, don Chepe? No creo que me haya llamado para saludar.

Era de lo que más me gustaba de Ligia: nunca se andaba con rodeos.

—Siempre al grano, vos.

—No hay otra manera de ser, don Chepe, igual que usted.

Era cierto. Tal vez por eso nos llevábamos bien.

—Ando breteando. Me contrataron para buscar al biólogo que está desaparecido, ¿no sé si te enteraste?

—Sí. Leí la nota que le hicieron en el periódico; después un compa en el OIJ me pasó el dato… Pusieron al idiota de Gómez y a un chico nuevo, ni sé cómo se llama, a investigar. Ni la verga se van a poder encontrar esos cabrones. Obvio que no han encontrado nada.

—Qué mal —dije. Gómez era un inepto del peor tipo, de los que piensan que son inteligentes.

—¿Usted sabe algo? —preguntó Ligia.

—Apenas ayer me puse sobre la jugada, pero encontré que alguien ha estado metiendo droga por el estero de Playa Almendros:

lancha con cuatro motores que entra en la madrugada, intercambio de mercancía con locales, ese tipo de vara.

—Uf. Lleno de eso está la costa.

—¿Ustedes saben algo? ¿Has escuchado algo?

—Viera que no, don Chepe. Han arrestado a gente que está en eso más al norte, más cerca de Liberia; no por este lado. Es lo primero que escucho. Si quiere, puedo preguntar entre los contactos.

—Te lo agradecería.

—¿Y usted piensa que eso tiene que ver con el biólogo?

—No sé, pero es la mejor pista que tengo.

—Voy a tratar de moverme entonces. ¿Cuánto lleva desaparecido?

—Más de una semana ya.

—Mucho.

—Sí, mucho.

—Bueno… Ojalá lo encuentre. Llámeme más tarde y le cuento. Si no, le dejo el recado con doña Eulalia.

—Pura vida, gracias. A ver si te paso a ver también.

—Feliz de verlo, don Chepe, aunque no se sienta obligado. Uno se preña y todos los machos quieren estar ayudándola. Pura biología será. Recuerde que siempre tengo a mi mejor amante: Beretta.

—No lo dudo… Mientras no se dé cuenta el Gato.

—Ese ya sabe. Primero la hija, después la Beretta, y después él. Pobre, los sobros son los que le llegan. Con eso se tiene que contentar.

—Contento está. ¿Ya tienen nombre?

—Todavía no es oficial, pero Gisela pienso yo, como mi abuela.

—Está bonito… ¿Y cuándo vuelve el Gato? ¿Se sabe?

—Todavía no. Parece que está bien ocupado. Ayer ni me pudo llamar, solo textos y mensajes de voz. No quiere quejarse mucho para que lo suelten cuando yo salga a la maternidad.

—Ojalá.

—Sí, porque esta bronca yo no me la echo sola. Se lo dije desde el comienzo. Esa mierda de estarlo esperando con la cena lista, usted sabe que no es mi rollo.

—Nunca lo hubiera pensado.

—Bueno, don Chepe, aquí me están llamando para asistir con una denuncia. Lo dejo. ¿Algo más?

—No… Bueno, sí. ¿Por qué ustedes no hacen algo para terminar con ese escándalo de mierda en Lagarto?

—¿El festival de música electrónica?

—Sí. Todo el pueblo está en un puro brinco.

—Yo sé, pero es finca privada, con los permisos en orden. Nosotros no podemos entrar ahí.

—¿Cómo puede ser?

—Esos permisos vienen de la Muni, don Chepe. Usted sabe cómo es…

—Una mierda, es lo que es.

—Una mierda, sin embargo, no hay mucho que podamos hacer. Los vecinos llaman y llaman… Aunque tampoco crea que no hacemos nada. Vamos, pero no podemos cerrarles el chinamo así no más, ni tampoco podemos entrar. Anoche pusimos un retén afuera. Requisamos de todo: mota, perico, pastillas. Es un desmadre eso: menores de edad enfiestados; un tipo con un bulto lleno de MDMA. Sea tonto… Los organizadores se lavan las manos. Dicen que no tienen nada que ver con eso. Además, tienen los permisos en orden, como le dije, todo legal. Hay que aguantárselos por ahora. No hay de otra.

—Ni modo, entonces. Te llamo más tarde, Ligia.

—Está bien, don Chepe; si no, le dejo el recado.

—Okay, nos hablamos.

Pero ya había quedado con el teléfono muerto en la mano. A Ligia siempre le gustaba colgar primero.

# VIII

Todo empezó con los perros. Por lo menos eso me contó el Gato después. Yo le hablé de gatos y perros, le tiré alguna broma, pero no le hizo gracia. No le gustaba que lo interrumpieran.

Fue un perro en particular, un zaguate. Un policía del pueblo, de apellido Gutiérrez, lo había adoptado una mañana cuando llegó a la delegación pidiendo comida. Gutiérrez le dio del pinto que había sobrado de la mañana y después el perro nunca se fue. Ni las madreadas del jefe ni las patadas de uno que otro compañero —con los que Gutiérrez se peleó a muerte— lograron echarlo. De ahí en adelante, Gutiérrez lo cuidaba, o se cuidaban entre los dos, como le gustaba decir. El perro lo seguía por el pueblo, entre las fincas, y se montaba con él en la Toyotona cuando iban a hacer rondas por las comunidades cercanas.

Gutiérrez le puso Flaco, por razones obvias. El perro era negro, con manchas blancas, flaco como solo los zaguates pueden ser flacos. Además de flaco, Flaco también era ágil. Cazaba ratas y tepezcuintles y a veces traía a la delegación algún gato muerto o pichones mal puestos. Por eso a nadie le extrañó que, una mañana, entrara con algo en el hocico; seguramente un nuevo regalo para su dueño. Tan acostumbrados estaban a esas acciones, que ni siquiera le pusieron atención cuando se echó a un lado del escritorio de Gutiérrez. Lamía el objeto que sostenía entre las patas y trataba de morderlo. Gutiérrez se agachó para sacar un archivo de una gaveta junto al perro, y saltó de golpe cuando vio lo que tenía. Caminó hacia atrás despacio, muy despacio, como si tuviera miedo de despertar a un bebé que dormía junto al Flaco.

Era una granada. Gutiérrez nunca había visto una, o por lo menos no en la vida real. Tuvo que concentrarse en el objeto varias veces para asegurarse de que estaba viendo lo que estaba viendo. Gritó para que todos salieran de la delegación —aunque sus compañeros no le hicieron caso y más bien llegaron a ver qué pasaba—. Gutiérrez se acercó al perro despacio, muy despacio, y tomó el objeto de entre sus patas. Flaco lo volvió a ver con la lengua afuera, todavía jadeando, feliz como solo los zaguates adoptados pueden ser, agradecidos y felices.

En ese momento, Gutiérrez todavía pensó que tenía que ser un juguete, tal vez de algún niño del pueblo. Pero la granada se sintió pesada y áspera entre las manos, como una alcachofa que se había endurecido demasiado en la planta. El pin estaba dentro, y dado lo que Gutiérrez había visto en las películas, era seguro manipularla. Igual la sacó de la delegación y la guardaron en una bodega que tenían en el patio. Después todos se volvieron a ver como diciendo: ¿qué putas? Volcaron las miradas sobre el Flaco, y no sé cómo hicieron para ponerlo a caminar y seguirlo hasta una finca, bien arriba en la montaña, donde encontraron lo que encontraron.

Inicialmente, solo dieron con los huesos de un animal muerto —tal vez lo que había atraído a Flaco y a un par de perros más—. Después encontraron una caja de madera enterrada, larga y honda, como un ataúd que, en vez de un muerto, tenía la posibilidad de muchas muertes adicionales. Había todo un arsenal adentro: quince ak-47, granadas, un lanzacohetes RPG 7, automáticas, cinco m-16, cargadores, mil municiones y $80 000 en efectivo.

La caja había sido enterrada a veinte metros de una choza de madera muy simple, construida encima de pilotes, que estaba abandonada. O por lo menos parecía que estaba abandonada, muy recientemente, tal vez después de que alguien viera, desde la altura, a la mitad de la delegación de policías del pueblo acercarse lentamente, con un zaguate muy flaco a la delantera. La choza estaba escondida entre bosque denso y potreros. Desde la puerta principal, se veían los techos de zinc del pueblo, relucientes bajo el sol de mediodía; más allá, se extendían las llanuras de Guatuso.

Dentro de la choza encontraron veinte estañones con combustible Jet A-1, y no fue difícil llegar a la conclusión de que el lugar era un helipuerto narco. No hacía mucho se habían encontrado otros más en otras secciones del país, y la policía, el PCD y el OIJ propusieron varias teorías y explicaciones, como para tratar de aparentar que ese nuevo sistema de transporte de drogas no los había tomado completamente por sorpresa. Una de las teorías incluía describir el evento, y ese específico modo de transporte de drogas, como «movimiento conejo». Pero la imaginación rebuscada del nombre no se trasladó a la investigación, ya que muy poco se hizo al respecto.

Eso se debía a lo francamente impotentes que se encontraban frente a un fenómeno de ese tipo, me dijo el Gato. El noventa por ciento de las drogas que venían de Sudamérica pasaban por Centroamérica: por mar, tierra, aire. Sin embargo, un helicóptero era especialmente complicado. Sin Fuerza Aérea, me dijo el Gato, el sistema de vigilancia en el país era muy precario —incluso más precario que en el caso de los aviones—. Un helicóptero sube y baja más fácilmente, dijo, con menos complicaciones, y de brinquito en brinquito, entra y sale del país. Lo único que se podía hacer era pedirle al piloto que se identificara, pero si no contestaba o se rehusaba a hacerlo, no había nada más que se podía hacer. No era posible detener al helicóptero, y solo era posible interceptarlo si sabían a dónde se dirigía. Si no, aterrizaba, echaba gasolina y continuaba hacia otra parada en el país, Nicaragua, o saber a dónde.

Igual el Gato y varios en la delegación —entre ellos Gutiérrez y el Flaco— se pusieron a investigar, aunque en verdad era una cuestión para el OIJ o la PCD. No costaba mucho buscar las coordenadas del lugar en el Catastro Nacional, meterse al Registro para ver a quién le pertenecía la propiedad, y si había algún traspaso o venta reciente. Entonces investigaron y descubrieron que, en efecto, hubo una venta un año atrás. El terreno ahora estaba a nombre de un tal Luis Diego Camacho. Además, descubrieron que Camacho tenía un expediente. Hacía tres años, fue arrestado por infracción de la Ley de Armas —en el carro llevaba una automática que no estaba inscrita ni tenía permiso de portación—. Camacho cumplió con las

medidas cautelares y eso fue todo. No se sabía más de él —por lo menos en cuanto al expediente—.

El Gato inclusive logró encontrar al señor que le había vendido la propiedad: un campesino que todavía tenía familia en el área. El señor se notaba nervioso cuando hablaron —se había mudado a San Carlos, donde compró casa y carro nuevos con la plata de la venta.— Admitió que le pagaron en efectivo, y que nunca en su vida había visto tanta plata. Viera el miedo de camino al banco, comentó. En verdad el señor no sabía mucho más. Nunca volvió a ver a Camacho, no supo qué pasó con él y definitivamente no sabía nada de lo que habían encontrado en la finca. Confirmó que él había construido la choza de madera, que había vivido ahí, pero que no tenía más información que darles.

Más adelante, hasta lograron comunicarse con el tal Camacho por teléfono, aunque por supuesto que este negó saber de la caja enterrada, las armas, el dinero y la gasolina. Dijo que había comprado la propiedad como una inversión, y que la visitaba poco; no podía tomar responsabilidad por lo que pasara ahí cuando él no estaba. En eso tenía razón, me dijo el Gato. No había manera de comprobar que él era el dueño de todo lo que encontraron en la caja enterrada. Tampoco había droga en el lugar, así que era imposible ligarlo al tráfico. Habían encontrado que un helicóptero pasó por ahí, en algún momento, pero ¿eso qué? No estaba ahí ahora. Ningún juez iba a proceder con cargos u orden de captura con lo que tenían. Un tiempo después trataron de visitar la dirección que había ofrecido Camacho en el traspaso y la venta —él les había dicho que por supuesto estaría dispuesto a colaborar con la policía, que él no tenía nada que esconder—. Cuando llegaron a buscarlo, no encontraron a nadie. Llamaron al teléfono donde lo habían localizado inicialmente, pero ya estaba desconectado. El tipo había desaparecido.

El Gato se puso a investigar cerca de la comunidad, y supo que un campesino que tenía otra choza en la montaña —medio ermitaño, dijo— había denunciado el vuelo de un helicóptero que pasó a muy baja altura sobre su casa. Casi me mata del susto, dijo. Escuchó el helicóptero —en verdad lo sintió, porque toda la casa se movió— y cuando pasó dos veces más fue a denunciarlo a la delegación. Nadie

le creyó o nadie sabía qué hacer con esa información. Luego una señora, que vivía de camino a la propiedad del helipuerto, mencionó que había visto 4×4 grandes, con vidrios polarizados, subir por la calle de barro hasta el lugar. Pensé que serían turistas, dijo, gente explorando la montaña después de pasar a Río Celeste. El helicóptero y los 4×4 nunca se volvieron a ver; ni ahí, ni cerca de ahí.

# IX

Después de hablar con Ligia, me fui para Tamarindo. Mi idea era localizar a amigos y conocidos de Jaime; ver qué podían decirme de él o de problemas que pudo haber tenido. No encontré mucho. Todos lo querían, lo extrañaban, y estaban muy dispuestos —demasiado dispuestos— a colaborar con la investigación. Hablaron y hablaron, y después de toda la información que recibí, me di cuenta de que no reuní nada que me ayudara a encontrarlo.

También visité a un par de exclientes de él; uno cerca de Brasilito y otro por Flamingo. Quería darme una idea de cómo se manejaba Jaime en su vida profesional; si tenía buena reputación o si era alguien que se jalaba tortas. Tal vez algún cliente enojado y resentido…

No había nada de eso. Ambos me dijeron que era muy profesional, cumplido, y si cometía algún error o se atrasaba con los plazos, siempre lo comunicaba o encontraba una manera de resolver el problema. Habían estado contentos con él y con el trabajo de Arboleda. No sabían de alguien que pensara diferente, aparte de un gringo que, en algún momento, amenazó a la compañía con una demanda. Sin embargo, el gringo ya tenía fama de ser difícil, conflictivo, y además había vuelto a los Estados Unidos hacía más de un año. La demanda nunca se materializó.

Cansado y un poco frustrado, pasé a almorzar a Huacas. Luego fui a uno de esos café-internet casi obsoletos. El tipo detrás de la barra se sorprendió cuando le pedí el teléfono para hacer algunas llamadas. Nadie ha pagado por usar el teléfono en años, me dijo. Volvió a verme como si fuera un dinosaurio extraño que había entrado a su café por equivocación o directamente desde su

máquina del tiempo. Contó —sin que se lo pidiera— que habían estado a punto de cerrar el lugar, hasta que al dueño se le ocurrió vender cafés de varios tipos, en la peor y más descarada imitación de Starbucks, cervezas artesanales y unas empanadas que se hicieron virales en Instagram. La mayoría de la gente pedía para llevar, dijo, y el jefe iba a deshacerse del teléfono y las computadoras. Pero por el momento… Apuntó a una pequeña butaca en la esquina y me dirigí hacia allá, cansado de escucharlo hablar.

Llamé a la familia de Jaime y a otros amigos. Quería algún tipo de profundidad o contexto psicológico sobre él, para tratar de entenderlo y, por extensión, tratar de entender a cualquier persona que le deseara mal. No me enteré de casi nada —o por lo menos, casi nada que pareciera relevante—. Lo que sí confirmé fue que aún existía tensión con Adriana, la esposa de Jaime. Su hermana todavía le resentía el amorío y la madre pensaba más o menos lo mismo. Esa mujer, decían, es que esa mujer. Al final me convencieron de que valdría la pena ir a buscar al tal Mauricio, el ex-amante. No creía que ni él, ni ella, tuvieran que ver con la desaparición de Jaime, aunque uno nunca sabe, tal vez el tipo quedó herido, estaba cabreado más de la cuenta…

Como para echarle leña al fuego, o carbón al fuego, uno de los amigos de Jaime me relató el altercado que habían tenido, y me pareció mucho más serio de lo que mencionó Adriana. Jaime llegó a buscar al tal Mauricio una noche durante uno de los festivales electrónicos que él organizaba. El lugar estaba lleno, en su máximo apogeo, y Jaime lo abordó y golpeó varias veces en medio del concierto; luego lo tiró al suelo en el centro de la pista de baile y lo pateó. El amigo contó que Mauricio quedó en el piso como un trapo viejo, todo ensangrentado. Pararon la música y todo; alguien iba a llamar a la policía, pero Mauricio dijo que no. Además, Jaime ya se había ido. Se desquitó feo, dijo el amigo. Cuando le pregunté si sabía dónde vivía Mauricio, me dijo que sí; me pasó la dirección. El lugar quedaba de camino a Paraíso, así que pensé en irlo a visitar.

Pagué y salí en busca del carro. Había estacionado sobre la calle, unos metros más arriba, bajo la sombra de un pochote inmenso. No

sé si las espinas de ese árbol fueron algún tipo de premonición, pero desde la distancia pude ver la gran espina que alguien había clavado en mi costado. O más específicamente: en el costado del Suzuki. Insertaron una cuchilla en una de las llantas traseras. La llanta estaba desinflada y, al acercarme, vi que esa misma cuchilla se había usado para rajar las otras tres. Un trabajo exhaustivo, como dicen. Qué sutil.

Saqué la automática por si acaso —una Glock nueva; después de que la Makarov pasó a mejor vida—, aunque no encontré a nadie. Era de esperarse. La intención era enviar un mensaje y bueno: mensaje recibido. Alguien sabía que buscaba a Jaime y no le gustó la idea. No quieren que lo encuentre, fue lo primero que pensé, podría ser algo bueno. ¿Estará vivo? Tal vez, aunque también era posible que no querían que encontrara un cadáver. De cualquier manera, estaba varado. Punto para mi amigo de los cuchillos.

Caminé de vuelta al café y le pedí el teléfono de nuevo al barista. Obviamente el tipo tenía mil preguntas, especialmente cuando lo consulté para un servicio de grúa, o alguna llantera local. Me acompañó hasta el carro, en busca del chisme, o por lo menos en busca de algo que lo ayudara a luchar contra su aburrimiento. Cuando vio el cuchillo, aún clavado en la llanta trasera, se puso más serio, hasta nervioso.

—Jueputa, jefe. Alguien anda bien cabreado con usted.

—¿Te parece? —le pregunté, mientras encendía un cigarrillo.

No contestó, y más bien se desinfló un poco. Igual siguió con habladera:

—A alguien del pueblo una vez le hicieron lo mismo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le pasó?

Volvió a verme y bajó la mirada, como un niño regañado. Después escarbó la tierra con el pie.

—Pues lo encontraron un día cerca de Filadelfia, todo baleado. Narcos, dicen.

Exhalé el humo mientras examinaba el cuchillo: hoja larga y curva, bastante común. Sería muy difícil sacarle alguna pista. Además, eso de las huellas digitales, en el centro de Huacas, era solo para las películas.

—¿Quiere que le llame a la ley? —preguntó el barista.

—¿Para qué?

—Diay, no sé. Dicen que es bueno hacer la denuncia en este tipo de cosas…

—¿Y qué tipo de cosa sería esta?

—No sé, jefe. ¿Una agresión, será?

—Agresión o no, una denuncia no me va a pagar esta bronca.

—Eso sí, jefe.

Se quedó un rato, pero perdió el interés rápidamente, cuando se dio cuenta de que no había emoción o glamur en la espera. Me deseó buena suerte y dijo que no me preocupara por la última llamada, esa quedaba a cuenta de la casa. Todo un buen ciudadano, pensé.

Finalmente llegó la grúa y me llevó con el carro a una llantera local. Por dicha el lugar estaba cerca y no tuve que pagar el remolque —estaba incluido en mi seguro—. Igual no tenía plata para nada de lo que vino: llantas nuevas, cambio, alineación. Estaría difícil cobrarle eso a Alejandro como parte de los gastos de la investigación, pensé. Además había perdido el resto del día. Dejé el lugar con el carro y la tarjeta de crédito en todo lo negativo y rojo.

De cualquier manera, pasé a buscar a Mauricio, a la dirección que me había dado el amigo de Jaime: unos apartamentos nuevos, muy simples, cerca de San Francisco. Había seis unidades a cada lado, doce apartamentos en total con fachadas idénticas pintadas de amarillo vomitada. Un portón automático impedía el paso, al lado de una casetilla con guarda. Este último salió a decirme que Mauricio no estaba. Resultó ser uno de esos tipos que se toma el trabajo demasiado en serio, porque no quiso decirme nada más —no puedo darle esa información, me dijo—. Tuve que pasar más tiempo de lo necesario tratando de convencerlo. Finalmente entendí por dónde iba la cosa y le pasé un billete —el único que tenía— para tratar de inspirar su memoria. Fue un gasto idiota, porque al final me confirmó lo que ya sabía: Mauricio organizaba fiestas de música electrónica y actualmente estaba encargado de una en Lagarto. Durante el evento, se quedaba en el sitio del festival: una propiedad inmensa que colindaba con el estero del pueblo.

—Lleva varios días ahí —dijo—. Lo puede encontrar en esa finca.

Luego el guarda se alejó hacia la casetilla con mi billete en la bolsa. Otro gasto innecesario, pensé. Mi mala suerte continuaba.

Manejé hasta Veintisiete de Abril y después a Paraíso. Lo del festival tendría que esperar a mañana, porque de noche no me iba a meter ahí ni a putas. Mauricio estaría más ocupado de noche, cuando esos eventos ven más actividad. Seguramente hablaría mejor conmigo de día; tal vez de goma y un poco más frágil. Cosas que uno aprende en este negocio.

Llegué al bar de doña Eulalia a las ocho y media. La señora se había ido a dormir a la casa adjunta y su hija Karina era la que atendía en el bar. Me recibió con un mensaje de Ligia:

—No encontró nada —dijo.

Seguían las malas noticias.

También dijo que había llamado Alejandro, que por favor le devolviera la llamada. Nada urgente.

Le pedí una cerveza y el teléfono. Karina puso ambos en la barra. Tomé un trago largo y después marqué el número de Alejandro.

—¿Cómo va la cosa, don Chepe?

—Pues ahí vamos —dije—, sin mucha novedad.

Le conté de las averiguaciones que había hecho, aunque no mencioné lo de las lanchas en el estero. Mejor esperar a tener más información, pensé. Cuando le conté lo que había pasado con las llantas, hubo un silencio largo al otro lado de la línea:

—Lo mismo le hicieron a Jaime.

—¿Cuándo fue eso?

Dijo que después de la contratación —me lo había mencionado el primer día, de manera general: lo describió como tensiones con Blue Beach—. Para ese entonces, Jaime había ido un par de veces donde Roque y visitado el manglar; también siguió la orilla entre los canales. Cuando salía de ahí una tarde, se encontró con una de las llantas pinchada, con el mismo tipo de cuchillo —se lo había descrito y comparamos—.

—Después empezamos a recibir llamadas en la oficina —dijo Alejandro.

Alguien los llamaba y colgaba, luego se quedaba en línea un tiempo, en silencio.

—¿Y qué pensaron?

—Pues Roque estaba convencido de que era la gente de Blue Beach. Nunca pensamos que fuera alguien más. ¿Quién iba a ser? Además, Roque nos contó que cuando ellos se opusieron al desarrollo, les pasaron cosas similares, aunque no exactamente eso. Concluimos que nos estaban intimidando para que dejáramos de investigar. Llamamos al encargado en Blue Beach, el desarrollador, pero obviamente lo negó todo.

—¿Cómo se llama él?

—Felipe López.

Otra cita más, pensé. Se me estaba llenando la agenda.

Conversamos un rato más y nos despedimos. Le pedí otra cerveza a Karina y me la llevé a la mesa de siempre. Desde el estero de Lagarto llegaba el retumbar de los bajos electrónicos, como una jaqueca eterna. La segunda noche ya. Pronto se acabaría esta mierda.

Tomé y fumé y no llegué a ninguna conclusión importante. Tenía ideas, pero todo el mundo siempre tiene ideas. La medianoche me agarró ya en casa, boca arriba sobre la cama y con un cigarrillo encendido entre la oscuridad. El viento rugía afuera, entre los potreros y una luna clara, como la de mi sueño. Pensé en Jaime, y pensé en esa luna; después no pensé más. Caí dormido en algún momento de la madrugada.

# X

Desayuné en el bar de doña Eulalia —bar y restaurante, le había empezado a decir Karina—. Ese día ofrecían panqueques y tostadas francesas con arándanos hechos por doña Eulalia, aunque idea de Karina. Ninguna de las dos terminó la escuela secundaria pero, hacía poco, Karina completó el bachillerato por madurez y se matriculó en un par de cursos en la UNED de Santa Cruz. Tenía planes de sacar un título en algo que se llamaba Gestión Turística Sostenible —saber qué putas significaba eso—. Los estudios, entre otras cosas, la ayudaron a dejar a un rotundo imbécil a quien yo tuve que visitar un par de veces para convencerlo de que la dejara de pegar. Ahora quería una vida nueva, y supongo que esa vida nueva incluía panqueques y tostadas francesas con arándanos.

Estaban espectaculares. También el café había mejorado; tanto que los surfistas paraban a comprarlo de ida o vuelta de Marbella. Karina había inaugurado una máquina de expreso que compró usada, en línea, a un restaurante que cerraba en Nosara. Aprendió a hacer varias bebidas —capuchinos, mocas, cafés frapeados— en YouTube, y el otro día que fui a Tama inclusive me pidió leche de soya y almendra. Se estaba complicando la cosa. Esa mañana, por ejemplo, había cuatro mesas llenas. La gente entraba y salía y yo solo esperaba que fuera una cuestión del fin de año. Quería que todo volviera al ritmo de siempre, a ningún ritmo.

Comí lento y me puse a pensar que mi primera visita debía ser a Blue Beach. Luego podría ir en busca de Mauricio. Le pedí la computadora portátil a Karina y me puse a hacer algunas investigaciones en línea. Obviamente Karina también consiguió que se instalara internet con wifi en el bar.

Empecé con lo básico: sitio web de Blue Beach, información general y contactos. Exploré las propiedades, como para darme una idea, y encontré que las casas más baratas estaban en $950 000. Todas se encontraban dentro de diferentes comunidades residenciales, que parecían competir por ser cada una la más exclusiva. Además, tenían esos nombres absurdos como Bosque Azul, Las Palomas, Santuario de las Palmas, Los Vientos —en esta última, las casas costaban de $2 000 000 para arriba—.

Entre la sección de comunidades residenciales, me topé con una descripción que decía «Próximamente: Laguna Verde». Busqué el lugar en el mapa general, y era la sección que vi del otro lado del manglar, en Playa Almendros, la que estaba en vías de construcción. Los lotes con casas estaban todos vendidos; solo seguían disponibles algunas propiedades sin casa. Eso significaba adelantos, depósitos, firmas de contratos. ¿Tener que parar todo eso porque un biólogo se pusiera a indagar en los efectos secundarios de la construcción sobre las aguas del manglar? Se entendía bien por qué las sospechas de agresión de Alejandro y Roque apuntaban a Blue Beach. A veces, la respuesta más obvia es la respuesta más obvia.

Pasé a la sección de Contactos: encargados de mercadería, agentes de bienes raíces, supervisores en el hotel y en el departamento de ventas y alquileres. En una sección titulada «Property Management», me encontré la foto y el perfil de Felipe López. En la descripción de su currículum topé más o menos con lo que esperaba: título en Economía de la UCR, MBA de Florida State University, anteojos y sonrisa benevolente, camisa de botones y blazer. Llamé al número y, para mi sorpresa, López contestó. Le dije quién era y que me habían contratado para buscar a Jaime, así sin rodeos, para ver cómo reaccionaba. No pareció sorprenderse; más bien dijo que le gustaría hablar conmigo. Prefería no verme en la oficina; si yo podía, me invitaba a almorzar en un restaurante que estaba cerca de Hernández. Quedamos en vernos ahí al mediodía; nos despedimos y terminé con el teléfono apagado en la mano, sin poder creer que todo hubiera sido tan fácil.

Llegué antes de la hora. Era una estrategia personal idiota mía, extrañamente efectiva para desconcertar a alguien, aunque fuera un

poco. Sin embargo, apenas entré al lugar, vi que López ya estaba sentado en una mesa esquinera, con una Coca-Cola en la mano. Me observó mientras cruzaba el espacio —exactamente por eso me gusta llegar de primero— y se puso de pie para extenderme la mano.

—Un gusto, don Chepe.

—Hola, López.

Llevaba una guayabera blanca y pantalones negros, con los mismos anteojos y la misma sonrisa que en su perfil. No me tomó mucha inteligencia entender que era el uniforme de los empleados de alto rango en Blue Beach: una vibra entre hacienda de clase alta y trópico elegante.

El restaurante, en contraste, era muy simple. Se llamaba El Punto Sabroso o algo parecido. Tenía cuadros con escenas típicas sobre las paredes —vacas que pastaban en una llanura, un corteza amarilla en flor— y encima de la barra colgaban unos cachos de buey, junto a espuelas y una montura cubierta de polvo.

Otras dos mesas estaban ocupadas. En la primera, tres hombres con camisas de Dos Pinos almorzaban en silencio; el camión con el logo de la empresa los esperaba afuera. En la otra, unos turistas alemanes, o definitivamente europeos, comían mientras revisaban los alrededores con interés sospechoso. El único mesero pasaba entre las mesas y, detrás de la barra, la cantinera revisaba su teléfono, visiblemente aburrida.

Pedimos dos platos del día —casado con pescado, básicamente—, con un par de frescos de cas. Mientras llegaba la comida, le pregunté a López qué sabía de Arboleda, Jaime y la situación del estero. Dijo que estaba al tanto de todo y de todos. También sabía que Jaime trabajaba para Roque y un grupo de «locos» de la comunidad. Era consciente de que ellos culpaban a Blue Beach por la situación del manglar, y que, específicamente, se manifestaban en contra de la etapa nueva que habían empezado a construir: Laguna Verde.

—No crea que no entiendo el enojo —me dijo—. Han vivido años con este paraíso perdido en el que únicamente entraban mochileros y pájaros… Las cosas han cambiado mucho en los últimos treinta

años, don Chepe. El motor de este país es ahora el turismo, también el turismo residencial, nos guste o no. Costa Rica se ha transformado en una economía de servicios porque, tristemente, así es como sobreviven los países como nosotros en la economía global. Esta área era bellísima, es bellísima, sin duda, aunque también era, y aún es, de las más pobres en el país: casas con pisos de tierra, falta de escuelas y centros médicos, pueblos sin servicios básicos de electricidad y agua, hasta epidemias de dengue. Roque es un gran ambientalista, pero también es egoísta, ensimismado. El papá le regaló su hotelito para que fuera a pescar y surfear cerca del mar. Muy bonito y bien por él. ¿Acaso eso le va a dar brete a la gente de por aquí? ¿Acaso les va a mejorar la vida?

—¿Y ustedes sí? Puros trabajos de empleadas y jardineros, me parece a mí. ¿O no?

—Pues hay mucho de eso, don Chepe, no se lo voy a negar. Pero es que aquí no hay nada más. ¿Usted cree que ellos prefieren eso o nada? Además, ya hemos empezado a pagarles clases de inglés a algunos empleados. Después de cuatro años con nosotros, los apoyamos con becas si quieren sacar algún título en la UNED o clases en el INA de Santa Cruz. Hay varios locales que ya están en puestos de supervisión, contaduría, mercadeo; gente que ha nacido y crecido en Parrilla, San Francisco, Hernández. Más del ochenta por ciento de estas comunidades trabajan con nosotros.

—¿Y el manglar, la naturaleza?

—Para desarrollar hay que botar y cortar, es cierto, pero es una inversión en el área y el desarrollo del área. Por otro lado, todo lo hemos hecho *by the book*, como dicen en inglés, nada de tortas: permisos de la Muni, SETENA, estudios de impacto ambiental y todo lo que quiera. Lo que se puede preservar, lo preservamos. Vea las calles y las urbanizaciones: todas respetan la naturaleza local y han sido diseñadas por arquitectos ambientalistas, con títulos en sostenibilidad. Hasta se han redirigido calles y espacios para no destruir especies endémicas, o para no afectar el hábitat de pájaros y mamíferos. Nadie quiere un desmadre como lo que pasó en Langosta, por ejemplo. Yo lo que digo es: desarrollar bien. Si no,

alguien va a desarrollar mal. De eso no hay duda. Tortas y desastres hay para tirar para arriba: en Santa Teresa, Nosara, Tamarindo.

El mesero llegó con los platos. Empezamos a comer, aunque en verdad yo era el que comía. A López le gustaba extenderse.

—¿Entonces ustedes son un puro paraíso? —pregunté, como para subirle la calentura y ver cómo reaccionaba. López siguió tranquilo, medido.

—Tampoco —contestó—, aunque por lo menos hemos hecho las cosas bien. Lo mejor que se puede, con lo que hay. Somos un modelo aquí en la zona.

—¿Y esas casas del millón de dólares también son para gente de la zona?

—Diay, don Chepe, ¿qué quiere que le diga? El dinero manda en este mundo. Yo lo pienso así: esos extranjeros con plata son los que permiten seguir conservando y haciendo el brete bien. ¿Usted cree que alguien aquí en estos pueblos reciclaba hace treinta años? Toda esa cultura de preservación y sostenibilidad viene de afuera, y sí, tristemente, viene de gente que tiene la plata para hacerlo. Este dueño de las marcas Patagonia y North Face, por ejemplo, ¿no acaba de comprar más de dos millones de hectáreas en Argentina y Chile para la preservación? ¿Quién cree que invierte aquí en conservación? ¿La gente de Parrilla? ¿No compró este actor Mel Gibson doscientas hectáreas para preservar cerca de Barrigona?

—Y también para crear su propio acceso a la playa, que los locales no pueden usar. Solo él ve esas doscientas hectáreas.

—Bueno, eso ya no es cierto. La Municipalidad le pidió que abriera un acceso público.

—Lo forzó.

—Pues sí, pero es parte del equilibrio que hay que encontrar. Como país, estamos tratando de encontrarlo. ¿Usted cree que la caña de azúcar y el café nos deja algo hoy día? ¿La ganadería? Lo único que deja plata aquí son los dos millones de turistas que vienen al año a ver nuestro país «verde». La realidad es que muchos de ellos ya viven aquí también. Son ciudadanos, y déjeme decirle que no son los que dejan basura tirada en las playas.

—Todos los ciudadanos tienen derechos, no solo ellos.

—De acuerdo. Todo bien. Personalmente, yo creo en eso, aunque no me lo crea. Yo no estoy en esto únicamente para hacer plata, pero sí quiero vivir bien y quiero que mi familia viva bien. Hay que encontrar ese equilibrio, aunque no crea que gente como Roque sea la más capacitada para encontrarlo.

—¿Por qué no?

—Pues, como le decía, siento que también eso del hotel ecológico y la preservación son muy fáciles de usar como excusa para sus propios intereses. Es una pose también. El problema son los extremos. Es egoísta eso, como le decía, y francamente es igual de privilegiado que los millonarios que vienen aquí.

—¿Cómo así?

—Vea, don Chepe, a mí no me gusta hablar mucho de mi vida personal, pero yo vengo de Chepe, de los barrios del sur. Yo tuve que esforzarme mucho para salir adelante; nadie me regaló nada. Roque es de Escazú, de colegio privado y papá de apellido, y todo eso. ¿Ese hotel usted cree que él se lo ganó? Después de que se lo construyeron, y después de que ahí botaron la mitad del manglar —en una época cuando nadie decía nada—, es muy fácil llegar y decir: hay que preservar y digamos no a los desarrollos que son el demonio. ¿Y qué propone él? Nada. Yo empecé con Blue Beach desde el comienzo, hace años. Invitamos a Roque a dialogar con nosotros, a los vecinos del área. Hicimos reuniones con la comunidad. Y déjeme decirle que la mayoría de la gente de por acá nos apoyaba, porque lo que necesitaban eran trabajos. Algunos no tenían ni para comer. Y Roque con su hotelito y el Hilux que le compró papi, y que no porque no era sostenible. Eso del estero se lo inventó él. Nosotros no causamos eso.

—¿Cómo saben?

—Pues no lo sabemos cien por ciento… En esto estoy tratando de ser bien transparente con usted, don Chepe, porque ya una persona desaparecida es una cuestión muy seria. ¿Usted cree que eso nos conviene? ¿Que nos echen esa bronca encima? Yo conocí personalmente a Jaime. Antes de que empezara con sus estudios, yo lo invité a la oficina y le dije que hiciera lo que tuviera que hacer. Apuesto a que Roque no le dijo eso. ¿O me equivoco?

—No me lo dijo —acepté, sin muchas ganas de hacerlo.

—Vea… Hasta hoy día, yo estoy convencido de que lo del manglar no tiene que ver con la etapa nueva. Siempre hay muchas irregularidades y mierda bajo la mesa en los proyectos en Guanacaste. Eso es un hecho. Pero en este brete, no. Yo me he asegurado de eso porque no nos conviene, y aunque no me lo crea, no quiero que haya problemas. Francamente, y así bien cínico, no es bueno para los negocios. Además, el mae tiene mi edad… Yo no me voy a echar esa bronca encima. ¿Desaparecer a un biólogo, Dios guarde hacerle algo y silenciarlo a lo bravo? No es para tanto y no vale la pena. Esta no es una película del desarrollo malvado… ¿Roque le contó que ofrecimos pagar la mitad de los costos de Arboleda?

—No, tampoco me lo dijo, aunque no es tan difícil para ustedes tirar plata por ahí y decir que hicieron lo que tenían que hacer; después van y se lavan las manos.

—Puede ser, don Chepe, pero nosotros inclusive pusimos la plata para contratar a la excavadora que trató de abrir un nuevo acceso al mar. No funcionó, sin embargo queríamos que funcionara. Aunque no lo crea, no somos los malos en esta película.

—Pues no son los malos hasta que son los malos.

Saqué la cuchilla que había guardado del carro, con la que me pincharon las llantas, y la puse sobre la mesa. Le conté lo que había pasado. Hubo un silencio incómodo mientras el mesero venía a recoger los platos. López siguió tranquilo, sin inmutarse y sin mostrar señal de reconocimiento o nerviosismo.

—Así que a usted también le mandaron un mensajito —dijo—. Jaime y Alejandro me contaron del incidente que tuvieron; llamaron para reclamarme. Se lo dije a ellos y se lo digo a usted ahora: nosotros no fuimos. De hecho, más bien tuvimos problemas parecidos. Nunca cuchillas, pero sí vidrios y parabrisas quebrados, carros rayados, vergazos a la carrocería… Aunque, claro, pensarán que nos lo hicimos a nosotros mismos, para despistar…

Contó del historial de incidentes que habían tenido, más que todo cuando comenzaron con las primeras obras, hacía como tres años.

—¿Entonces nada reciente?

—Pues no, nada… Pregunte en el OIJ. Pusimos varias denuncias en aquel tiempo, por supuesto que nunca llegaron a nada. Chispas del oficio, serán… Por lo menos muestra que el historial de destrucción de propiedad no ha venido de nuestra parte, ni hemos sido relacionados con eso; más bien lo opuesto.

El mesero trajo la cuenta y López puso la tarjeta. Hice un esfuerzo por sacar la billetera, casi vacía, pero López rechazó la oferta:

—No se preocupe, don Chepe. El almuerzo va a mi cuenta. Por invitarlo, nada más, sin intereses, aunque usted no lo crea. Yo más que nadie quiero que encuentre a Jaime. Ojalá… Aquí estaré por si ocupa cualquier cosa; acá está mi tarjeta con el teléfono de la oficina. Atrás le escribí el número de mi celular también.

Se puso de pie y me dio la mano.

—Yo sé que represento algo que usted no necesariamente ve con buenos ojos, don Chepe. Esa idea yo no se la puedo cambiar. En cuanto a lo de Jaime, espero llegue a enterarse de la verdad. Nosotros no tenemos nada que ver con eso.

Se despidió y lo vi salir por la puerta principal. Afuera lo esperaba un Ford Ranger nuevo, con el logo de Blue Beach en los costados. Así quién no, pensé. También quería concluir que era el enemigo, y que todo era una hablada de mierda. Pero algo de razón había en lo que me dijo. Desde el principio yo me preguntaba algo parecido: ¿qué interés tendría el desarrollo en echarse una bronca de ese tipo encima? Sin duda era malo para los negocios, como dijo López, y al final, esos eran los únicos intereses a los que respondía ese tipo de gente.

Lo vi arrancar el Ranger y salir hacia Blue Beach. Pedí una birra y me puse a analizar la situación. Estaba claro que no todos a mi alrededor estaban diciendo la verdad. Alguien estaba mintiendo. ¿Quién? ¿Por qué? Había que seguir buscando.

# XI

Un camión apareció varias semanas después, me contó el Gato. Lo encontraron abandonado en una bodega cerca de Sarapiquí, cargado con veintisiete estañones de gasolina Jet A-1, la misma que se había encontrado en la propiedad en la montaña que servía como helipuerto.

En la bodega tampoco encontraron a nadie, aunque había señales de visitas recientes. De hecho, la policía llegó al lugar gracias a la llamada de un vecino, que reportó la entrada y salida de «personas extrañas» cerca de las bodegas.

El camión era de marca Isuzu, con cajón largo de madera, y placa C180653. Estaba registrado a nombre de Manrique Alfaro Granados, ganadero y vecino de Ciudad Quesada. Alfaro lo había comprado tres años atrás para transportar ganado, aunque después vendió el ganado y se dedicó a otras cosas; entre ellas, a alquilar el vehículo —y otros dos— a particulares. Cuando lo contactaron, Alfaro dijo que no sabía nada de la gasolina ni del uso del camión. Le presentó a la policía un contrato de alquiler que firmó por un año para «el acarreo y transporte de mercaderías, telas, listones, papeles, materias industriales blandas, enseres de oficina o de hogar, electrodomésticos, vegetales, hortalizas, legumbres y frutas como piña, bananos, chayote». En el cajón encontraron varias cajas de piña y papaya entre los estañones, como para disimular el verdadero uso del camión. Después todo fue abandonado, seguramente a la carrera, cuando se enteraron de que venía la policía.

El contrato señalaba otras cosas interesantes como, por ejemplo, que el alquiler era de 500 000 colones al mes, con un depósito de $3

000 como garantía. Los pagos eran hechos siempre a tiempo, en depósito electrónico, por el arrendatario: Luis Diego Camacho. Este mismo nombre aparecía en el contrato de la bodega.

Obviamente, no pudieron dar con él. Camacho seguía desaparecido. Gracias a la evidencia recolectada en ambos lugares, por lo menos lograron que un juez emitiera una orden de captura. El OIJ también puso su foto en línea, y dirigía cualquier información a su número confidencial: 800-8000-645. No habían recibido ninguna llamada.

Por otro lado, el Gato trató de seguirle el rastro a la gasolina, aunque no encontró nada. O más bien, encontró mucho. Se enteró de que ese tipo de gasolina era manejada exclusivamente por la Recope —Refinadora Costarricense de Petróleo—; sin embargo, la empresa estatal tenía más de cien clientes que la compraban, con más de cuarenta distribuidores sin punto fijo. Estos últimos debían informar quiénes eran sus compradores a la Dirección General de Transporte y Comercialización de Combustible del MINAE, pero si no lo hacían… sería muy difícil encontrar la fuente de distribución por ese lado. Además, la gasolina también podía ser robada.

La única otra pista era que tanto el contrato de arrendamiento del camión como el registro y venta de la propiedad del helipuerto en la montaña aparecían en el protocolo de la misma abogada: Marisa Reyes. Su bufete estaba localizado en Ciudad Quesada, pero cuando el OIJ envió a alguien al lugar, ya no existía. Un vecino dijo que «la licenciada» no trabajaba ahí desde hacía rato. La describió como una mujer flaca, alta, de pelo largo, muy negro y muy colocho. Era una buena persona, dijo, cortés, aunque también admitió que no la trataba mucho. Buscaron sus datos en el Colegio de Abogados y solo dieron con la misma dirección y un número de teléfono que estaba desconectado. Nada garantizaba que ella tuviera algo que ver en el asunto. Podía ser una abogada legítima que no sabía para quién trabajaba. O también podía ser una abogada que sabía para quién trabajaba, pero que hacía todo de manera legal. De cualquier forma, y por el momento, todas las investigaciones estaban varadas.

# XII

Después del almuerzo con López, volví a Paraíso. Pasé por el bar de doña Eulalia y la señora me dijo que Ligia había llamado. Pedí el teléfono y llamé a la delegación de Santa Cruz. Ligia contestó al primer timbre.

—Hola, don Chepe. Viera que le tengo noticias. De lo del estero: nada. Sin embargo, un compa en el OIJ me acaba de pasar el dato: encontraron el carro del biólogo.

Por fin algo, pensé.

—¿Dónde?

—Más al norte, cerca de un pueblo, Río Negro, que limita con el Refugio de Vida Silvestre. Como son puros humedales, imagino que sería un buen lugar para desaparecer el carro… Honestamente, también sería un buen lugar para desaparecer a alguien. Por lo menos así piensa el OIJ. Andan buscando un cuerpo también: perros, buzos, etcétera. Aunque usted ya sabía que esa era una posibilidad. Pero con el idiota de Gómez y ese chico nuevo, quién sabe qué van a encontrar.

—¿Y el carro? ¿En qué condiciones estaba?

—No sé más de lo que le acabo de contar, don Chepe. Hace muy poco me enteré. Véngase a cenar a casa, si quiere. Pase tipo siete. Ya para ese entonces tendré más información.

—Está bien, Ligia. Si querés, aprovecho y paso al súper para hacerte alguna compra. ¿Necesitás algo?

—Ay, don Chepe, qué pena me da, pero si no le importa… Viera lo que es ir de compras con esta panza. Y encima saliendo del brete… Puedo enviarle una lista a doña Eulalia por wasap. Solo me faltan unas cosillas. Viera cómo se lo agradezco.

—Claro, no te preocupés. No es molestia… Ah, Ligia, una última cosa…

—Dígame, don Chepe.

—¿Vos me podrías confirmar un dato? Me dijeron que hubo algunas denuncias, seguramente ante el OIJ, de destrucción de propiedad relacionadas con este desarrollo Blue Beach. Las denuncias pueden estar a nombre del desarrollo o a nombre de un supervisor que se llama Felipe López. Más que todo serían carros rayados, vidrios quebrados, ese tipo de cosas. Sería para cuando empezó la construcción del desarrollo, hace como tres años.

—Son datos viejos, podría ser difícil… Igual voy a llamar a un contacto que tiene acceso a esa información. Algo le tendré para más tarde. Nos vemos entonces.

—Okay, Ligia. Nos vemos

Pero ya había colgado.

De nuevo le pedí una cerveza y la computadora a Karina. Una cerveza llevó a dos, y después tuve que pasar a agua porque si no, me montaba en la carreta y aún tenía mucho que hacer: manejar a Santa Cruz, ir al supermercado y a la casa de Ligia y el Gato. A mi alrededor, los hijueputas pescadores y turistas solo tomaban y tomaban. Cabrones, pensé, todos ya estaban de vacaciones.

Mientras tomaba —y mientras no tomaba, desgraciadamente—, busqué información sobre el área donde había aparecido el carro de Jaime, como para darme una idea. Río Negro estaba hacia el noreste y limitaba con el Refugio de Vida Silvestre: un humedal compuesto por una laguna principal y una serie de canales que se conectaban entre sí y desembocaban en el mar mediante los esteros de Tamarindo, Langosta, y —antes— Playa Almendros. El área total ocupaba unas ocho mil hectáreas y fue designada un humedal de importancia internacional en 1993. Era, de hecho, uno de los principales humedales del país.

Cerca de la parte central, sobre la orilla este de la laguna, estaba Río Negro. Era un pueblo pequeño, con una plaza central, cancha de futbol, iglesia y lo de siempre. También funcionaba como centro turístico para visitar los humedales. Varias compañías locales ofrecían tours en lancha por la laguna y los canales, tours a

plataformas para el avistamiento de aves y tours a caballo o en cuatriciclo por las orillas. Funcionaban varios hoteles pequeños en el pueblo, aunque la mayoría de las personas visitaba por el día, ya que no había mucho más que hacer.

Después de ver demasiadas fotos y tener que aguantarme los videos en YouTube de distintos turistas alrededor del mundo pensé que, en efecto, era un buen lugar para perder un carro. Era probable que Jaime fuera interceptado cerca de Playa Almendros o Tamarindo, y que después sus secuestradores hubieran botado el carro a los humedales para despistar o para que no se encontrara. De cualquier manera, era una mala señal, como dijo Ligia. Uno usualmente desaparece un carro después de que desaparece a una persona. No pintaba bien la cosa aunque, a decir la verdad, nunca había pintado bien.

Por el momento necesitaba más detalles sobre el carro y lo que se había encontrado dentro y fuera: la escena en general. Tal vez el OIJ descubriría algo y se podría llegar a algún tipo de conclusión. Habría que ver qué encontraba Ligia.

Ya que ella y el Gato vivían en las afueras de Santa Cruz, pensé que no sería mala idea pasar por la Municipalidad a buscar a Antonio Marín, el regidor que mencionó Roque. Quizás él podría darme alguna perspectiva de la situación en el estero. En estos pueblos pequeños todo el mundo se conoce y era posible que hubiera tenido algún tipo de contacto con Jaime. Alejandro mencionó que a veces hacían trabajos para la Muni; además de que constantemente estaban entrando y saliendo de ahí en nombre de sus clientes. Como era el último día antes de que cerraran para la Navidad y el fin de año, si no iba ahora, tendría que buscar dónde vivía Marín, ir a visitarlo a su casa, etcétera. Una pereza. Tenía que apurarme. Busqué el carro y salí para Santa Cruz.

En la Municipalidad no encontré a Marín, pero sí lo hallé en el bar de al lado: el Bar Las Vegas. Era un lugar que conocía bien, porque varias veces lo había cerrado con el Gato y Ligia, aunque solo cuando no andaban con sus colegas. Los policías en la delegación y el OIJ me conocían, pero era más exacto decir que me toleraban. Yo los toleraba también. Un tipo de irrespeto mutuo, digamos.

El bar además era frecuentado por gente de la Muni, del Coopeguanacaste o de la Subasta Ganadera que estaba a unas cuadras. A veces aparecían turistas ingenuos, parejas jóvenes o algún transportista que se alojaba en un hotel de pasada enfrente. Cuando pregunté en la barra por Marín, el cantinero me señaló a un moreno cincuentón que tomaba de pie hacia el final de la barra, junto a un grupo de personas —seguramente sus colegas, pensé, ya están de fiesta—. Tenía el pelo corto a ambos lados, más largo arriba y además peinado hacia un lado con gomina, como de revista, o como si el pelo no tuviera relación con el clima a su alrededor. Vestía jeans, una camisa de botones demasiado blanca para el lugar y botas de cuero cafés. Se reía mucho, hablaba mucho, y enfrente de él y su grupo había todo un cementerio de botellas de cerveza vacías; evidencia obvia de que llevaban un rato ahí. La Muni se fue de fiesta, pensé. No me extrañaba para nada.

Caminé donde Marín y me presenté.

—Así que usted es el famoso don Chepe —dijo para mi sorpresa —. Mucho gusto.

Había escuchado de mí por otro caso en el que participé con el Gato. Un desmadre había sido. Estos pueblos pequeños…

Le pregunté si podía hacerle algunas preguntas, entonces se puso más serio y me dijo que claro. Le pidió un vaso de agua al cantinero y nos alejamos del grupo hacia la esquina de la barra, que estaba más desocupada.

—Ya sé en las que anda —me dijo—. Roque me contó.

—¿Ah sí? ¿Se comunica mucho con él?

—La verdad que sí. Hace rato que nos conocemos. Nuestras hijas se conocen; las doñas. También estamos juntos en un grupo de wasap y usted sabe cómo es eso.

Se habían conocido hacía tres años. Protestaron juntos contra el desarrollo de Blue Beach, antes de que él fuera regidor, y así fue como entraron en contacto. Como regidor, él trató de luchar contra el desarrollo desde dentro de la Municipalidad, pero había sido difícil.

—El alcalde está muy enamorado de ese tipo de proyecto —dijo —. Francamente, yo no creo que sea el mejor modelo para la zona, siempre se lo digo, aunque no todas las luchas se pueden ganar.

Marín era local de Santa Cruz. Nació y creció en una familia ganadera bien conocida, ahora venida a menos, con fincas y propiedades heredadas por varias generaciones, y, en muchos casos, también perdidas. Toda mi vida la he pasado en la bajura, dijo, por eso me importa tanto. Inclusive mencionó que su familia tenía una propiedad que colindaba con Blue Beach, por otro lado.

—Yo estoy comprometido con esta tierra —dijo.

Claro, pensé, solo así hace algo. Empezó a contarme sobre el tipo de desarrollo que él pensaba más viable:

—Yo creo que deberíamos apostar por un desarrollo más enfocado aquí en el cantón, de pequeña a mediana escala. Tenemos que aprovecharnos del turismo, claro, pero de un turismo que no tenga un impacto tan grande. La gente no entiende que no hay vuelta atrás cuando se construyen lugares como Blue Beach. Lo que se destruye, lo que cambia, nunca va a volver. Así es la tierra. Uno no puede reemplazar un bosque entero sembrando cien árboles. Ni sembrando mil árboles…

Se echó un rollo largo sobre la naturaleza y esto y lo otro. Sin duda podía entender por qué él y Roque se llevaban bien. Tuve que interrumpirlo varias veces para hacerle preguntas acerca de Jaime, aunque me dijo que nunca lo había conocido en persona. Confirmó que Arboleda hacía trabajos para la Muni, y que pasaban mucho tiempo ahí por cuestiones de permisos, entregas y demás. Sin embargo, nunca había hablado personalmente con ninguno de los dos dueños.

—Tienen un mensajero, y él es quien hace esas vueltas.

Pasamos a hablar de otras cosas. O más bien, él habló de otras cosas y yo traté de poner atención mientras el cantinero sacaba cerveza tras cerveza del congelador detrás de la barra. Va a ponerse bueno esto, fue lo único que pensé, mientras el lugar se llenaba. Marín hablaba de los desarrollos y las construcciones más recientes, de la economía local y de la situación de los permisos para las fiestas de Santa Cruz en enero. El tipo me tenía aburrido, francamente, y además estaba perdiendo el tiempo. No me dijo nada útil de Jaime y, cuando le pregunté por el manglar, confesó que no lo había ido a ver desde que se estancó.

—No he podido ir, pero he apoyado a Roque en todo lo que puedo. Yo luché mucho por que no se aceptaran los planos de construcción de esa nueva etapa de Blue Beach. Está demasiado cerca del manglar. Todos los otros edificios, casas, hasta el hotel, están lejos. Ni se notaban desde el estero, ni se veían, y esa siempre fue la idea. Por algo había un gran espacio baldío ahí. Ahora la SETENA les acepta eso, con sus estudios y todo supuestamente legal. Yo sabía que nada bueno podía traer eso…

—¿Y en serio piensa que la construcción deshizo la desembocadura al mar?

—¿Qué más va a ser, don Chepe? Tiene que ser eso. Esa construcción debería desaparecer de ahí. Yo lo he dicho en la Muni. Y déjeme decirle que esa no es una posición muy popular para un regidor en esta administración. Sin embargo, yo no me metí en esto para ser popular. Si Arboleda encuentra alguna irregularidad, que será para el próximo año, vamos con todo. Mi esposa es abogada y dice que se mete con nosotros en esa bronca, si es necesario…

Tuve que interrumpirlo de nuevo. Tenía una última pregunta, porque ya que estaba ahí…

—Marín, ¿por qué ustedes no hacen algo con relación a ese escándalo de mierda que hay ahora en Lagarto?

—¿El festival de música electrónica?

—¿Qué más? Todo el pueblo está en un puro temblor.

Se rio de buena gana, aunque a mí no me hizo nada de gracia.

—Disculpe, don Chepe, pero es que si uno no toma estas cosas con humor, se le riegan las bilis, como decía mi abuela.

—Pues toda la gente de por ahí está con las bilis hechas un pozo. ¿Cómo puede ser eso?

—Yo sé que es una molestia, don Chepe, pero viera cómo deja plata en la zona. En Tamarindo hemos tramitado varios permisos para conciertos parecidos. Honestamente, yo creo que hay que apoyarlos, porque hablando así, al grano, es dinero fácil para el cantón. Se oye un poco de ruido, pero el desmadre está contenido, fácil de vigilar para la policía, aislado del centro de las comunidades.

Además, dijo, le parecía una buena manera de diversificar —esa fue la palabra que usó— la economía del cantón. Eran tres, cuatro

días a lo más. La gente entraba y salía. Había un impacto, pero no tan bravo como el de otras cosas. También esos eventos ayudaban a levantar la visibilidad internacional de la zona; creaban nuevas fuentes de trabajo. Una pura hablada de mierda. Lo único que se diversificaba, pensé, era su propia economía gracias a los regalitos que seguramente le entraban por debajo de la mesa.

—Yo he trabajado mucho con este Mauricio —siguió—, el organizador. Es un mae joven, con visión. Yo lo apoyo, francamente, porque esos eventos podrían ser una buena inversión para el cantón a largo plazo: el país y la bajura como un destino de ese tipo de conciertos. Vea lo que montaron allá en el sur con ese Envision Festival. Viene gente de todo el mundo. Hacen platales. Ténganos paciencia, don Chepe, son unos días.

Hasta quiso invitarme a una birra por la molestia y yo hasta quise aceptar. Pero la noche se venía encima y ni siquiera había pasado al supermercado. Le dije a Marín que tenía que irme y le pasé el número del bar de doña Eulalia por si se enteraba de algo. Él me pasó su número también, su tarjeta —estos hijueputas políticos, pensé—, y dijo que cualquier cosa me llamaría de inmediato. Luego me dio la mano efusivamente, acompañada de una palmada en el hombro como si fuéramos amigos de toda una vida. Llamó al cantinero y siguió de fiesta con sus colegas, como si nada hubiera pasado. El representante de la ciudadanía. Sea tonto.

En el parqueo, la tarde caía sobre las llanuras. Atrás del bar, hacia el este, estas se alejaban muy verdes, desde las colinas cerca de la costa hasta la desembocadura del río Tempisque en el golfo de Colorado. De cierta manera, hacían pensar en un desierto, o por lo menos en una lejanía que era como un desierto. Tal vez de ahí venía el nombre del bar, pensé, aquella ciudad de luces absurdas perdida en medio de los desiertos de California y Nevada. Solo una vez la vi, de pasada, como una alucinación que salía de la pura sequía de aquel lugar.

Encendí un cigarrillo y fumé recostado contra la tapa del carro. El cielo seguía encendido en el oeste, pero hacia el este, crecía la oscuridad. Los vientos alisios galopaban a la distancia, invisibles.

Llegaban y se alejaban como murmullos, mientras yo trataba de entender qué era lo que me querían decir.

# XIII

Odio los supermercados. En ellos se concentra todo el avance idiota de los días. Lo que se compró y se gastó, lo que hay que comprar y lo que se tendrá que comprar de nuevo. Todo en paquetitos supuestamente llamativos, llenos de colores, frases torpes o dibujos hechos bajo la lógica más básica y vil de la publicidad mundial. Hola cliente, y bienvenido.

Para peores tenía que empujar ese carrito infantil porque no me cabían los pedidos de Ligia en una canasta. Nada más deprimente que un hombre solo, sesentón, empujando un carrito en un supermercado ultrailuminado. Además, en el Maxi Palí los productos están tirados de manera caótica entre las cajas de empaque; mal puestos o abiertos y derramados. La gente se comporta como animales en busca de gangas, tiran todo, se pasan por encima y les vale una mierda el espacio o las necesidades de los demás. El súper también es un buen lugar para darse cuenta de por qué falló el comunismo.

Finalmente escapé al parqueo con las compras y algo de mi cordura. Tomé la carretera principal y doblé a la izquierda en la ruta 160, que lleva a Lagunilla, Veintisiete de Abril y Paraíso. El Gato y Ligia vivían en las afueras de la ciudad, una manera de equilibrar la distancia entre los dos trabajos y las dos delegaciones: el Gato en Paraíso; ella en Santa Cruz. Él fue el que se vino a vivir con ella, a una casita humilde, bonita, que le heredó el padre de Ligia al morir.

Salí de la carretera hacia la izquierda, unos tres kilómetros después de dejar la carretera principal. La casa quedaba al final de una calle angosta; un vecindario pequeño que nadie supo cómo nombrar. Estacioné enfrente y bajé con las bolsas llenas de

chunches. La noche estaba espesa, oscura, y a mi alrededor las chicharras encendían los árboles con su pulsación.

Toqué la puerta, pero no fue Ligia la que me abrió.

—¡Gato! ¿Qué putas?

Estaba frente a mí, como una aparición. Se reía de buena gana, como un niño grande y fornido; esos ojos verdes que parecían aún más verdes, pícaros e inteligentes —la razón de su apodo—.

—Esa no se la esperaba, ¿verdad, don Chepe?

Me abrazó y después tomó las bolsas. Pasamos a la cocina, donde encontramos a Ligia de pie, encima de un plato de tortillas con queso que le había hecho el esposo: el plato principal de su embarazo, como le gustaba decir. El Gato armó unas bocas y nos sentamos a la mesa del comedor para picar, charlar y tomarnos unas birras —Ligia con una Imperial Cero, por supuesto—.

Contó que el Gato la había sorprendido a ella también. Apareció de repente, poco después de que ella llegó de la delegación. Lo dejaron volver a casa para la Navidad, aunque tendría que bretear. Tuvo suerte, porque el caso en el que había estado asistiendo a la Fuerza Pública y al OIJ terminó conectado con Santa Cruz. Vino a ayudar con eso. Después tendría que volver.

—Ligia me contó que usted también anda breteando, don Chepe. Algo escuché de lo del biólogo. Una mierda. En lo que pueda ayudarle, usted sabe. Al rato nos podemos ayudar entre los dos.

Quería mi opinión acerca del caso en el que estaba asistiendo. Se tomó un trago largo de la birra y empezó a contar. Habló de helipuertos narco, de gasolina robada, de un camión abandonado y un tal Camacho que los tenía como perros buscándose la cola. Yo pensé que sonaba más a México que a Costa Rica, pero ya Costa Rica estaba un poco como México. Solo un poco.

Durante la última semana, el caso había estado frenado, sin pistas nuevas y sin que nadie supiera para dónde agarrar.

—Eso hasta ayer —dijo el Gato.

No le había contado a Ligia aún, pero los contactaron de la delegación de Filadelfia: apareció un carro chocado a nombre de Camacho. La policía se enteró de que tenía orden de captura y llamó a los agentes que seguían el caso. Estos pidieron refuerzos y, como

el Gato ya estaba involucrado y sabía del asunto, lo mandaron a él. Así también aprovecha y duerme en casa con la doña, le dijo el supervisor, aunque me vuelve después de la Navidad.

El carro era uno de dos autos involucrados en un choque cerca de Filadelfia. El que estaba a nombre de Camacho venía rápido, sobre la carretera, trataba de pasarle a otro carro que estaba enfrente. El que iba adelante paró de repente y *boom*. No fue nada serio, pero los dos hombres del carro de atrás se dieron a la fuga antes de que llegara la policía de tránsito. No quisieron dar el nombre, ni la cédula, ni nada. Se fueron básicamente corriendo, sin que el otro chofer pudiera hacer nada al respecto —no quiso, dijo, porque los tipos le dieron mala espina—. Como la reacción había sido extraña, desmesurada, los policías revisaron el carro. En el cajón, escondidos bajo paneles falsos, había doscientos kilos de coca y una maleta llena de pastillas. Luego dieron con el nombre de Camacho en el registro.

—Hasta en la sopa te sale este mae —le dije al Gato.

—Se mueve mucho, don Chepe. Será la logística detrás de toda esa droga… La cosa es dar con él. Mucho rin-rin y nada de helados, como dicen.

—Así es eso.

Conocía algunos otros casos de helipuertos —sonaron mucho en las noticias por un tiempo— y nunca se pudo arrestar a nadie. Era difícil, a menos de que se agarrara a las personas literalmente con las manos en la masa. El choque había sido una gran oportunidad desperdiciada; para Camacho, un desastre de mala suerte.

Cuando le conté al Gato que yo andaba en las mismas, o más o menos, se sorprendió mucho. Le hablé de la entrada de la lancha al estero, el intercambio de mercancía y la puñalada a mis llantas.

—Demasiada droga está pasando hacia el Norte —dijo.

—Hace rato, colega.

Nos quedamos en silencio un tiempo, sin querer decir lo que ambos queríamos decir. ¿Sería posible?

—Díganlo, güevones —dijo Ligia por fin—. Hay chance de que se conecten estas varas. Al rato los dos están buscando al mismo conejo.

Podía ser, pero también podía no ser. Se sabía de muchas rutas de droga por el país; cientos de personas detrás de ellas. Sin embargo, es cierto que a veces el destino actúa de forma extraña. El azar también. ¿Tendrían los helipuertos que ver con Jaime? ¿Habría descubierto la cabeza de la culebra y por eso lo desaparecieron? En mi vida había visto coincidencias más locas.

Para cambiar de tema, le pregunté a Ligia por el carro de Jaime y el otro dato que le había pedido.

—Buenas noticias y malas noticias, don Chepe, como en las películas. La mala primero, porque yo sé cómo es usted: en el carro no encontraron nada. Están todavía procesando las huellas, entre otras cosas; sin embargo, todo parece ser del biólogo. Tampoco han encontrado una de esas pistas candentes, determinantes. Había únicamente objetos dispersos, normales, en el carro. Les tomaron fotos, como evidencia, y conseguí que un compa me las pasara. Ya se las envié a Karina y a doña Eulalia al wasap. Écheles un ojo cuando llegue allá, a ver si encuentra algo. No las inspeccioné con mucho detalle, no he tenido tiempo, pero no vi nada fuera de lugar.

—¿Y el otro dato?

—En eso sí pegó. Por lo menos se lo pude confirmar. Hubo varias denuncias al OIJ de parte de este López y Blue Beach durante la época de la primera construcción del desarrollo, hace como tres años. Carros rayados, vidrios quebrados y así.

Quizás López sí estaba diciendo la verdad. Era posible que, como él dijo, hicieron las denuncias ellos mismos, para despistar. Sin embargo, lo veía difícil. Mucha trama y mucho rodeo para una persona como López: mencionar el asunto, llamar la atención al asunto y después llamar la atención a que se está llamando la atención al asunto. No lo veía muy plausible. ¿Entonces quién y por qué?

—¿Está maquinando algo, don Chepe? —preguntó el Gato.

—Más o menos. Tengo una idea, aunque hay que darle cabeza al asunto; ir a echar humo un rato.

—Como usted diga, don Chepe. Si necesita ayuda, me dice.

Tal vez sí, pensé, aunque por el momento era mejor dejarlos tener su rato. Hay que saber cuándo se está estorbando entre

casados. Llevaban varios días sin verse y esos ojitos que le hacía Ligia al Gato, y viceversa, me lo decían todo. Terminé con la birra y me puse de pie.

—Bueno, voy jalando. Hablemos mañana. Muchas gracias por los datos, Ligia. Cuando llegue al bar de doña Eulalia me pongo a revisar esas fotos.

—Gracias a usted, más bien, don Chepe. ¿Cuánto le debemos por lo del súper?

—No te preocupés, Ligia, son unas cuantas tonteras. Yo te debo más por esos datos.

Era cierto, pero también era cierto que crecía mi deuda en la tarjeta de crédito.

—Bueno, don Chepe. Le debemos una.

—Mejor no digás mucho. Al rato se la cobro a tu marido mañana.

Se rio y me dio un beso de despedida. Se veía linda con su panzota. Me despedí del Gato también y salí a la noche y a las chicharras.

Pasé al bar de doña Eulalia antes de ir a casa. Solo Karina estaba despierta. Había gente del pueblo frente a la barra; sin embargo, el lugar lucía apagado para un viernes. Karina me dijo que estuvieron más ocupados antes; luego la gente se fue para las fiestas de Paraíso. Armaron el redondel y esa noche empezaban los toros. Tenían una discomóvil y pista de baile, un bar abierto, puestos de comida y juegos. Difícil competir con eso.

Karina confirmó que le llegaron las fotos de Ligia. Inclusive las tenía impresas. Todo un lujo.

—Mataste un montón de árboles gracias a mí —comenté.

—Diay, don Chepe, usted en esta época y todavía sin celular. ¿Qué iba a hacer? Además, como estoy en vacaciones de la U, no gasto en eso.

Les eché un ojo mientras me tomaba las birras. Ligia tenía razón: a primera vista, no parecían muy útiles o reveladoras. Había fotos del marchamo y de marchamos expirados, del manual del carro —un Kia Sportage del 2020—; también hojas sueltas con apuntes, botellas de agua, paquetes de papitas y envolturas de chocolate, menudo, lapiceros y lápices, cargadores, juguetes de Marina y un

par de libros. No había celular, ni agendas o calendarios y, por el momento, tampoco huellas o ADN de terceros. Esto último duraría más tiempo en procesarse, pero no creí que fuera a aparecer nada. Era gente que sabía lo que estaba haciendo y que no dejaba rastros. Eso me hizo pensar en otra posibilidad: ¿habrían agarrado a Jaime afuera del carro? Tal vez el Kia simplemente estaba ahí y quedó ahí, abandonado. Nada en las fotos, ni en lo que mencionó Ligia de la investigación, hacía pensar que lo sacaron a la fuerza. Pero eso significaría que Jaime estaba en Río Negro. ¿Por qué? No tenía mucho sentido. Por el momento, seguía ganando la teoría del secuestro cerca de Playa Almendros. Ojalá el OIJ tuviera suerte y apareciera alguna huella, o algo más concreto, entre los peritos forenses. Después se podría ver.

Revisé las fotos de nuevo, las volví a revisar, pero no encontré nada. Sabía que estaba cerca de algo, pero me sentía cansado y necesitaba pausa y distancia. Era hora de dormir. Mejor seguir por la mañana, pensé. Le pagué a Karina y me fui para la casa.

Cuando llegué, los cuartos olían a encierro. Estaban aún calientes, a pesar de que la noche estaba fresca. Abrí las ventanas y el viento entró. Encendí un cigarrillo y me puse a fumar sobre la cama. La luz de una luna creciente entraba por la ventana; hacía el humo crecer. Lo veía mientras se alzaba como tentáculos entre el aire del cuarto; subía y desaparecía hacia los potreros a la distancia. Por un momento, sentí que mis pensamientos subían y se perdían también: lentos y dispersos, sin conexión. Después caí dormido y no pensé más.

# XIV

Desperté al día siguiente y lo primero que escuché fue el bajo del festival de música electrónica. Malditos, pensé, qué mañana de mierda. Por suerte era el último día y la última noche. Ya casi se termina esta porquería. Después me pregunté: ¿cómo hará la gente para llevar tres días en eso? La respuesta era fácil: drogas. Y fue ese pensamiento básico, banal, que desató otros pensamientos y conexiones no tan básicas ni tan banales. Algo se empezó a mover en la cabeza. Tal vez tendría que visitar ese festival después de todo.

Me vestí y pasé al bar de doña Eulalia a desayunar. Había chilaquiles en el menú esa mañana y estaban buenísimos. Comí, fumé y tomé café. Para la tercera taza, y después de llenar el cenicero con varias chingas mañaneras, casi tenía un plan.

Primero llamé al hotel de Roque, a una hora que yo sabía era difícil para él. La que contestó fue su esposa, Carmen, y era precisamente con ella con quien quería hablar. Le pedí algunos datos, disimuladamente, y le dije que pasaría a verlos muy pronto. Iba a ser una visita difícil.

Utilicé la computadora de Karina para buscar otros datos en internet; después contacté a un amigo que tenía en el Registro Civil. Llamé al Gato y le pedí que me acompañara esa noche al festival de música electrónica. Le dije más o menos por qué, sin mucho detalle, y después llamé a Erwin, el jardinero del hotel de Roque, para pedirle lo mismo. Por suerte, los dos tenían la noche libre y confiaron en mí lo suficiente como para acceder. Pensarían que estaba loco. Quizás tenían razón.

Mientras esperábamos la caída del sol, revisé de nuevo las fotos del carro de Jaime. Las coloqué en fila sobre la mesa, una tras otra.

Parecían los objetos normales de un carro normal. Lo único diferente era una serie de páginas sueltas, con apuntes semejantes a un código secreto: detalles de medidas, distancias, números con revisiones, notas adicionales a estructuras o a algún proyecto desconocido. ¿Qué querían decir? Me empezaron a frustrar esas notas crípticas, las fotos en general, como si ahí estuviera el secreto de la desaparición y yo simplemente no sabía cómo leerlo. Luego noté varios números escritos en serie sobre los márgenes de una de las páginas. Al contar los dígitos, concluí que podía ser un número de teléfono. Tal vez de un cliente, pensé, de cualquier cosa. Decidí llamar. Le pedí el teléfono a doña Eulalia y marqué.

—Buenas tardes, Hotel Natural Río Negro, ¿en qué le puedo ayudar?

Entonces Jaime sí había estado en Río Negro. ¿O estaría con planes de ir? ¿Tendrían algún cliente en la zona?

Sin pensarlo mucho, le hice algunas preguntas al recepcionista: precios, cuartos y posibilidades de alojamiento para el fin de semana entrante. Le dije que un amigo se quedó ahí y me recomendó el lugar, pero cuando traté de preguntarle por Jaime específicamente y las fechas en que había estado ahí —si es que había estado ahí—, el recepcionista se volvió como una tumba. No puedo darle esa información, dijo, privacidad del cliente y política del hotel y esto y lo otro. Además, tampoco tenían campo. Estaban llenos hasta mediados de enero. Mierda.

Colgué sin saber muy bien qué hacer con esa información. Era mejor catalogarla como un hilo que no tenía que ver con la desaparición. Aparte del carro, no había conexión aparente con Río Negro. Era imposible saber cuándo Jaime escribió ese número en el margen de las hojas; si era nuevo, viejo, parte de un estudio futuro o una idea de viaje en familia que quedó en el olvido. Por el momento, lo que mandaba era el manglar. Todo parecía circular alrededor de esa agua estancada, la violencia y la posibilidad de violencia, como si el mundo entero estuviera estancado ahí.

De cualquier manera, llamé a Alejandro y a Adriana, la esposa de Jaime, para ver si ellos sabían de algún trabajo, viaje o interés que él tuviera en Río Negro. Alejandro me dijo que no, y cuando le envié

las fotos de lo que había en el carro, dijo que no veía nada fuera de lugar. En cuanto a los números y medidas en los apuntes, estos eran parte de un reporte —anterior a lo del manglar— que me podía enviar. Le dije que sí, como para hacer la diligencia debida, aunque no parecía que la bronca se relacionaba con un proyecto anterior, especialmente si Alejandro no tenía nada que decir al respecto —ningún problema, queja, comentario—. Nos despedimos y quedé en llamarlo al día siguiente. Tal vez para ese entonces te tenga algo, le dije. Era muy posible.

La llamada a Adriana tampoco dio mucho resultado. Ya estaba al tanto de que el OIJ encontró el carro. Tenía que ir a Santa Cruz a lidiar con eso. Además, el OIJ le dijo que no tenían más información. Cuando le mencioné lo de las fotos, se armó de valentía para verlas. No había nada raro, ni gráfico, pero igual la afectaron mucho. Esos objetos mundanos, abandonados, hacían resaltar la ausencia de su esposo. Por último, dijo que no sabía nada de Río Negro. Según ella, su esposo nunca estuvo ahí.

Colgué y pensé que era raro lo del número del hotel. Podría ser cualquier cosa, cualquier estupidez, pero, por alguna razón, me estorbaba en la conciencia. Hay que ver qué pasa hoy, pensé; luego ver si valía la pena ir a Río Negro.

La tarde llegó. El ocaso. Cuando el sol desaparecía sobre el horizonte del mar, busqué el carro. Para ese entonces, ya me había fumado quién sabe cuántos cigarrillos entre llamadas, apuntes, notas, búsquedas en la red y demás. Estaba harto de estar sentado y sedentario. Necesitaba moverme. Tal vez no tanto como lo terminé haciendo.

Llegué por el Gato cerca de las siete. Se veía más repuesto que el día anterior: descansado, duchado, con colonia puesta. Cuando lo molesté, me dijo que a Li le gustaba. Así le decía a Ligia: Li. Seas tonto.

El Gato siempre fue paciente conmigo, y yo con él. Cuando uno anda en estas siempre existe un espacio para el mal nombrado «presentimiento»; una manera torpe de decir experiencia. A veces uno sabe y a veces no. Sin embargo, en el camino, se notaba impaciente:

—¿Qué es lo que vamos a buscar a ese festival, don Chepe? Estoy como Watson en esos cuentos de Sherlock Holmes, que nunca sabe la mitad de lo que está pasando.

El comentario me dio risa. Tenía razón, no fui muy claro. En parte, porque era una apuesta al azar y al famoso presentimiento. No sabía si las conexiones que había hecho eran reales o simplemente ficción.

—No vamos a buscar un qué, Gato, sino un quién.

—No me diga.

—Puede ser.

—¿Camacho?

—Sí.

Era poco probable, pero no imposible. Tenía que haber toda una infraestructura —gente, lugares, carros, casas— detrás del movimiento de la droga que entraba por Playa Almendros. No existía una manera de saber cuál era, o hacia dónde se dirigía, sin seguir las drogas hasta su destino. Sin embargo, el Gato, de pura suerte, había dado con el otro lado de un sistema de distribución. Dado el hecho de que Camacho, o por lo menos un carro registrado a su nombre, se encontró cerca de Filadelfia, con drogas dentro, era posible que hubiera alguna conexión. La misma Ligia lo mencionó. Eso me hizo pensar: ¿cuántos grupos, con el mismo intermediario, trabajarían entre Guanacaste y un helipuerto cerca de Upala? Camacho unía esas cosas y esos lugares: la casa en la montaña que servía de helipuerto, la gasolina y el camión abandonado en la bodega, el carro con drogas en Guanacaste. Además, parecía que él y el carro iban hacia el sur sobre la carretera 21. Tenían el cajón lleno de producto. ¿Dónde podría tener éxito ese producto, especialmente las pastillas? En el festival de música electrónica.

En los últimos años, el paso de drogas por Costa Rica se pagaba con producto —por lo menos parcialmente—. Algo de la droga se quedaba en el país, para el mercado interno, y el resto seguía hacia Nicaragua, Guatemala, México y el mercado más grande del mundo: Estados Unidos.

El Gato estaba interesado, aunque no completamente convencido:

—Podría ser, don Chepe, pero podría no ser.

—Sin duda… Te tengo otro dato que te va a gustar.

Cuando me reuní con Marín, el regidor, este mencionó dos cosas que se quedaron flotando en mi inconsciente. Al escuchar los cuentos del Gato, y la conexión que hizo Ligia, esas cosas empezaron a subir a la superficie como burbujas o ebullición.

Primero, Marín compartió que su familia tenía una propiedad que colindaba con Blue Beach. Mediante un contacto en el Registro logré, con su nombre, localizar la propiedad. Efectivamente, colindaba con Blue Beach y también con los canales que eventualmente llevaban al estero de Playa Almendros —suroeste— y al Refugio de Vida Silvestre —noreste—.

Segundo, Marín dijo que su esposa era abogada. Era cierto: abogada y notaria. Llamé a Carmen, la esposa de Roque, para pedirle el nombre. Después, lo busqué en las Consultas Civiles de la página del Tribunal Supremo de Elecciones.

—¿Sabés cuál es el nombre completo, con los dos apellidos, de la esposa de Marín? —le pregunté al Gato.

—A ver, don Chepe.

—Marisa Reyes Camacho.

—¿La misma que sale en el contrato del camión y la venta de la propiedad del helipuerto? Además, ¿posiblemente prima de Camacho?

—Exacto. ¿Cómo la ves?

—Ahora sí me está gustando esta teoría.

La teoría era una cosa, pero encontrar a Camacho en el festival de música electrónica era otra. También, en el caso de Marín y su esposa, la relación con una infraestructura de drogas y posible lavado de dinero era muy circunstancial. Parecía estar ahí: entrada de lancha por el estero, intercambio en el manglar y depósito de la mercadería en la propiedad de Marín, traslado —en carro— a la propiedad cerca de Upala, helicóptero hacia el norte, abogada —esposa y prima— que apoya la operación desde un ámbito legal. Otra cosa era probar eso. Había que agarrarlos con las manos en la masa. Encontrar a Camacho sería esencial. Él estaba mucho más untado. Si lo encontrábamos con drogas y el Gato lograba arrestarlo,

podría dar para más: interrogatorio, información en intercambio por una sentencia menor, detalles con nombres y apellidos. Inclusive, se le podría meter miedo con la desaparición de Jaime o con un cargo de homicidio, y ahí sí podría caerse el castillo de naipes. Tal vez hasta se lograría llegar a Jaime o saber qué pasó con él. Eso sí, habría que dar con Camacho, y eso ya era mucho decir.

—Al rato aparece —dijo el Gato— o al rato está de vacaciones en Cancún o en cualquier otro lado.

—Ese es el problema.

Mi plan era utilizar los contactos del Gato entre los tombos y gente de seguridad para entrar a la propiedad con Erwin. Después, él trataría de buscar droga, de comprar, y veríamos qué tipo de elementos se movían para atenderlo. El Gato contactó a Ligia en el camino y a un colega de confianza en el OIJ para ponerlos al tanto. Este colega iba a tener a un juez en *standby* por si necesitábamos una orden de allanamiento, aunque la orden de captura contra Camacho daba para mucho. Eso sí, tendría que ser él. Si no, por lo menos llegar a algún *dealer* de segunda; alguien ligado a esta organización que pudiera llevarnos a otros datos o nombres más altos en la cadena alimentaria. De ahí —ojalá— a Jaime.

Llegamos por Erwin cerca de las ocho. Estaba jugando billar en el minisúper, como siempre. Tuvo que salir a medio juego y se notaba molesto cuando se montó al carro.

—Ojalá valga la pena, don —me dijo—, porque estoy perdiendo plata.

# XV

Entramos a Lagarto a las nueve. El festival tenía lugar en una finca grande que colindaba con el estero. Se entraba por medio de potreros vacíos que servían de estacionamiento. De ahí, había que caminar hacia la costa, donde estaban los juegos de luces, las tarimas y varias otras estructuras —esculturas gigantes, zonas de descanso con sofás y sillas, bares, carpas con distintas actividades—.

Antes de llegar, identificamos a un guarda de seguridad, expolicía, que era amigo del Gato. Coordinamos con él para que nos dejara pasar. Entramos a la finca y seguimos las luces rojas y el tráfico hasta el final de una fila inmensa de autos estacionados. Había varios cuidacarros que rondaban, gente que fumaba y tomaba al lado de sus carros; luego cientos de personas que entraban y salían de los senderos que llevaban al centro de la música. Era la última noche del festival, Nochebuena sería al día siguiente, y el evento estaba a reventar. Por lo menos mis oídos estaban a reventar. El escándalo era impresionante.

No había anticipado la escala del espectáculo. Desde la calle, o desde el centro de Lagarto, se escuchaba la música, pero no se tenía una idea del número de personas o del ambiente: miles de hombres y mujeres, mitad desnudos, vestidos de luces o con maquillaje y los trajes más excéntricos y elaborados —un tipo de carnaval impulsado por anfetaminas—. Iba a ser difícil estar en contacto entre todo ese movimiento, lograr escucharnos o seguir el rastro de cualquier persona entre la muchedumbre —de noche—. El lugar era un buen escondite para alguien como Camacho. Estaba dudando de mi plan.

Caminamos hacia la playa y en poco tiempo llegamos a las tarimas y el público enfrente. Miles de personas, ruido, humo, luces,

baile. Atrás del público, hacia el final del espacio designado para el evento, una barra larga con varios cantineros y cantineras. Estaba toda iluminada y parecía una nave espacial a punto de despegar entre la oscuridad. Hacia un lado de la barra, el terreno descendía hasta la playa y las sombras. Podíamos ver parejas que se alejaban de la mano hacia el mar; otras personas que estaban tiradas sobre la arena, en quién sabe qué estado, miraban las estrellas.

El Gato y yo compramos una birra y nos alejamos hacia las sombras de la costa. Ahí íbamos a esperar a Erwin. La idea era que él fuera solo —dentro del rango de nuestra vista— a dar una vuelta y buscar MD y cocaína. La excusa era decir que él era el contacto local —la «soyla»— de un grupo de gringos con plata que estaban en el área de *camping —glamping* VIP, según el sitio web—. El pedido que iba a hacer estaba calculado para ser más de lo que andaría un *dealer* encima. Este tendría que buscar asistencia —permiso, seguramente— y ahí sería cuando el Gato y yo lo seguiríamos a su destino y a su supervisor. Esperábamos que eso diera algún tipo de resultado. Francamente, era mucho que esperar.

Pasamos a la segunda birra mientras Erwin caminaba entre las personas; se movía al ritmo de la música, preguntaba y luego volvía a preguntar. Finalmente, logró llamar la atención de una chica en tanga, pintada de platino, que se le acercó discretamente. Empezó a bailar a su lado y le empezó a hablar —al oído, porque no se podía conversar de otra manera—. Conversaron de oído a oído y Erwin le sacó una sonrisa y un flirteo que parecía genuino. Resultó ser carismático el cabrón. No mucho después, la chica le tocó el brazo en señal de ya vengo y caminó hacia el sureste. Erwin levantó la mano al ritmo de la música —nuestra señal— y salimos detrás de ella.

La chica se alejó del público y las luces; encontró un sendero angosto, con antorchas a los lados, que cruzaba un bosque seco. Finalmente llegó a un espacio abierto con tres contenedores remodelados como lugares para la vivienda —cuartos u oficinas—. Serían para los organizadores o empleados, pensé, ya que no tenían el glamur de los famosos espacios VIP. Seguramente Mauricio estaría

durmiendo en uno de ellos. ¿Estaría metido en esto también? El amorío con la esposa de Jaime se volvió más serio en mi cabeza.

Los tres contenedores tenían una terraza pequeña, con dos sillas en el frente, que daba a una puerta corrediza de vidrio, tapada con cortinas: la entrada. La luz estaba encendida en solo uno de ellos. No se escuchaba más que el zumbido leve del aire acondicionado —cada contenedor tenía uno— encima de los bajos a la distancia. La chica caminó hacia la luz, subió las gradas de la terraza, tocó la puerta y entró.

El Gato y yo nos movimos entre las sombras del bosque y dimos la vuelta. En la parte de atrás, cada contenedor tenía dos ventanas sin cortinas: una pequeña que daba a un baño; otra más grande a un tipo de estudio con sala, cocina y cama. Dos hombres sentados en el sofá y un tercero en una silla: Camacho. Se dio el milagro después de todo.

La chica habló con ellos un tiempo y después salió, mientras el Gato y yo regresábamos al camuflaje del bosque. Camacho envió —claramente era el que daba las órdenes— a uno de los hombres con ella; además, con un bulto que sacaron de debajo de la cama. Camacho y el otro hombre regresaron a un juego de cartas que tenían sobre una mesa. Un par de pistolas automáticas descansaba ahí también.

Vimos a la chica y al otro hombre pasar a la distancia. Tomaron el sendero angosto que llevaba a la fiesta y las tarimas, aunque no sabían que iban a volver muy pronto. Desde un principio, el plan fue que Erwin hiciera el pedido y que luego desapareciera. En ese preciso momento, seguramente caminaría hacia el carro y el estacionamiento, donde quedamos en reencontrarnos. El Gato le había enviado un texto a Ligia para que se comunicara con los colegas del OIJ y les dijera que encontramos a Camacho. Les envió nuestra localización. Estaban de camino, así que era solo de vigilar y esperar.

Pero a veces la vida es más impaciente. La puerta del contenedor se abrió y Camacho salió a la noche y al bosque. Cargaba un bulto en el hombro izquierdo, y en la cadera derecha, metida entre el pantalón, la pistola. Voy jalando, dijo. Bajó las gradas del contenedor

y tomó un camino aún más angosto, casi sin iluminación, que se dirigía hacia el sur. Tendrá un carro estacionado ahí, pensé, no va a salir por la entrada principal. El Gato pensó lo mismo. No podíamos esperar al OIJ. Para complicar más las cosas, había otros dos hombres armados, en dos localizaciones, que no podíamos vigilar a la misma vez que a Camacho.

—Vamos por Camacho primero, don Chepe —dijo el Gato—. Después nos la jugamos con los otros dos.

—Bueno. Vos primero y yo te sigo.

El Gato salió rápido. Yo llevaba la retaguardia como a los diez metros, moviéndome lo más ágil que un sesentón puede moverse —que no era mucho—. A la distancia, apenas visible entre unas luces de jardín, iba Camacho. El sendero terminaba a unos cien metros en un claro con un par de carros estacionados. El espacio era un potrero vacío que limitaba con la playa y el mar hacia el oeste; hacia el este, seguía una calle de lastre que seguramente conectaría con la costanera y el centro de Lagarto. Otra salida.

El Gato se movía con sigilo, aunque también necesitaba recuperar la distancia que Camacho nos había sacado. En la oscuridad, espantó a una iguana que descansaba sobre el tronco de un árbol. La iguana corrió entre las hojas y la maleza. Hizo un escándalo. Camacho se volvió y ni modo: el escondite del Gato se había destapado. Estaba como a diez metros de Camacho; yo a diez del Gato.

—Policía, Camacho. No se mueva. Baje el arma tranquilito y ponga el bulto en el suelo. Despacio.

Camacho se quedó quieto. Alzó las manos, la espalda hacia nosotros, y después bajó el bulto con mucha cautela, con la mano izquierda. Cuando bajó la mano derecha, para tomar el arma y bajarla al suelo, de repente corrió hacia el bosque. El Gato disparó una vez; incluso en la penumbra se vio el polvo que levantó la bala al no pegar con nada. Camacho continuó por el bosque en dirección a los carros. Se volvió y disparó dos veces. Las balas pegaron en el tronco de un malinche a menos de un metro de donde estaba el Gato. Este me hizo señas para que yo siguiera el camino hacia un lado; él iría detrás de Camacho hacia el otro. La idea era rodear el

carro antes de que Camacho pudiera llegar a él o, por lo menos, tratar de bloquear la salida.

El Gato se movía rápido detrás de Camacho; yo iba más lento. Los escuché intercambiar un par de balazos sin mucha dirección o ganas, como para meterse miedo o avisar que ambos todavía estaban comprometidos con la persecución. Camacho llegó al final del bosque y paró detrás de un árbol. Envió una ráfaga de tiros y vació el cargador. Se prepara para moverse al carro, pensé. El Gato quedó atrapado detrás de un árbol; respondió a los disparos, aunque tuvo que recargar también. Venía el todo o nada.

Camacho salió del bosque. Disparaba y se movía rápido. Tras la ráfaga de tiros, el Gato no pudo salir o responder con precisión. Camacho llegó al carro. Abrió la puerta del conductor y el Gato disparó. Los disparos pegaron en la puerta. Camacho entró, encendió el motor y arrancó.

Yo llegué al final del bosque también, frente al potrero vacío. Topé con el carro cuando salía a toda velocidad. Disparé hacia la parte baja. Estallé dos llantas y logré balear el motor. El carro siguió sin dirección y no mucho después se detuvo con un golpe fuerte contra el tronco de un roble. Escuchamos la bolsa de aire abrirse, mientras vapor o humo o saber qué salía del carro como una niebla. Me acerqué con la automática en alto del lado del conductor. Camacho salió en cuclillas del carro, se arrastró y trató de alcanzar la automática que cayó afuera. Lo tenía a unos metros, pero no iba a llegar a tiempo. Camacho tomó la automática y la alzó, a punto de disparar.

El Gato llegó del otro lado. Pateó el brazo de Camacho, ya cansado por el accidente, y la automática salió volando. Otra patada bien puesta y Camacho cayó rendido. El Gato lo volvió, le puso las esposas y lo dejó boca abajo sobre el polvo. Yo llegué donde ellos:

—Estoy muy roco para estas correderas, Gato… Gracias.

—Usted sabe cómo es, don Chepe.

Nos agachábamos para ver en qué estado estaba Camacho, cuando una bala reventó el espejo retrovisor del carro. Nos tiramos al suelo, a un lado de Camacho, abrimos las puertas delantera y

trasera y nos recostamos contra el carro. Los tiros venían del bosque. ¿Sería uno o dos tiradores?

Otro disparo y después silencio. Estará o estarán dando la vuelta, pensé. Nos van a encontrar aquí sentados, blancos perfectos.

—Hay que moverse, Gato, si no, estamos listos. Esta me toca a mí. Cubrime.

El Gato se levantó y apoyó la pistola en la ventana del lado del chofer. Disparó. Yo salí hacia donde el bosque estaba más espeso. Llegué a un roble y esperé atrás. El Gato disparó de nuevo. Nada se movía dentro del bosque. De repente, como a los cinco metros, vi la noche alumbrarse con un disparo. La bala pegó demasiado cerca del Gato. Un ajuste de distancia más y le va a pegar, pensé. Escuché moverse el cuerpo que disparó, y sabía que solo tenía unos segundos para salvar al Gato.

Disparé en la dirección del movimiento. Tres tiros. Tuve suerte y uno de ellos sonó hueco. Pegó. Me acerqué con cautela y encontré al hombre en una pura lloradera en el suelo. Le había despedazado la rodilla. Su pistola cayó cerca y la tomé antes de que la pudiera alcanzar. Le di vuelta y lo amarré con unas esposas plásticas que siempre andaba encima. Después le hice un torniquete casero con su propia camisa, para que no se desangrara. Busqué a un tercer pistolero, pero nunca lo encontré. Al rato me topé con el Gato, que venía de la otra dirección. El tercer hombre se había esfumado o nunca llegó.

Juntamos a los dos presos frente al carro y esperamos a que llegara la patrulla. Entró como a los veinte minutos, por un acceso al final del potrero —el Gato había enviado la localización exacta—. Venía una patrulla del OIJ, la Toyotona de la delegación de la Fuerza Pública de Paraíso, una ambulancia y un juez. Se estacionaron alrededor de nosotros, mientras las luces azules y rojas iluminaban la noche intermitentemente, como si fueran parte del festival. Al estacionar, levantaron un polvazal inmenso. El viento lo hizo crecer, lo alborotó, y después lo perdió entre el mar y los potreros. A la distancia, aún se escuchaban los bajos que venían de las tarimas, podían verse láseres de colores: el festival en su máximo apogeo.

# XVI

Es un dicho viejo y un cliché: cuando el barco se hunde, huyen todas las ratas. Huyen y, además, tratan de salvarse. Los seres humanos no son diferentes.

Llevaron a Camacho y al otro hombre —de apellido Ramírez— al hospital. Un médico revisó al primero y lo encontró, por lo general, bien. Tenía un dedo quebrado y se lo pusieron en una férula. Aparte de eso, tenía solo golpes y rasguños. La situación con Ramírez fue más seria: una operación, pines y no sé qué más. Mientras lo operaban, llevaron a Camacho al OIJ de Santa Cruz para interrogarlo y, ni lento ni perezoso, el tipo aprovechó para soltar lo que sabía. Era consciente de que venía untado de mierda, y alguien así también sabe que le conviene hablar y llegar a un acuerdo antes de que otro —en este caso, Ramírez— le robe el mandado.

Desde un principio quería intercambiar información por una reducción en la sentencia. A ver cuánto le ayudaba, francamente, porque la lista era larga y se hacía más larga al contar: drogas en el carro —alquilado bajo su nombre—; en el cuarto del festival tiroteo con un policía —o sea, intento de homicidio— y una pistola que no estaba inscrita —segunda infracción de la Ley de Armas—. Durante el interrogatorio, no dio todos los detalles de la infraestructura, destino y transporte de las drogas, aunque sí aceptó la relación con el camión y la propiedad del helipuerto —o sea, delitos de tráfico de drogas, legitimación de capitales y acopio de armas prohibidas—. Etcétera. Etcétera.

Lo que no aceptó, y según el OIJ parecía sincero en lo que decía, era una relación con la desaparición de Jaime. Desde un principio dijo que no sabía quién era y que eso no tenía que ver con él ni con

la gente con que trataba. Además, llevaban rato sin utilizar el estero de Playa Almendros como entrada de drogas desde del mar —muy cantado con esos hoteles ahí, dijo—. Ese intercambio lo hacían otros, y él sabía poco. Lo presionaron para que contara más, pero no soltó ni nombres ni datos en cuanto a nuevos puntos de entrada a la costa. Había cosas que no estaba dispuesto a compartir. Lo que sí dijo, y siguió diciendo, fue que él no participaba en esa parte del traslado, y que las personas con las que trataba permanecían anónimas. Aceptó que fue a recoger producto —así le decía— a una propiedad que colindaba con los canales al este de Blue Beach, pero no sabía de quién era. Le dejaron el portón abierto, entró, recogió varios bultos de una bodega y salió. Ni quince minutos estuve ahí, dijo.

Por el momento, Marín se salvaba. Estaba difícil ligarlo al tráfico sin un testigo que lo pusiera en el lugar de los hechos directamente. Lo mismo se aplicaba a su esposa; una abogada, estaba seguro, experta en lavarse las manos y proclamar inocencia e ignorancia para ambos. A menos de que llevaran a Camacho a ver la propiedad y él la identificara, no había mucho que hacer por el momento. Marín y su esposa no vivían ahí, así que podían decir que no estaban al tanto, que era difícil controlar todo lo que pasara en el lugar. Obviamente estaba la relación familiar —Camacho aceptó ser primo de la abogada Reyes—, aunque alegarían que simplemente trataron de ayudar a un primo y que no sabían en lo que andaba. Inclusive yo empecé a cuestionarme si en serio estarían involucrados. Por el momento, un juez le otorgó a Camacho seis meses de prisión preventiva; después habría que ver si el pajarito seguía cantando.

Yo también hice una declaración —fui interrogado, francamente —. La gente en el OIJ y en la Delegación de Santa Cruz me conocía, aunque a muchos no les gustaba que yo anduviera por ahí de mercenario. Sin embargo, no había mucho que pudieran hacer. Por fin me puse al día con la Ley de Regulaciones de los Servicios de Seguridad Privada y cumplí con el programa de capacitación, la solicitud y la documentación para estar inscrito como investigador privado. La automática estaba inscrita también. El proceso fue todo un calvario de trámites, burocracia, viajes a San José y demás. Pero

valió la pena. Ya no me jodían tanto. Además, les resolví más de una bronca y ellos siempre tomaban el crédito por lo que hacía. Me había portado bien.

Después de toda la noche y madrugada entre el procesamiento de la escena del tiroteo, los hospitales, las interrogaciones, las consultas y conversaciones, el Gato y yo salimos del OIJ cerca de las diez de la mañana. Lo dejé en su casa sin bajarme —Ligia estaría cabreada por arriesgar el pellejo de su esposo en vísperas de Nochebuena— y seguí hacia Paraíso. En el camino pensé lo inevitable: tenía que esperar. El OIJ necesitaba continuar con el interrogatorio de Camacho y, además, había que ver qué decía el tal Ramírez. El caso se desarrollaría a su velocidad y no lo podía forzar. Faltaba llegar a Marín, a su esposa, a otras personas que identificaran Camacho o Ramírez. Toda la maquinaria lenta de la justicia. Tener paciencia con ella nunca fue una de mis virtudes.

Por otro lado, no había avanzado casi nada en la búsqueda de Jaime. El tiempo limitado que tenía o no tenía, posiblemente había expirado en todas sus formas. ¿Por qué no lo encontraba? Si antes estaba casi seguro de que la estructura del tráfico de drogas se relacionaba con su desaparición, ahora lo estaba dudando. Tal vez Camacho mentía y no quería echarse otro cargo encima; sin embargo, algo me decía que ya habría soltado esa información. Habría dicho algo. Alguien así trata de adelantarse a cualquier cosa que le tengan encima. Si las preguntas de Jaime lo sorprendieron y él sabía algo, culparía a otra persona; buscaría una manera de salir del apuro, porque en algún momento alguien lo cantaría o se descubriría su participación. No hubo nada de eso: ni reconocimiento de Jaime ni indicios de reconocimiento. Tal vez tenía que ver con Marín, pero ¿por qué él arriesgaría algo así? ¿Serían las personas de la lancha? Estas seguramente venían de afuera y, si tuvieron algo que ver con Jaime, se lo habrían llevado a él y su secreto al mar. ¿Entonces por qué el carro en Río Negro? Nada tenía sentido.

En fin, estaba cansado y únicamente pensaba en dormir. Aún debía hacer otra parada: tal vez la única manera, por el momento, de confirmar si lo de Jaime tenía que ver con el narco o no. A las once y media, trasnochado y con poca gana, estacioné frente al

hotel de Roque en Playa Almendros. Había regresado al punto de inicio.

# XVII

En la recepción del hotel todo estaba preparado para la Nochebuena: un árbol de Navidad en la esquina, con escarcha navideña, ornamentos y luces que se encendían y apagaban. Las paredes llenas de coronas navideñas y el espacio olía a pino mezclado con sal. Encima del mostrador descansaban varios anuncios relacionados con un menú navideño, y Carmen —la que atendía— me dijo que estaban de locos, organizando todo para la noche y preparándose para la cena. Una Navidad tropical.

Dijo que encontraría a Roque en la bodega de la casa, alejada de los edificios principales del hotel, aunque siempre dentro de la misma propiedad, así que me encaminé hacia allá. Un trillo angosto, de cemento, llevaba hasta el lugar y le daba la vuelta. La bodega estaba atrás. Colindaba con un jardín lleno de árboles frutales y, más allá, con un bosque de manzanillos y almendros que llevaba al manglar. La puerta se encontraba abierta, con Roque adentro.

Me detuve frente al umbral de la puerta y encendí un cigarrillo. Podía ver a Roque buscando algo entre las montañas de chunches misceláneos que guarda una familia en una bodega así: cajas, bicicletas, juguetes, tablas de surf, adornos, muebles, ropa y hasta una faja de correr abandonada. Lo que yo buscaba lo vislumbré en una de las esquinas, mitad cubierto por una lona llena de huecos: la panga que Roque antes usaba para pescar en el estero. Era pequeña, pero honda y ancha, con un triángulo azul dibujado en la punta y un motor de cola corta.

—Don Chepe… Feliz Navidad. ¿Qué lo trae por acá?

—Pues nada bueno, Roque. Quería que me contaras cómo te involucraste en esto de meter drogas por el estero.

Se puso pálido, las manos le empezaron a temblar y tuvo que sentarse en una silla verde, para niños, que estaba guardada junto a una mesa y otra silla azul.

—Ay, don Chepe, yo…

Se quedó callado, como si se le hubiera acabado la gasolina; después empezó a sollozar bajito, en un tipo de susurro agónico. Quién sabe en qué se habrá metido, pensé. Se notaba que cargaba un peso inmenso encima.

—A ver, Roque, tranquilo. Vamos a caminar un poco.

Apagué el cigarrillo y lo ayudé a ponerse de pie. Bajó la cabeza como si lo estuviera regañando, sin querer sostenerme la mirada. Salimos de la bodega y caminamos hacia el final del jardín; después nos movimos lento bajo la sombra de los árboles. El suelo estaba cubierto por frutas de los almendros y manzanillos. Recordé que al segundo se le decía «árbol de la muerte», y que sus frutos pequeños y verdes eran altamente tóxicos, aunque de agradable aroma. Hasta la naturaleza estaba llena de metáforas.

Roque se repuso un poco y me pidió un cigarrillo —nunca lo había visto fumar—. Lo encendió e inhaló torpemente, mientras yo también sacaba uno de la caja. Nos pusimos a fumar y, al rato, habló.

Dijo que todo empezó con las construcciones de Blue Beach, hacía como tres años. Él se opuso al desarrollo desde el comienzo, por razones ecológicas, y así entró en contacto con Marín, que parecía estar en el mismo bando. Lucharon juntos, aunque no lograron mucho. El desarrollo se construyó. Después Marín se hizo regidor y continuaron la relación.

Para ese entonces, Roque había escuchado rumores —pocos, dispersos— de locales que habían visto gente rara en el manglar durante la madrugada. Sin embargo, el rumor se fue apagando. Fue apagado, me dijo.

—¿Se acuerda de don Hernán? —preguntó.

Sí me acordaba. Fue el jardinero original, y hombre multifuncional, del hotel: mantenimiento, transporte, tours. Estuvo ahí varios años.

—Sí, claro. ¿Qué le pasó?

Un día simplemente no llegó al trabajo. Desapareció. Él y toda su familia. Habían sido de Parrilla toda la vida, pero en secreto vendieron la casa, una panga que tenían y jalaron una madrugada cualquiera. Nadie sabía para dónde.

Roque se dio cuenta de que don Hernán fue reclutado por narcos para llegar al estero con su panga y recibir las drogas que entraban desde el mar; después, transportarlas por el manglar y los canales hasta una propiedad del otro lado de Blue Beach. La propiedad de la familia de Marín, pensé.

—Aunque «reclutado» es un decir —dijo Roque—. Amenazado, más bien.

Los hombres le dijeron que iban a matarlo a él y a toda su familia si no hacía lo que querían. Don Hernán lo hizo por un tiempo, tuvo que hacerlo, y luego pensó que, al construirse Blue Beach, el intercambio y la entrada de las drogas iba a parar. Pero no fue así. Cuando los narcos se dieron cuenta de que los edificios principales y las casas del desarrollo estarían lejos del estero, decidieron continuar. Ya tenían la infraestructura montada. Era más fácil. Entonces don Hernán pensó que su única opción era desaparecer. Y desapareció, junto con toda su familia.

—Luego vinieron por mí —dijo Roque.

Primero llegó Marín —quien Roque pensó era su amigo— a proponerle un «negocio». Cuando Roque rechazó la oferta, empezó a recibir textos anónimos. Estos textos fueron creciendo en intensidad y contenido, hasta que empezó a recibir fotos de su esposa y de su hija, Lili. Salía Carmen en el supermercado haciendo las compras y abajo: qué guapa está tu esposa. Luego fotos de su hija saliendo de la escuela o en la playa con su madre: qué linda familia tenés, qué lástima si le pasara algo.

—A veces me llegaban textos que me hablaban del horario específico de Lili en la escuela, don Chepe, o videos de alguien que seguía a Carmen en la carretera cuando iba a hacer algún mandado.

El último mensaje fue el más bravo: te las vamos a matar si no nos ayudás.

—No pude con eso, don Chepe. Metí la panga al manglar una madrugada e hice todo lo que me pidieron.

—¿No fuiste al OIJ?

—¿Qué iba a hacer el OIJ, don Chepe? Marín me dio a entender que tenían gente ahí y que no serviría de nada, que además me tenían vigilado. Acá en el hotel no hay nada, ni nadie, por kilómetros. Una ambulancia duró casi dos horas en llegar una vez que tuvimos problemas con un huésped. Estamos solos aquí y ellos lo saben.

Aparte de los hombres que venían en la lancha, siempre con el rostro cubierto, Roque nunca vio a nadie ni trató directamente con nadie. Solo llegaba Marín de vez en cuando a dejarle plata en sobres blancos.

—Ni siquiera la gasté, don Chepe. Se lo juro. No pude hacerlo. Me dio una ansiedad terrible, pesadillas; no podía dormir. Todavía tengo los sobres guardados bajo el colchón. Puros dólares, en efectivo, plata llena de mierda y sangre. Ahora yo con las manos llenas de mierda y sangre…

—¿Quién sabe de todo esto?

—Nadie, don Chepe, ni siquiera Carmen. Para ella, Marín y su esposa son grandes amigos que nos apoyan mucho. Es cierto, aunque no por las razones que ella piensa.

La situación se había complicado cuando Blue Beach empezó a hacer los primeros estudios para la nueva etapa cerca del estero.

—Empezaron a presionarme —dijo Roque— para que reuniera a los vecinos y nos opusiéramos al desarrollo. ¿Quién iba a pensar que se juntarían el narco y el ambientalismo a luchar contra un desarrollo?

Sonrió un poco, pero una sonrisa triste, cansada.

—Después de que empezaron los primeros movimientos de tierra y el manglar se estancó —continuó— fue la excusa perfecta para oponernos de manera más directa al desarrollo y tratar de frenarlo, así ellos seguirían utilizando esa entrada al mar. Se les hacía más complicado, había que hacer el intercambio en la arena, pero ya conocían la playa y tenían todo organizado. Además, podría volver a abrirse la desembocadura.

—¿Y Jaime?

—Pues yo lo contraté precisamente para eso, para que encontrara que el desarrollo había causado el desastre ecológico en el manglar y así poner presión por ese lado… Se lo digo de una vez, don Chepe, esa gente y Jaime no tienen nada que ver. Ellos no tuvieron que ver con su desaparición.

—¿Cómo que no tuvieron nada que ver?

Según Roque, la cronología no daba. Las entradas de droga se pausaron cuando comenzaron los primeros movimientos de tierra, hacía unos cuatro meses.

—Yo recibía presión de Marín y de sus jefes para que tratara de parar el desarrollo —continuó Roque—, pero ya los intercambios de droga, las entradas de lanchas al estero, habían parado. No querían arriesgarse con eso. Yo contraté a Jaime después, cuando el estero estaba estancado. Ni él ni Arboleda se enteraron de lo que pasó antes.

Tenía sentido la cronología, pensé, aunque no quisiera admitirlo. Erwin había visto las lanchas en el estero seis meses atrás, seguramente una de las últimas «entregas».

—Debías haberme dicho esto, Roque. Llevo media semana buscando a Jaime en el lugar equivocado.

—¿Cómo le iba a decir, don Chepe? No he podido decírselo ni a Carmen. A veces ni quiero admitírmelo a mí mismo. Siento una vergüenza... Qué espanto. Además, ¿cómo iba a saber que usted llegaría a enterarse? Todo había terminado.

—Eso nunca termina, Roque… ¿Y entonces por qué la intimidación a Arboleda y a Jaime: las llamadas, la llanta pinchada? Hasta a mí me cazaron.

Roque no sabía. Había metido carbón contra el desarrollo varias veces, dicho cosas; sin embargo, no creía que las agresiones tuvieran que ver con ellos ni con los narcos. Cuando le conté lo que pasó la noche anterior, con Camacho, también se sorprendió. No se había enterado ni tampoco sabía quién era. Solo lidió con Marín y con la gente que entraba desde el mar, que siempre tenía la cara cubierta. Le pregunté por Mauricio y me dijo que lo conocía poco, aunque no creía que estuviera involucrado. Si lo estaba, dijo, era muy probable que fue amenazado y forzado a cooperar igual que él.

Tampoco Roque había recibido noticias de Marín en un par de días. Marín sabía que yo investigaba la desaparición de Jaime, pero nunca mostró preocupación o interés más allá de que no se destapara lo del estero. La desaparición de Jaime lo tomó a él por sorpresa también. Aparentemente.

No había más qué hacer. La realidad es a veces la realidad. Hay que aceptarla. Por el momento, todo confirmaba que el narco no estaba involucrado en la desaparición de Jaime. La última posibilidad era que Mauricio utilizara los contactos con Camacho para desparecer a alguien que lo humilló en una bronca personal, aunque era un chance bastante remoto. El narco me había jodido a mí también.

Para ese entonces, caminábamos de vuelta a la casa y la bodega. Roque se veía mal: cansado, estresado, lleno de vergüenza y culpa. Casi me sentí mal por él. Casi.

—De mi parte —le dije—, esto no sale de aquí. Pero si el caso avanza con Marín y él te echa al agua, eso es otra cosa. La investigación del OIJ empezó y nadie puede parar eso.

Roque bajó la cabeza:

—Todo bien, don Chepe. Le agradezco lo que ha hecho por mí.

Volvió a verme; los ojos rojos y llenos de lágrimas:

—Espero que sepa que yo nunca me metería en algo así por gusto. Siempre creí que era una buena persona…

—Eso de lo bueno y lo malo nunca ha sido para este mundo, Roque. Para otro será.

Lo dejé frente a la bodega y busqué el carro. Solo podía pensar en dormir.

En el camino, me topé con Lili. Estaba juntando flores del jardín para poner en arreglos navideños sobre las mesas de esa noche. Llegó a saludarme, toda feliz. Era increíble que aún se acordara de mí. Se veía linda, llena de vida, todavía ilusionada por la Navidad. Pensé que pronto vendría la adolescencia y sería otra cosa. En serio que el ser humano únicamente parece empeorar.

Conversamos un rato y le prometí que volvería a visitarlos. Quería que me quedara a cenar, pero yo solo quería dormir; cavar un hueco

y enterrarme a dormir. Como un oso, pensé, como quien no quiere saber nada más de este mundo.

# XVIII

El bar de doña Eulalia estaba abandonado en la tarde. Ella y Karina iban a cerrar temprano para preparar la cena de Navidad. Había llegado familia de Nicoya, Liberia, y un hermano que tenía doña Eulalia en San José. A mí me invitaron también, pero no me daba la energía ni las ganas. No había dormido aún, por necio y por idiota. En vez de irme para la casa después de ver a Roque, fui en busca de Mauricio, como para cerrar capítulo o abrir capítulo nuevo o saber muy bien qué. Por sapo.

La noche anterior lo había visto en el festival, después de que llegó la ley y se armó el desmadre que se armó. Mauricio tuvo que salir a responder en nombre del evento y los organizadores. Se agarró con Raimundo y todo el mundo; llamó a su abogado, luchó para que no le cerraran el evento y para que la policía no entrara al área del concierto. Explicó que el contenedor-vivienda donde encontramos a Camacho era un Airbnb que los dueños de la propiedad alquilaban para el festival. Mauricio también alquilaba uno y, según lo que contó, no sabía nada de Camacho ni de sus actividades ilícitas —esa fue la palabra que empleó—. No podían culpar al festival por eso: la propiedad privada, los derechos y permisos en orden, etcétera. La policía dejó que continuara el evento y los zombis frente a las tarimas ni se dieron cuenta.

En algún momento entre todo eso, yo me acerqué y le dije quién era. Mauricio estaba ocupado, estresado y hablaba cada tres segundos por teléfono o con la policía; entonces intercambiamos información y quedé en llamarlo al día siguiente. Después de visitar a Roque, pasé a la misma propiedad del evento a verlo. Hablamos en el parqueo —el mismo potrero de la noche anterior, vacío de

carros y con la grama completamente destruida—, mientras a la distancia y a todo alrededor de nosotros, un equipo de personas bajaba los escenarios, limpiaba y ordenaba lo que parecía ser la resaca más grande que vi en mi vida: un campo de batalla cubierto con restos de botellas, vasos y todo tipo de basura.

Mauricio se veía más o menos como el lugar: destruido y trasnochado. Tenía unos cuarenta años y era de esos *hippies* fresas que se vinieron a vivir a la playa de San José. No me tomó mucho tiempo entender que no tenía nada que ver con la desaparición de Jaime. Era demasiado ingenuo para eso, demasiado vago y desinteresado. Tampoco le noté el compromiso como para una sed de venganza tan brava. No quería mucho a Jaime —¿cómo lo voy a querer?, preguntó— aunque entendía lo que pasó entre ellos. Se había metido con la esposa del mae, dijo, y todo el mundo se dio cuenta. Sin embargo, eso fue hacía rato, y él ya le había echado tierra al asunto. Tenía una novia nueva, que estaba embarazada, y lo último que quería era meterse en problemas. Más bien todo lo opuesto, había tenido suerte con el éxito del festival y otros eventos; una actividad que nunca pensó que se le iba a convertir en profesión. Trabajaba como un loco varias semanas al año, y el resto del tiempo se encargaba de administrar propiedades de extranjeros con plata en Blue Beach o Tamarindo.

—En esa época la llevo más suave —dijo—. Soy puro *peace and love* ahora, don Chepe. No quiero ninguna bronca.

Se enteró de lo de Jaime por redes sociales y sabía muy poco del asunto.

—Lo siento mucho por Adriana —dijo—. No le deseo ningún mal. Pobre Marina… Ojalá lo encuentre.

En cuanto a Camacho y la infraestructura narco, no parecía estar involucrado. No era tan tonto como para no saber quién era Camacho —o más bien, para no saber cuál era su profesión—, pero no trabajaba con él ni lo ayudaba. Admitió, después de ciertas amenazas veladas de mi parte, que eso era influencia de Marín. Confirmó que el festival —lo dijo así, en tercera persona— tenía una relación con él, la cual consistía en lo que ya todos sabíamos: le pasaba una «ayudita» en la Municipalidad para que no tuvieran

problemas con los permisos. El regidor lo llamó un día y le echó una hablada de que a su primo le gustaban ese tipo de eventos y quería ir; necesitaba un lugar dónde quedarse. Mauricio lo conectó con la gente del Airbnb que le alquilaba el contenedor y listo. Camacho se convirtió en vecino por esas noches del festival. Mauricio sabía que el tipo tal vez no era lo que decía; sin embargo, andaba muy ocupado y casi no lo vio. Además, lo veía como parte del negocio o algo parecido.

—En este tipo de eventos, don Chepe, uno tiene que ver para otro lado. Las drogas son parte del ambiente y no hay nada que se pueda hacer al respecto. Yo no las vendo ni las compro para vender, pero sí andan por ahí… Así es la vara con la música electrónica.

Quizás era cierto. Habría que ver qué decía Camacho, si lo nombraba como parte de la infraestructura del tráfico de drogas en futuros interrogatorios. Lo más seguro era que no. Parecía una relación simbiótica de mutualismo más que una colaboración abierta. Mauricio se veía realmente sorprendido la noche anterior. No conocía a Camacho demasiado bien y se notaba. Volvió a ver para otro lado, como decía, y así estaba todo bien en su mundito de pastillas, playa y música. Tal vez la noche anterior cambiaría su perspectiva un poco, aunque también era posible que todo seguiría igual el año entrante, con alguien que no se llamaba Camacho sino Carreras o Morales o Chinchilla. Todo «pura vida *mystic vibes*», como decían los volantes coloridos tirados a lo largo de la grama desgastada.

No mucho después, lo dejé en su estado de cansancio y desvelo. Camino a Paraíso, pensé que yo no me vería muy diferente. No me sentía muy diferente. Pasé al bar de doña Eulalia a comer algo antes de ir a caer muerto a casa. Qué clase de Navidad.

Cuando traté de pagar la cuenta, a las cuatro, doña Eulalia no me dejó. Ella y Karina más bien me habían comprado un regalo. Lo abrí y me topé con un encendedor nuevo, lindo, de esos que son rellenables. Lo grabaron con mi nombre y todo. Yo me sentí como una mierda porque no les había comprado nada. Ni siquiera pensé en regalos o en algo relacionado con esa noche y sus inventos. Feliz Falsedad, como decía un amigo. Las dos querían que me quedara a cenar, pero no podía ni pensar claramente. Sentía la cabeza como

una gran niebla llena de lucecitas que se encendían al azar. Llevaba más de treinta horas despierto. Solo quería dormir.

Llegué a casa y sentí el silencio como una presencia física. El festival por fin había terminado. Tomé una ducha larga y me cambié. Traté de leer en cama, pero no me podía concentrar. Dejé el libro, encendí un último cigarrillo y me lo fumé lento bajo el viento que movía el abanico de techo. Las aspas daban vueltas y me empezaron a hipnotizar. Apagué el cigarrillo y caí rendido ante el cansancio. No soñé nada y solo sentí oscuridad.

# XIX

El bar de doña Eulalia estaba cerrado para la Navidad, así que tuve que arreglármelas con un pan tieso y unos huevos cuestionables que habían quedado sobre el mostrador de la cocina. La mañana se sentía quieta, callada. Chorreé café y desayuné lento, con mucha pausa y mucha reflexión. La dormida de la noche anterior me cayó bien.

Encendí un cigarrillo y fumé ante la mesa de la cocina mientras valoraba qué hacer. Todo estará cerrado hoy, pensé, otra Navidad y otro año. Eso me llevó a Jaime, Marina y Adriana. Sería una Navidad muy diferente para ellas. Una de muchas.

Sentí que mi única posibilidad, por el momento, era seguirle la pista al carro y al hotel en Río Negro. Después de todo, una de las industrias que nunca paraban durante esa época, ni para feriados ni para fiestas, era el turismo. Tal vez en ese hotel podrían decirme algo, o quizás podría inspeccionar el área donde encontraron el carro de Jaime —Ligia me había enviado la localización—. No era el hilo más provechoso, pero ¿qué más tenía? Mejor que quedarme solo en casa durante la Navidad. De por sí, no me había portado muy bien ese año.

Busqué el carro a las diez y salí para Río Negro. Era una manejada larga, de unas dos horas. Aunque los humedales del Refugio de Vida Silvestre terminaban o empezaban en los esteros de Tamarindo, Langosta y Playa Almendros, de ahí se convertían en canales que trepaban hacia el noreste, hasta desembocar, como humedales, en la laguna principal del Refugio. En ese sentido, para llegar al Refugio propiamente, había que darle la vuelta y entrar de este a oeste. No existía otra entrada. Eso significaba una manejada

indirecta, alrededor de algunas de las ocho mil hectáreas del humedal y después hacia el centro. Río Negro estaba en el puro corazón, en la orilla de la laguna principal.

Llegué cerca del mediodía y manejé directamente al centro para darme una idea del lugar. Esta se concretó en menos de un minuto, que fue lo que duré dándole la vuelta. Había una iglesia, con una plaza enfrente y casas y negocios acomodados alrededor. Sobre una esquina, un bar daba a la laguna, y a unos metros, un muelle y una plataforma larga entraban al agua. Ahí había varios botes estacionados, todos llenos de turistas en salvavidas anaranjados que esperaban entrar o salir de la laguna.

Del lado sur de la plaza, una agencia de turismo —Jabirú Tours— anunciaba varios paquetes de recorridos al lado de una soda que parecía abierta. Estacioné frente a la soda y bajé para almorzar. El lugar no era mucho más que una casa a la que se le agrandó el espacio del garaje. Ahí se habían acomodado cinco mesas frente a una ventanilla que daba a una cocina. En cuatro de esas mesas, grupos de turistas esperaban el próximo tour a la laguna. Me senté en la única mesa vacía y un hombre cincuentón salió a atenderme. Trajo un menú y tomó mi orden.

Ordené el plato del día: gaspar empanizado con arroz y frijoles. Era un pescado raro, difícil de encontrar, y el hombre —que era el dueño del restaurante— me contó que se encontraba casi exclusivamente en los humedales, aunque parte del año había veda para mantener las poblaciones estables. Únicamente los malekus, uno de los grupos indígenas autóctonos, podía pescar el año entero sin restricciones.

—El SINAC los deja por ser primeros pobladores —dijo.

Lo menos que se podía hacer por una población indígena convertida en la más pequeña del país, pensé. Según el hombre, su venida causaba tensión con los locales porque ellos no podían pescar.

—Aunque hay poco pez ahora —dijo—. Pocos recursos en general. ¿Qué va a hacer esa gente si les robaron la mitad de sus tierras? Los locales estamos parecido, pero por otras razones…

Hablamos un rato y le pregunté por el Hotel Natural Río Negro. Dijo que estaba a doscientos metros de la iglesia.

—¿Tiene reservación? —preguntó.

—No.

—Ay, jefe, mejor ni vaya. Están llenísimos. Hay mucha gente en el pueblo ahora, mucho turista. Por eso abrí hoy… Si necesita dónde quedarse, mi primo tiene unas cabinas saliendo del pueblo, a unos kilómetros de vuelta por la calle principal: Cabinas El Brujo, en Pocito. Dígale que lo mandó Esteban.

No había pensado en quedarme, pero le agradecí el dato. La gente sí la pulsea durante esta época, pensé, esta puta economía de los pequeños capitalistas. Sin embargo, no era una mala idea pasar la noche en Río Negro. Era tarde y no sabía si me daría tiempo para revisar el lugar donde el OIJ encontró el carro de Jaime. Quería ir al hotel y hacer unas preguntas también. Como era Navidad, todas las personas y los lugares estarían menos disponibles. Si me quedaba, no tendría que manejar de vuelta y podría ir a echarme las birras al bar frente a la laguna —tal vez la verdadera razón para considerar una estadía—. Empecé a convencerme de que sería un regalo de Navidad a mí mismo, seguramente lo último que podría cobrar a la tarjeta de crédito. Tal vez las cabinas del Brujo serían baratas, o tendrían su propio bar pintoresco, aunque lo único que había visto por ese lado eran campos de piña entre tierra rojiza. La «calle principal» que mencionó Esteban era una calle de lastre, llena de huecos, que llevaba de la carretera principal al pueblo —unos cuarenta minutos de castigo a los compensadores del carro—.

Consideraría la estadía, pero antes tenía que bretear; entonces le pregunté a Esteban si había tours en lancha ofrecidos por el Hotel Natural Río Negro. Le inventé lo mismo que le había dicho al recepcionista del hotel cuando llamé: un amigo se quedó ahí, hizo un tour, me recomendó el hotel y el guía. En parte era cierta la relación, o parcialmente cierta, porque si Jaime estuvo ahí, en ese hotel, tendría que haber tomado un tour. No había nada más que hacer en ese pueblo.

—Pues aquí todos los hoteles ofrecen tours en lancha —contestó Esteban—. El que trabaja con ellos es Jimmy, aquí de Jabirú Tours —

apuntó al local de al lado—. Lo contratan a veces como guía exclusivo del hotel, dependiendo de la época. Debe de andar ahí ahorita, o en la laguna.

Le agradecí la ayuda y pedí la cuenta. Fumé mientras veía a los turistas entrar y salir de la soda y luego caminar hasta el muelle y la laguna. El cielo se veía reflejado en el agua a la distancia; las pocas nubes eran como humo líquido que escapaba de la superficie. Era un buen día para salir en barco.

Pagué y manejé al hotel. El lugar estaba, efectivamente, a doscientos metros al norte de la iglesia. El parqueo, lleno. Tuve que estacionar encima de los jardines, que se extendían hacia casitas pequeñas a través de la propiedad —los cuartos, seguramente—. Un camino de cemento me llevó a un rancho grande. Adentro estaba la recepción, y más allá, un cuarto amplio, de techo alto, que servía de comedor. Todas las mesas se veían llenas de turistas y, a la distancia, más turistas descansaban en sillas alrededor de una piscina pequeña. Estaba bonito el hotel; nada glamuroso, pero limpio, bien cuidado. Unas tres estrellas, pensé.

El recepcionista era un hombre joven, como de veinte años. Le pregunté por un cuarto y me dijo que estaban llenos. Sin embargo, podía recomendarme otros alojamientos en la zona.

—¿Cabinas El Brujo? —pregunté.

—Esas mismas —contestó, con una sonrisa. El famoso Brujo daba buenas comisiones.

Le pregunté por Jimmy y dije que un amigo lo había recomendado como guía —el mismo cuento que estaba cansado de repetir—.

—¿No sé si se acuerda de él? —le pregunté, mientras le enseñaba la foto de Jaime.

Dijo que no lo conocía, con una vibra de sospecha. ¿Quién enseña fotos impresas de sus amigos? Se puso testarudo cuando le pregunté si lo podía buscar en la base de datos para ver en qué fechas vino exactamente.

—Usted llamó hace poco, ¿verdad?

Mierda. Le dije que sí y él me dijo, otra vez, que no podía darme esa información. Por un momento, tuve la tentación de sincerarme

con él, contarle en lo que andaba, pero después de que no reconoció la foto de Jaime era obvio que no valdría la pena. Este mae no sabe nada, pensé. Además, era muy posible que no había nada que saber y que yo andaba detrás de un invento.

Igual le volví a preguntar por Jimmy y me dijo que andaba en un tour, que lo podía encontrar en el muelle.

—Esa sí es información pública —dijo, con una sonrisa—. A Jimmy todo el mundo lo conoce.

Antes de salir, hice una reservación falsa para febrero, como para apaciguar las sospechas que habían crecido en el hombre. A fin de cuentas, no hay nada como la promesa de dinero para calmar los ánimos. Le agradecí la ayuda y volví al carro. Manejé al muelle.

Estacioné frente al bar —El Danubio Azul, se llamaba—. Caminé al muelle y pregunté por Jimmy entre un grupo de guías que esperaba frente al agua. Dijeron que andaba con un tour y que volvería pronto. Ofrecieron sus servicios, por supuesto, pero les mentí y dije que ya había arreglado con Jimmy.

Caminé de vuelta al Danubio Azul. Estaba lleno de locales. La Navidad los había enviado en masa a celebrar, junto con algunos turistas dispersos entre las mesas y la barra. El lugar era básico, aunque con una gran vista: un galerón abierto que daba hacia la laguna, con una barra de madera desvencijada en la esquina norte. El piso era de cemento y las mesas y sillas eran de plástico de colores. Estaba fresco adentro, agradable, y pensé que sería la mejor época del año para tomarse las cervezas y mirar los botes entrar y salir de la laguna.

Solo una birra me pude tomar antes de que se acercara al muelle una lancha con los salvavidas anaranjados de siempre. Un hombre flaco, moreno, de tal vez treinta años, iba a la cabecera. Bajó de la lancha y la amarró al muelle mientras el capitán la acomodaba entre otras lanchas estacionadas. Mi presentimiento lo confirmó el capitán, que le gritó algo al hombre y pude escuchar su nombre: Jimmy.

Desde el muelle, Jimmy ayudó a los turistas a bajar de uno en uno —eran como veinte, más que todo gringos y europeos, con algunos ticos mezclados entre ellos—. Jimmy les hablaba en inglés; les agradecía el tiempo o los billetes que le pasaban al bajarse: sus

propinas para la Navidad. Después de que bajó la última turista, Jimmy ayudó al capitán a acomodar los chalecos salvavidas y limpiar un poco el bote. Hablaron un rato y después lo vi caminar del muelle a la agencia de turismo a un lado de la soda. Era el momento que estaba esperando. Quería agarrarlo solo, para tratar de evitar las malas lenguas que siempre hay en los pueblos así. En privado, tendríamos menos ojos encima. Jimmy entró a la agencia y yo pagué la cuenta. Era hora de reservar un espacio en el siguiente tour.

# XX

Jimmy estaba detrás del mostrador. Acomodaba algunas cosas mientras hablaba con una señora que tecleaba sobre una computadora en la esquina del cuarto. Ambos volvieron a ver cuando entré. No había nadie más en el lugar.

—Buenas tarde —dije.

—Buenas tardes —contestaron al unísono.

Caminé al mostrador mientras echaba una mirada al espacio. Era pequeño, pero colorido, con varios murales de pájaros, botes, canales y atardeceres pintados en las paredes. A un lado del mostrador había una sección pequeña con un sofá y dos sillones bajo fotos enmarcadas de los humedales: lagartos, tortugas, todo tipo de aves. Frente a esta, se veía otra sección de camisetas estampadas con el logo de la compañía o el nombre del Refugio; además de varios tiliches para turistas: figuras de aves y lagartos en madera, vasos para *shots* con el nombre del pueblo, imanes, libretas, ponchos, llaveros, chancletas y sombrillas. Toda la parafernalia inútil que produce el turismo.

Le dije a Jimmy lo que le había dicho a la mitad del pueblo: quería unirme a un tour recomendado por un amigo. Buscaba información de costos, espacio, posibilidades. Jimmy sacó varias hojas laminadas en las que se describían los tours con sus precios —todo en dólares, por supuesto—: tours en lancha, a caballo, en cuatriciclo, a un canopy que estaba cerca.

—¿Alguna cosa que le interese específicamente? —preguntó—. ¿Está hospedado en el área?

—Voy para Cabinas El Brujo. ¿Las conoce?

—Sí, claro. Todo el mundo aquí conoce al Brujo.

—¿Usted es de aquí?

—De toda la vida, señor. La nuestra es una empresa familiar. Esa es mi mamá —apuntó a la señora, que dejó de teclear y me saludó —. También trabaja acá mi papá y una hermana, aunque en este momento andan en la laguna. Estamos llenos para esta época.

—Se nota. ¿Habrá campo hoy en alguno de los tours a los humedales?

—Uf. Hoy no, pero mañana puede ser. Mi madre me decía que tuvimos una cancelación. ¿Sería solo usted?

—Sí.

—Hay un tour mañana por la tarde, el último, es de una hora. ¿Le sirve a las cinco? Pasa por la laguna, entra a los canales y también hace una parada en una isla con plataforma para el avistamiento de aves. A esa hora es bonito porque ya cae el sol. Si está despejado, que es lo más seguro, va a estar lindo el atardecer.

—Suena bien. No sé si será el mismo tour que hizo mi amigo; creo que sí. ¿Tal vez se acuerda de él?

Saqué la foto de Jaime y la puse encima del mostrador. Supe inmediatamente que lo había reconocido.

—¿Amigo suyo, dice?

—Así es.

Volvió a verme, esperando más información o tratando de medir quién era.

—¿Y cómo está Jaime? —preguntó finalmente.

—Mal —contesté—. Lleva más de una semana desaparecido.

Ahora yo lo medía a él. Parecía realmente sorprendido.

—¿Cómo? —preguntó, alarmado—. ¡Si hace apenas unas semanas estuvo aquí!

Decidí sincerarme con él. La experiencia y el instinto me decían que si Jimmy estaba de algún lado, estaba del lado de los buenos. Se notaba que le tenía aprecio a Jaime o, por lo menos, que lo identificaba de una manera positiva. Contó que había venido hacía tres semanas, con una mujer. Le describí a Adriana, su esposa, aunque no le dije que estaba casado. No era ella.

—Ambos estaban interesados en los humedales —contó Jimmy—, por ser biólogos y eso. También preguntaron por algunas

problemáticas del área. Querían saber más de muchas cosas. Muy interesados, sinceros, buena nota.

—¿Qué problemáticas? —pregunté.

—Las piñeras, por ejemplo —dijo, mientras volvía a ver a su madre. Después no habló más, y entendí que no era un buen momento para insistir.

—Les encantó ese tour —continuó Jimmy—. Mañana lo puedo llevar a algunos de los puntos que visitaron. También contarle de su experiencia para ver si le ayuda en algo.

Yo había utilizado lo del tour como una excusa para preguntarle sobre Jaime, pero ahora iba a tener que ir. Noche en Río Negro y tal vez otra noche más, pensé. Mis costos iban para arriba. Alejandro tendría que agarrarse con la tarifa normal más algunos de esos gastos, como en las películas. Ni modo.

—¿Sabés algo de esta chica con la que andaba? —pregunté—. ¿Te pareció que eran pareja?

—Pues no sé si pareja… Sí parecía que se tenían mucha confianza y que se conocían de mucho tiempo. Por lo menos esa fue la impresión que me dieron… Ella era bióloga, como le decía, igual que él. Los dos me resaltaron mucho eso. Por eso pidieron un tour privado, en lancha pequeña. Ella se llamaba Diana, creo. Por aquí tengo la tarjeta… —abrió una gaveta y se puso a buscar entre un sinfín de papeles—. Dijeron que iban a volver, pero ahora con esta noticia…

Sacó una tarjeta y me la pasó.

—Acá está… Diana Trejos.

Microbióloga. Trabajaba en algún tipo de laboratorio. Atrás había escrito otro número —parecía un celular personal— en lapicero.

—Déjesela don…

—Chepe.

—Déjesela, don Chepe. Al rato le ayuda. Yo mañana puedo contarle un poco más de la visita —me dirigió un guiño y señaló con los ojos hacia su madre—. En lo que pueda ayudarle, con mucho gusto. No conocía mucho a Jaime, pero me duele enterarme de esa noticia. Parecía una buena persona.

Buena o mala, ¿qué diferencia iba a hacer ahora?

A la distancia, se acumulaba un grupo de turistas frente al muelle. Jimmy volvió a ver su reloj.

—Me tengo que ir, don Chepe. El tour de las cuatro está esperando en el muelle. Dos tours más y después hay que lavar la lancha, arreglar la oficina… No hemos parado. Mucho trabajo, gracias a Dios, aunque pocos momentos para cualquier otra cosa. Mañana podemos hablar con más tiempo. Lo espero en el muelle a las cinco. Llame a Diana, a ver qué le dice…

Nos dimos la mano y lo vi colgarse unos binoculares sobre el cuello, agarrar un bulto que estaba detrás del mostrador y meterse un chaleco salvavidas bajo el brazo. Salió apurado hacia el muelle. En el camino se volvió:

—Pura vida, don Chepe. Hasta mañana.

Lo despedí con la mano y lo vi llegar al grupo de turistas. *Hello*, lo escuché decir, *good afternoon. My name is Jimmy*… Las propinas esperaban.

# XXI

Pasé al bar por un par de cervezas —tal vez más de un par— antes de que cayera el sol y empezara el karaoke que tenían anunciado para las 6 p. m. Ya era tarde para ir a ver dónde apareció el carro de Jaime. Era mejor ir de día, con buen tiempo y buena luz. Entonces busqué un espacio frente a la barra y me dediqué al silencio y al atardecer que iluminó la laguna como un espejo encendido.

Cuando cayó el sol, busqué el carro. La noche crecía y a mi alrededor los grillos y las chicharras parecían latir entre la oscuridad. Fumé un último cigarrillo y salí en busca de las famosas cabinas del Brujo. En el bar me dijeron que estaban a veinte minutos, saliendo por la misma calle, llena de huecos, que entraba al pueblo desde la principal. Nada más que ahora la visibilidad era mucho peor, y los huecos aparecían de repente, como filos que macheteaban el carro y los compensadores.

Manejé despacio, mis pensamientos se mecían como un barco que subía y bajaba entre el sonido del lastre y el arrullo de las cervezas. En las afueras de Río Negro, las casas y el alumbrado público desaparecieron. La oscuridad aumentó entre los cultivos de piña, iluminados únicamente por luciérnagas que encendían la distancia intermitentemente.

¿Qué hacía Jaime en Río Negro?, me seguía preguntando. Había sido una sorpresa productiva —y suertuda— encontrar su rastro. Ese descubrimiento cambiaba las cosas un poco, las ampliaba, pero a la vez podría ser otra pista falsa. Después de todo, solo había confirmado que Jaime estuvo ahí recientemente. ¿Qué significaba eso? Podría relacionarse con su desaparición, aunque también con la

explicación más vieja y cliché de todas: un encuentro amoroso. Si no, ¿por qué mantener el viaje secreto ante su socio, su esposa, sus amigos y familia? Tal vez Jaime conoció a esta Diana en algún trabajo o en algún viaje y se estaba viendo con ella en secreto. La tarjeta de Diana la situaba en San José, en un laboratorio ligado a la Universidad de Costa Rica. Río Negro sería un punto intermedio, discreto y alejado de las malas lenguas. Según Jimmy, tenían familiaridad, aunque nadie en su familia o en el trabajo la había mencionado. Si era amiga o conocida, caía fuera del círculo de amigos más íntimos de Guanacaste.

Eso podría o no estar ligado al carro. El viaje de Jaime sin duda cambiaba la perspectiva de su eventual localización. Ahora sí era posible que Jaime desapareciera en Río Negro y no más al sur, cerca de Tamarindo o Playa Almendros. Esa posibilidad explicaba la poca evidencia de una lucha, un secuestro forzado o violencia general a manos de terceros. Ligia dijo que se envió evidencia al laboratorio forense, aunque no parecía haber otras huellas digitales o rastros de ADN ajeno. ¿Habría sido un asalto que salió mal, mientras Jaime visitaba un lugar más apartado de los humedales? ¿Alguna bronca relacionada con Diana y el viaje que hicieron en secreto? Tal vez la relación llevaba un tiempo —de ahí la familiaridad— y ella quería algo más o quién sabe; también podía estar casada o juntada. No solo en las películas es que los esposos celosos desaparecen a los amantes.

Quizás era así de simple y banal. Eso calzaría con el hecho de que Diana no había hablado con el OIJ, ni le contó a ninguno de los familiares o amigos de Jaime del viaje juntos, tan próximo a su desaparición. La noticia del descubrimiento del carro aún no trascendía, pero igual, ¿por qué no se sabía nada de ella? Quizás comunicó algo por redes sociales y yo simplemente no lo sabía; sin embargo, de una manera u otra, sentía que me hubiera enterado de ella, por lo menos de su nombre. Mientras me tomaba las cervezas en el bar, revisé mis apuntes. En algún momento hice una lista de familiares y amigos de Jaime y los contacté a casi todos. Ella no aparecía entre mis notas. Cuando llegue a las cabinas la voy a

llamar, pensé. ¿La iría a encontrar? ¿Estaría dispuesta a hablar conmigo?

Fueron esos pensamientos, y muchos otros, los que inicialmente me hicieron ignorar las luces de un carro a la distancia. No había visto otros carros en el camino, y solamente un par de motos pasaron con los que parecían ser peones de finca, por las botas de hule que llevaban puestas. El carro venía en el sentido contrario y traía las luces altas. Ya más cerca, empezó a encandilarme. Este hijo de puta. Le hice luces pero continuó con las altas puestas. Parecía ser un 4×4 grande, un pick-up o SUV, porque sentí el brillo en la pura cara. La oscuridad alrededor parecía magnificarlo. Le hice luces otra vez, pero nada. Siguió igual.

Empecé a concentrarme en el borde de la calle —una cerca que separaba el lastre de los cultivos de piña— como para no perder la dirección general a causa del resplandor. Que pase este malparido y que se vaya para la mierda. Fue en ese momento que sentí la luz encima; el carro encima. Los focos viraron en mi dirección. Para capearme el carro, tuve que lanzar el Suzuki hacia la ladera derecha. Recuerdo un golpe fuerte, como si luchara contra un caballo chúcaro; después el sonido de vidrio que estallaba y pedazos de cristal encima. Otro golpe y mis manos soltaron el volante. No recuerdo más.

# XXII

Desperté dentro del carro, en una zanja. Había pegado la cabeza contra el volante —demasiado viejo el Suzuki para las bolsas de aire — y me reventé la frente. Lo primero que sentí al tocarme fue sangre; después escuché el ruido de insectos que parecían vivir dentro de mi cabeza. Por el parabrisas roto entraba el viento en un respirar extraño, como si gimiera o estuviera cansado. El vidrio era una serie de telarañas conectadas, con un hueco principal por el que se colaba el aire y se escapaba mi energía.

Empecé a moverme despacio, con mucho cuidado. Solté el cinturón de seguridad y abrí la puerta. El aire fresco entró; el zumbido de insectos y la sensación de que alguien me apretaba la cabeza con un tornillo de banco eran más y más fuertes. Respiré hondo para luchar contra el mareo y la desubicación general. Todo me dolía, pero aparte de la herida abierta en la frente, en verdad solamente tenía rasguños y golpes leves. Respiré hondo de nuevo, y me apoyé contra el carro, hasta que empecé a sentirme más centrado y entero. No estoy tan mal, pensé para darme aliento, no estoy tan mal.

El carro estaba peor. Acabó hundido en la zanja, un desnivel hondo que terminaba contra una loma pequeña. El impacto contra la loma fue duro, pero, a la vez, amortiguó las secuelas del choque inicial —era de barro y tierra—. El carro pudo haber continuado, se pudo haber volcado entre los campos de piña que estaban más allá de la loma.

Ya más repuesto, revisé el Suzuki. La tapa del frente —especialmente del lado derecho— estaba hundida como un acordeón, así que podía olvidarme de salir manejando de ahí. El

chasis estaba abollado, rayado, quebrado. En la llanta trasera, del lado izquierdo, encontré la misma declaración de amor del otro día: una cuchilla hundida en el hule negro. Por supuesto, mi amigo secreto. Como no tenía teléfono —¿de qué me serviría?—, cerré el carro, tomé el bulto pequeño que había traído y empecé a caminar.

El avance fue lento. Estaba adolorido y únicamente pensaba lo mismo de siempre: estaba muy viejo para esta mierda. Muy viejo y muy cansado. Aún traía la cabeza como un panal y, para peores, no se veía ni un alma en la calle; de las únicas veces que me habría gustado encontrarme con alguien. Aunque eso también podría significar volver a ver a mi amigo —o amigos—. Después de todo, la persona tuvo que bajarse de su carro para clavar el no tan retórico cuchillo en la llanta. Pudo haberme ultimado en ese momento, golpeado o desaparecido. ¿Por qué no lo hizo? Quizás me imaginaban muerto, lesionado gravemente o banqueado por tiempo indefinido. Tal vez pasó un carro o una moto. Tal vez, tal vez.

Lo cierto es que me salvé de quedar entre esos campos de piña para siempre, olvidado entre barro y oscuridad. Un hombre sesentón muere en accidente misterioso… Ni siquiera daba para un titular mediocre. Había tenido suerte, aunque no quería admitirlo —tampoco quería admitir la necesidad de una grúa, un taller y reparaciones para las que no tenía tiempo ni plata—.

Eso sí, me estaba acercando a algo. El viaje de Jaime a Río Negro ya no parecía una pista o rastro falso. Eso me daba energía, certeza, o por lo menos me ayudaba a caminar con inercia y testarudez. Una luna en cuarto creciente iluminaba el camino; la oscuridad tomaba forma; los árboles a la distancia y los sembrados de piña en su profundidad y lejanía. Sentía dolor, pero cuanto más caminaba, me daba cuenta de que muchas de las heridas no eran tan graves. Había parado el sangrado de la cabeza con un pañuelo y lo demás sería descanso y recuperación. ¿Quién tenía tiempo para descanso y recuperación?

Después de caminar y caminar —¿cuánto tiempo pasó?, ¿cuánta distancia?—, llegué a la intersección que me mencionaron en Río Negro. Había dos señales: una de vía que decía «Pocito 1»; la otra, un rótulo pintado a mano, en forma de flecha, que apuntaba hacia la

izquierda y decía «Cabinas El Brujo». Nada más un kilómetro, pensé, para darme aliento, o por lo menos para tratar de ser más positivo. La positividad nunca fue uno de mis puntos fuertes.

Al rato empezaron a aparecer casas dispersas, perros que ladraban, gatos y algunos chanchos y gallinas. Civilización, como dicen. La mayoría de las casas estaban con las luces apagadas, los habitantes adentro. En algunas de ellas se veían luces encendidas, el reflejo de televisiones, o radios que hacían flotar fragmentos de cumbias, salsas o reguetón. Al principio, quise parar a pedir agua y primeros auxilios, pero ya estaba cerca de las cabinas, y, si me detenía, no me volvería a poner de pie.

No mucho después, vi el rótulo de las cabinas, ante una entrada privada, angosta, que doblaba hacia la izquierda. Dos arbustos inmensos, podados, servían como límite y entrada: un túnel pequeño que se abría a un parqueo de piedrecilla gris. A cada lado del parqueo había una estructura larga, techada, con los cuartos sobre un pasillo con piso de madera. Cada cuarto tenía mecedoras al lado de la puerta; unos seis cuartos de cada lado del parqueo. En la entrada, a la izquierda, una casa de madera pequeña estaba separada de las otras dos estructuras. Un hombre fumaba en una mecedora enfrente. El Brujo, pensé. Me dio las buenas noches y confirmó quién era. Cuando entré en el círculo de la luz frente a su casa, se puso de pie y vino a ayudarme.

—¿Qué le pasó, hombre?

—Un accidente en la carretera; me peleé con una zanja que estaba malpuesta.

—¿Para dónde se dirigía?

—Para acá. Necesito un cuarto. Me mandaron su primo Esteban y Jimmy. ¿Tiene espacio?

—Sí, sí, pero venga para ayudarlo con esas heridas primero. No ve que para ir al Ebais hay que salir hasta la calle principal; el hospital sería en Liberia o saber dónde.

Entramos a una salita con la cocina atrás. El Brujo me sentó en un sofá cubierto con plástico y fue a la cocina a hervir agua. También me trajo un vaso con agua fría que me supo a la más alta gloria. Se perdió en el interior de la casa y podía escucharlo buscar

cosas entre gavetas y alacenas. Era un tipo grande que uno describiría como masivo o robusto, no gordo, con la cabeza completamente rasurada, y una barba larga, espesa, que si no lo hacía parecer brujo, por lo menos le daba pinta de sabio o luchador. Sus pasos hacían retumbar la casa, como se escucharía en un partido de basquetbol. Sin embargo, era amigable, de sonrisa fácil, con la piel bronceada como solo se broncean los que han trabajado bajo el sol toda una vida. Trajo el agua hervida con sal, alcohol, agua oxigenada, cremas y mil otras mierdas. Aunque tenía manos de peón o carpintero, ásperas y llenas de callos, las utilizaba con gran destreza y habilidad. Desinfectó las heridas y me cosió la frente —cuatro puntadas en total—. Antes de empezar con el hilo y la aguja, me ofreció un *shot* de guaro y bajó uno también.

Conversamos mientras hacía todo esto, y cuando le pregunté dónde había aprendido a curar a la gente, me dijo que en las piñeras. Trabajó ahí por muchos años y llegó a ser un tipo de enfermero improvisado entre los compañeros. Dijo que siempre pasaba algo en el campo: chapeadas de dedos, piernas, rostros; quemaduras, intoxicaciones o brotes debido a los químicos que utilizaban; insolación y deshidratación; picaduras de culebras. Como los patrones contrataban y despedían antes de los tres meses, para no asumir responsabilidades laborales —no pagaban la Caja tampoco— había que improvisar.

—Aprendí bastante de atención médica —dijo—. Después llevé un curso de primeros auxilios en el INA. Por ahí tengo el certificado.

Además le gustaba tener provisiones a mano por si pasaba algo en las cabinas. ¿Ahí quién los iba a ayudar? Una vez llamaron a una ambulancia y se tardó dos horas en llegar. Por suerte, únicamente había tenido que lidiar con cosas pequeñas: caídas y cortes de carajillos, quemaduras leves.

—¿Y el carro? —preguntó el Brujo.

—Ahí quedó —le dije—. Mañana será llamar a una grúa o no sé… De ahí no sale solo.

—Yo lo puedo ayudar con eso —dijo—. Tengo un compa que maneja una grúa. Por la mañanita lo llamo, porque a esta hora todo

está apagado, por eso no se topó con nadie en el camino. Más un veinticinco de diciembre… Ahí no le pasa nada al carro.

—Ya no le puede pasar más —contesté—. Además, ese carro ni regalado se lo llevan…

El Brujo sonrió y terminó con las vendas y lo demás.

—Listo. Si quiere lo llevo al cuarto, o le ofrezco una birrita para que se quite el mal sabor del choque.

Acepté la birrita y lo vi caminar a la refri por dos latas de Pilsen. No dijo nada, ni preguntó nada, pero su silencio estaba cargado de preguntas. Después de todo, ¿quién se accidenta así, tan serio, en ese tipo de calle? Claramente era un buen dueño de ese tipo de alojamiento, acostumbrado a ser cauto y no meterse en lo que no debería. Tomamos y fumamos en silencio, sobre las dos mecedoras en la terracita frente a la casa. A pesar del accidente, la noche terminó calma y me sentía mejor, más repuesto. El Brujo me había pasado un par de analgésicos y tal vez empezaban a surtir efecto. La segunda cerveza también empezaba a surtir efecto. Eso seguramente envalentonó al Brujo:

—Pues algún tipo de tombo, mae del OIJ, o investigador tendrá que ser usted, aunque todavía no sé cuál de todos. No le veo pinta de que anda visitando los humedales.

Tal vez las birras me soltaron un poco la lengua a mí también, o fue la solidaridad adquirida por la ayuda y el dolor compartidos. Decidí contarle al Brujo en lo que andaba, sin todos los detalles: la desaparición de Jaime, su viaje, lo que había encontrado en el pueblo y mi accidente inducido en la calle de lastre.

—Jueputa —dijo—. Y yo que pensaba que iba a ser una Navidad tranquila.

Dijo que me ayudaría en lo que pudiera. Hasta ofreció, después de ver lo de mi carro, llevarme a Río Negro y al lugar donde se encontró el carro de Jaime. Dijo que no era muy lejos de ahí y lo conocía bien. Tal vez en Río Negro no se habían dado cuenta de la llegada de la policía y eso, pero ahí en Pocito, sí. Por lo menos él se había dado cuenta. Le vendió desayuno y café a gente de la policía local y el OIJ cuando vinieron por el carro del biólogo. De algo se enteró.

—Es la tercera vez que pasa la policía a juntar algo.

Primero fue un alemán que apareció ahogado en los humedales, hacía como dos años. Otra vez encontraron a un nica que trabajaba en las piñeras. Alguien lo baleó y tiró el cuerpo como a dos kilómetros de ahí. Aparentemente, si uno seguía la calle que llevaba a las cabinas y al centro de Pocito hacia el norte daba con los humedales y la orilla de la laguna principal.

—No hay tanta cosa por ahí. Para la gente que conoce, es más bonito que Río Negro. Aunque claro, bien solo…

Eran casi las diez cuando nos terminamos la segunda cerveza. Mi cuerpo y mi mente pegaron contra una pared inmensa. Necesitaba dormir. El Brujo se puso de pie y dijo que me caería bien descansar. Había visto mi cara de destruido.

Me escoltó a un cuarto hacia el final del pasillo izquierdo: simple, limpio y bien cuidado. Antes de irse, me dio algunas indicaciones sobre cómo limpiar las heridas por la mañana, cambiar las vendas y demás. También me pasó un blíster de analgésicos.

—Cada ocho horas —dijo—. Si la ve fea, se toma dos.

—Gracias, Brujo, me salvaste la tanda hoy.

—Nada, Chepe. Va a ver que mañana amanece mejor. Adolorido, pero mejor.

Mientras hablaba, puse el bulto que traía encima de una mesa en la esquina del cuarto. Sentía que todo me pesaba. El cuchillo que había sacado de la llanta estaba amarrado a la parte externa del bulto —antes de dejar el carro, lo até con unas ligas—. El Brujo lo vio.

—Buen cuchillo —dijo.

—Viera que ya tengo dos —contesté, sin contarle de dónde los había sacado, y sin que él pudiera entender el sarcasmo débil en la voz.

—Yo también.

—Ah sí, ¿y para qué se usan?

—Para todo un poco. Es cuchillo de piñera. Todo el mundo los anda por aquí. El pueblo entero trabaja en las piñeras.

La curiosidad de Jaime por el tema se me convirtió en algo más serio. Más serio y más complicado. ¿Qué era lo que estaría

buscando?

El Brujo se despidió y encendió un cigarrillo en el pasillo. Mientras cerraba la puerta, lo vi caminar hasta la misma mecedora tras una estela de humo. Se sentó a fumar frente a la casa de nuevo, mientras veía la noche o escuchaba la noche o saber qué. También está solo para la Navidad, pensé. También está cansado. Cerré la puerta y caí en la cama así como estaba. Me dormí inmediatamente.

# XXIII

A la mañana siguiente le pedí el celular al Brujo para llamar a Diana, la bióloga. A esa hora estaba sentado en un tipo de lobby-comedor que el Brujo utilizaba para ofrecer un desayuno simple: tortillas palmeadas, café, huevos, pan casero con mantequilla y jugo de naranja. Desperté tarde, adolorido y, después de ducharme y cambiarme las vendas, encontré que la mayoría de los huéspedes había salido. Tomé un par de cafés y me tragué otro analgésico. Empecé a sentirme más humano. Humano y remendado.

Marqué el número de Diana —el que estaba atrás de la tarjeta porque el laboratorio estaba cerrado para las fiestas— y este pasó directamente a la contestadora. Cuando salió su voz en la grabación, no supe qué decir, ni cómo decirlo, entonces colgué. Por lo menos existe, pensé, por lo menos podré encontrarla. ¿Quién será esta chica?

El Brujo se puso en contacto con la grúa y quedamos de encontrarnos con el chofer en una hora. Así aprovechamos y también vamos a ver el lugar donde localizaron el carro del biólogo, me dijo el Brujo. Yo no pude dejar de notar el repentino uso del pronombre en plural. Había descubierto un nuevo Watson. Mientras tanto, continué con mi tercera taza de café y otro pan. Estaba hambriento y necesitaba reponerme. Pensé: va a ser otro día largo.

Diez minutos antes de la reunión con el de la grúa, nos montamos en el carro del Brujo: un Toyota Land Cruiser rojo, de los setenta.

—Yo que me quejaba de que mi carro era viejo —comenté con una sonrisa.

—El suyo será viejo —se rio—, pero el mío es clásico.

Metió primera y el carro se puso en movimiento.

—Además —continuó—, nunca me ha dejado botado. Es como un tractor: entra donde sea. En el invierno he sacado camiones del barro.

Manejamos el kilómetro hasta el desvío que conectaba con la carretera de lastre. Doblamos a la derecha y, no mucho después, encontramos el Suzuki en la zanja. Se veía peor a la luz del día. Tuve un momento en el que pensé si valdría la pena remolcarlo a un taller —el seguro incluía el servicio— o dejarlo como otro sembrado más entre la tierra roja. Posiblemente sería una «pérdida total» para el seguro: más caro de arreglar que de reemplazar con un valor estimado. Además, ya tenía treinta años. No estaba seguro de si iba a salvarse de esta. Si no, lo iba a extrañar.

La grúa estaba ahí con el chofer: Armando. Estacionamos a un lado y el Brujo nos presentó. Armando y él habían trabajado juntos en las piñeras; después cada uno fundó su negocio con dinero ahorrado y préstamos. Salimos de ese infierno, fue lo que dijo Armando. Empezaron a hablar de familia y amigos —gente que yo no conocía— mientras yo usaba el celular del Brujo para contactar al seguro e hincharme los güevos con opciones automatizadas y esperas en línea.

Finalmente hablé con un agente y enviaron a alguien. Tardó una hora en llegar. Revisó el carro de mala gana, escribió su reporte y volvió a montarse en el carro mientras yo enviaba el mío al taller Los Gemelos en Villareal, donde me debían varios favores. El proceso duró unas dos horas, y después de ver a Armando subir el carro a la grúa y salir, oficialmente quedé varado.

¿Ahora qué?, me pregunté. Tal vez el Gato se apiadaría de mí y vendría a buscarme. Por el momento tendría que quedarme una o dos noches más. Quizás más que eso. Todo dependía de lo que encontrase. La trama se complicaba, como dicen.

A mi lado, el escudero esperaba frente al Land Cruiser.

—¿Vamos? —preguntó.

—Vamos.

Tomamos la calle hacia Pocito de nuevo, pasamos por las cabinas, el centro del pueblo, y continuamos hacia el norte. Las

estructuras y las personas desaparecieron poco después. Al lado derecho, continuaban los campos de piña, como un mar eterno de hileras verdes y tierra roja. A la izquierda, se extendía un bosque que, según el Brujo, llegaba hasta los humedales.

—Todo esto también era bosque —dijo, mientras señalaba los cultivos a la derecha—. Hasta que llegaron las piñeras.

Eso fue hacía treinta años. La agricultura y la ganadería ya no daban para comer, entonces la gente de por ahí empezó a vender o alquilar sus terrenos a las piñeras. El negocio creció y creció, hasta que Costa Rica se convirtió en uno de los tres principales productores de piña en el mundo. Según el Brujo, era un cultivo que ocupaba mucho terreno y mano de obra. Durante los primeros años, eso implicaba botar bosques y cortar árboles, a veces sin los permisos adecuados o sin informarle a nadie. Se multiplicaron los famosos cementerios de árboles, cuando se cortaba todo y se enterraba bajo la tierra roja, como si esta se hubiera vuelto cómplice. La gente se quejó, los vecinos y ambientalistas hicieron sus denuncias, y la situación mejoró un poco. Claro, dijo el Brujo, el daño ya estaba hecho.

Desde entonces, el desarrollo de las piñeras creció de manera exponencial, y los problemas, en vez de resolverse, se multiplicaron. Había de todo un poco: pequeñas, medianas y grandes productoras que cumplían con los permisos de viabilidad ambiental de SETENA y hacían las cosas bien, pero también otras que no. El costo de producción era alto, y cultivar de manera sostenible no era rentable para muchos. Eso, junto con la gran demanda mundial y la tentación de hacer dinero rápido, aceleraba los problemas: uso de químicos contaminantes, tala ilegal, poco planeamiento en el manejo ambiental, descoordinación en la supervisión estatal, explotación de la mano de obra, legal e ilegal.

El Brujo me dijo que, en su época, se intoxicó varias veces, y le dio una dermatitis tan brava que un día ya no pudo ir a trabajar. Aparte de las largas horas de trabajo —no todas pagadas— y la falta de protecciones adecuadas en un trabajo que implicaba muchos riesgos de salud. El control y la supervisión estatal eran muy pobres,

y en la zona había por lo menos dos piñeras que fueron clausuradas y seguían operando.

Aunque el problema más serio de los últimos cinco años era una piñera nueva: Agridulce S.A. Empezó como una operación mediana y siguió creciendo. Se comió a muchas de las productoras pequeñas y compró una gran cantidad de fincas aledañas. Existían rumores de intimidación a vecinos para que vendieran sus fincas, de posible contaminación de varios tipos y de prácticas económicas cuestionables.

—Es como un pulpo que se come todo por acá —me contó el Brujo—, pero ahí siguen. Hace poco les renovaron los permisos en el MINAE. Alguna gente de por acá se quejó con la Municipalidad… Pero el pueblo entero trabaja para ellos.

—¿Y eso? —pregunté.

—No hay más opciones de trabajo. Jimmy y otros como yo estamos tratando de apostarle al turismo, aunque cuesta mucho. No es una fuente económica estable durante todo el año, no existe buena infraestructura ni tampoco atracciones más allá de los humedales. Usted vio cómo está el camino. Venir hasta acá es una gran vuelta para mucha gente…

Mientras hablaba, el bosque a la izquierda empezó a convertirse en humedal. Se notaba más agua y el terreno empantanado. Luego la calle giró a la izquierda y se abrió un claro: estábamos frente a la orilla noreste de la laguna del humedal. El Brujo dejó la calle y metió el carro en una explanada de barro y pasto seco que llegaba hasta el agua. A unos metros de la orilla había varios árboles y palmeras, con bancas y mesas rústicas. El lugar parecía un tipo de mirador o espacio público para familias y turistas. El cielo entero se reflejaba en el agua y, a la distancia, se veían las lanchas entrar y salir del muelle en Río Negro, como miniaturas sobre una maqueta de vidrio.

El Brujo se acercó a los árboles y estacionó junto a tres otros carros: varias familias comían frente a las mesas mientras grupos de niños jugaban a su alrededor. Para semejante vista, un veintiséis de diciembre, más bien me pareció poca gente. Se lo mencioné al Brujo cuando nos bajamos y empezamos a caminar hacia ellos.

—Es que no llega mucho turista por acá —dijo—. Por eso es más bonito.

Pasamos entre las familias y bajo la sombra de los árboles. Caminamos hasta otro espacio plano, como para estacionar, más al norte. Era más pequeño y estaba más apartado de las mesas y la sombra, aunque también en la pura orilla.

—Aquí fue donde encontraron el carro —dijo el Brujo, mientras apuntaba a un barro seco como a un metro del agua.

Era lo que me temía: nada. El barro estaba lleno de huellas de distintas personas, sin posibilidad de saber si eran nuevas, viejas, de locales, turistas o policías. Cerca de ahí, había un pasto un poco más crecido, y el Brujo y yo lo caminamos en busca de cualquier cosa. Solo encontramos chingas de cigarros, envolturas de chocolate, un par de latas de birra vacías, cacas y huellas de pájaro. Si alguna vez hubo alguna pista ahí, ya no existía o el OIJ la había levantado. Quién sabe si encontraron algo en el laboratorio forense, pensé. Más tarde tendría que llamar a Ligia.

—No mucho que ver acá, Brujo. Lo más seguro es que Jaime se fue a caminar y alguien lo abordó, lo montaron en un carro y *ciao*.

—O en una lancha.

—¿Cómo?

El Brujo dijo que ese también era un lugar, bien conocido por los locales, para meter pangas o lanchas a la laguna. Ya no había mucha gente que lo hacía, por el muelle que habían construido en Río Negro, pero a veces algún particular traía su embarcación y pescaba o paseaba por la laguna y los canales. Sin embargo, eso usualmente implicaba recursos: carro para jalar el bote, remolque, gasolina. La mayoría de los locales que tenían pangas las estacionaban cerca del Danubio Azul porque les salía gratis y más cómodo. La tarde anterior las había visto flotar en el agua, a la espera de sus dueños. Nada más que sus dueños en ese momento estaban ocupados con las cervezas y el karaoke.

Seguí por la orilla hasta el lugar que señaló el Brujo. No tuve que caminar mucho para encontrar, efectivamente, una planicie de barro con piedra que funcionaría bien como entrada al agua para un carro con remolque y lancha. De hecho, había marcas de llanta que salían

del agua en dirección a un camino de pasto aplastado —del tamaño de un carro— que llegaba hasta la calle. Las marcas no parecían viejas. Alguien había usado la entrada en los últimos días; tal vez antes de la Navidad. Sin saber que el lugar se usaba para eso, quizás no le habría interesado al OIJ, o simplemente no pensaron que era relevante. Yo también me cuestionaba si lo era o no.

El Brujo me siguió hasta el lugar y volvía a verme de rato en rato, como si no quisiera interrumpir la concentración de un inspector privado genio, como en las películas, a punto de dar con la pista y revelación más importantes. Era una verdadera lástima tener que decepcionarlo.

—¿No sabés quién podría estar usando esto para meter una lancha a la laguna? —le pregunté.

—La verdad no, Chepe. Los locales casi no usan este lugar desde que se construyó el muelle. Por aquí no vive nadie y a la mayoría les queda más fácil ir a Río Negro. Del otro lado de la calle solo hay cultivos de piña y la planta procesadora, que no está muy lejos…

—¿De Agridulce S.A.?

—Esa misma.

Asentí con la cabeza lentamente, como si eso significara algo. Caminamos por la orilla un rato más, en busca de algo que nunca llegamos a encontrar. Pasamos de nuevo entre las familias y volvimos al carro. Le pedí al Brujo que me llevara a la procesadora de la piñera, para echar un ojo.

—Claro, Chepe, con mucho gusto, nada más que ahí no se puede entrar. Propiedad privada y eso.

La entrada estaba sobre la calle pública. De hecho, la calle continuaba únicamente para ellos, pavimentada desde el pueblo, y con un puente pequeño que se había construido recientemente con fondos que el Concejo Municipal pidió a la Comisión Nacional de Emergencias (CNE). El CNE financió la obra y la sacó a concurso. Se terminó poco antes de que se construyera la procesadora y creciera Agridulce S.A.

—Enviaron a un ministro a inaugurar el puente y otros tres puentes que se construyeron en la zona —dijo el Brujo—. Viera qué tristeza…

El puente ni siquiera llegaba a los diez metros, pero estaba relativamente nuevo, hasta bonito. No mucho después, llegamos a la entrada de la procesadora. No había sido broma lo de la propiedad privada. Parecía el acceso a una extraña fortaleza industrial. En mi ingenuidad, pensé que tal vez se podría entrar a ver, hablar con alguien. Ahí no iba a entrar nadie. Un muro de hierro galvanizado, pintado de blanco y con alambre navaja encima, cubría todo el frente. Encima de este, se notaban varias cámaras y luces. En el centro del muro se accedía al portón de entrada por medio de un intercomunicador con caja de código.

—¿Esta vara es una piñera o una prisión? —le pregunté al Brujo.

—Creo que un poco de las dos cosas… ¿Quiere que pare?

—No. Mejor seguí. Así no quedamos en las cámaras de estos hijueputas… ¿Quiénes son los dueños?

El Brujo no supo decirme con certeza. No se sabía mucho de ellos. Decían que era una familia de productores de piña de Los Chiles. Tenían varias piñeras en esa zona y, supuestamente, querían extender el negocio. Llevaban poco tiempo en el área —más o menos los cinco años que mencionó el Brujo—, pero se apoderaron rápidamente de tierra y gente. Como los locales entraban más que todo a trabajar en los campos y en la procesadora, no los veían mucho. Ninguno vivía en el área. Tenían una casa dentro de la propiedad, con piscina incluida, aunque casi nunca la usaban. Solo muy de vez en cuando llegaba algún 4×4 último modelo, con los vidrios polarizados, a pasar una o dos noches.

—Son de esos dueños de hoy en día —comentó el Brujo—, que administran de lejos y nunca están. Ya no es como en mi tiempo. En esos años uno la pasaba mal, pero todo era más pequeño. Los dueños andaban por ahí todos los días, supervisaban los campos y el proceso general…

—Progreso, como le dicen los políticos.

—Será, aunque a mí me parece el mismo chanchullo de siempre, a otra escala. Como decía un amigo: con el progreso vienen todos los hijueputas.

—¿Y ahí siguen, sin problemas?

—Ahí siguen. Más bien el gobierno local y mucha gente de por aquí los apoya. Nadie quiere morder la mano que les da de comer. También dicen que son gente con mucho poder político: en la Muni, en el MINAE y saber dónde más.

La calle se desvió de la laguna. El asfalto terminó y únicamente continuó una callecilla de lastre que se volvía cada vez más angosta. Por fin se acabó, entre más bosque y más siembras de piña.

—Hasta aquí llegamos —dijo el Brujo.

—¿No sigue la calle alrededor de la laguna?

—No, qué va. Hacia el oeste y el sur la laguna se convierte en canales y humedal. Por eso ha sido tan difícil lograr que se construya un mejor acceso. La geografía es complicada. Aquí uno solo puede entrar en carro por el este, o en lancha por el sur.

—¿Hasta dónde se puede ir en lancha?

—Dicen que los canales llegan hasta el mar. Yo nunca lo he comprobado, nunca hice el viaje, aunque Jimmy dice que es cierto y lo ha hecho. Depende un poco de las mareas y la lluvia, también del tipo de lancha, pero sí hay paso. Esa será la única autopista que vamos a tener…

El Land Cruiser se detuvo al final del camino y dimos vuelta lentamente. Después volvimos sobre nuestro recorrido previo —la procesadora, el claro frente a la laguna, el pueblo, las cabinas— como en una película que se devuelve. Por alguna razón, sentí que yo me devolvía también, aunque el pensamiento era un poco tonto. ¿Devolverse hacia qué? Tal vez era el sentimiento de haber visto esta película antes, de haber estado ya en ella o simplemente el dolor y cansancio que sentía en el cuerpo. Tocaba otro analgésico. También tenía hambre y sed. Era hora de almorzar.

# XXIV

Estacionamos frente a la casa del Brujo. Bajamos del Land Cruiser y aún sentía que mi cuerpo vibraba con los efectos del motor.

—Si no le importan unos macarrones bien simples —dijo el Brujo —, lo invito a almorzar.

Acepté la oferta, pero antes le pedí el celular para hacer algunas llamadas. Dijo que claro y lo extendió. Me avisó que llegara en una hora porque aún tenía que hacer un arreglo pequeño en uno de los cuartos. Yo caminé hacia el mío y, apenas cerré la puerta, me sentí cansado de nuevo, adolorido. Cambié algunas de las vendas y me lavé la cara con agua fría en el lavabo. Tomé agua y me tragué otro analgésico, aunque era antes de la hora asignada. Sentía que las puntadas se me estiraban y retraían, como si tuviera un corazón palpitante en medio de la frente.

Tuve que recostarme en la cama un momento y, sin darme cuenta, caí dormido. Desperté ansioso, desubicado. Vi el reloj sobre la mesa de noche y eso me calmó un poco: solo habían pasado veinte minutos. Caí como en un pozo hondo y muy negro. Como un anciano frente a la tele, pensé. Recordé a mi padre, por alguna razón, dormido en su sillón favorito ante las noticias vespertinas. Para ese entonces ya estaba jubilado. Tal vez yo debería estarlo también.

Usé el celular del Brujo para llamar a la Delegación de Santa Cruz. Quizás habían vuelto a un horario más normal. El timbre sonó dos veces y después escuché la voz de Ligia al otro lado.

—Ligia, es Chepe.

El silencio se extendió más de lo normal.

—Viera que todavía estoy cabreada con usted, don Chepe. Una cosa es el brete y sus peligros; otra cosa es llevarse al Gato para que lo baleen por puro gusto la noche antes de Navidad… Y yo con esta panza.

—Ya sé, Ligia. Fue una cagada mía. Nunca imaginé que iba a pasar eso. Disculpáme, por favor. Vos sabés que lo último que quisiera es dejarte viuda para la Navidad.

Se escuchó un tipo de gruñido o queja sin palabras reconocibles. Después vinieron otros sonidos y pausas, como si Ligia estuviera retorciéndose frente al escritorio.

—Bueno, bueno, don Chepe. Tampoco nos pongamos en mariconadas. Ahí se me irá bajando la cólera. Por dicha no lo vi el día que volvieron… Como decía mi mamá: no hay furia como la de una embarazada.

—No lo dudo.

—¿Y en qué anda usted? Ayer el Gato trató de contactarlo donde doña Eulalia y no sabían de usted.

Le conté del viaje a Río Negro, del choque y lo que andaba investigando.

—Ay, don Chepe —dijo—. Tenga mucho cuidado. Alguien lo anda cazando. ¿No va a poner una denuncia por lo del accidente y la llanta?

—Ay, Ligia. Eso sí que sería peor que creer en Santa Claus.

Se rio.

—Supongo que sí —contestó.

—¿Ha pasado algo con lo de Camacho? —pregunté.

—Pues siguió cantando el pajarito.

Bajo presión del OIJ, en otro interrogatorio, finalmente nombró a Marín y a su esposa —la prima de él— como cómplices en el negocio. El otro tipo —Ramírez— hizo lo mismo. Ambos contaron que lidiaron con Marín —y solo con Marín— como el contacto que metía la droga, y que también recogieron producto en su propiedad cerca de Blue Beach. Sin embargo, también dijeron que no usaban el lugar desde hacía tiempo, por la construcción nueva y la situación del estero. Tuvimos que buscar otro puerto, dijo Camacho. Aún

siguieron con Marín como intermediario, pero en otro lado que no querían nombrar.

—Excelente, ¿no? —pregunté—. Eso suena a progreso. ¿Ya arrestaron a Marín?

—Esa es la cuestión, don Chepe.

Fue complicado por lo de las fechas. Además, tuvieron que encontrar a un juez sin miedo de echarse la bronca encima con el regidor y una familia bien conocida en el área. Al final nada de eso hizo diferencia. Cuando se giró la orden de captura, Marín había desaparecido. Él y su esposa. Nadie sabía de ellos.

Lo único que pude pensar fue: por lo menos Roque se quitó ese yugo de encima. Obviamente yo no había dicho nada de su participación, ni lo iba a decir. Parecía que Marín era el único que lidiaba con Roque, por un lado, y con Camacho y sus secuaces, por el otro. Si Marín no aparecía y no lo nombraba, era posible que el nombre de Roque no saliera a la luz. Por el momento.

—Lo que no se ha encontrado —continuó Ligia— es una relación entre Camacho y la desaparición de este Jaime, el biólogo. Ni él ni el otro preso, Ramírez, saben quién es. Según lo que me cuentan en el OIJ, parece que están diciendo la verdad.

Ya me lo esperaba. Camacho no era mi amigo de los cuchillos. El accidente lo había confirmado. Al mismo tiempo, también me había confirmado que mi amigo estaba cerca. Muy cerca. Continué con las preguntas:

—¿No han encontrado nada en el laboratorio del OIJ que tenga que ver con el carro de Jaime?

—No mucho, don Chepe. Usted sabe cómo son las cosas durante estas fechas. Yo conozco a uno de los técnicos y lo llamé. Aún no han terminado de procesar toda la evidencia, pero dijo que no ve nada fuera de lugar. Aparte de una cosa…

Habían encontrado algún tipo de tira de cuero. Podía ser de una cartera, zapato o bulto; todavía no estaban seguros. Estaba tirada a un lado del carro, entre la maleza. No era propia del lugar, por supuesto, y no pertenecía a nada que encontraron en el carro —o sea, seguramente no era de Jaime—. Parecía ser una pista legítima. No era mucho, pensé, aunque por lo menos era algo. Tal vez salía

alguna huella o algo de ADN en ella que se pudiera rastrear. Para eso, habría que esperar.

—¿Y el Gato?

Ligia dijo que seguía en casa:

—Por lo menos unos días más.

Mencionó que el OIJ y la Fuerza Pública de Santa Cruz aún querían que asistiera con lo de Camacho y Ramírez. Era el perfecto enlace entre ellos y la propiedad donde habían encontrado el helipuerto. Seguían tratando de atar cabos y armar el caso legal. Era posible que el Gato estuviera en la zona hasta después del Año Nuevo. Al rato no me tengo que devolver en bus, pensé.

—Qué bueno —le dije—. Más tarde lo llamo… ¿Cuándo te incapacitás vos?

—En tres semanas, don Chepe. Esta panza está que no da más. Yo tampoco doy más. Que me saquen a esta chiquita ya.

—Se viene la gran Gisela. Nuevo año, nueva vida.

—Algo así, don Chepe. Prepárese, porque lo vamos a poner a chinear.

—Uf… No soy muy bueno para el chineo.

—¿No es muy bueno o le da miedo?

—Pues no sé. Tal vez lo segundo. Después se me cae o algo…

—Así es la vida, don Chepe: frágil. Hay que cuidarla. ¿No le parece?

—Puede ser. Tengo una política de nunca contradecir a las embarazadas.

—Es una buena política… Cuídese mucho por allá, don Chepe. Si ocupa ayuda, me avisa y le mando la caballería.

—Mientras no sean caballos…

Pero ya había colgado.

# XXV

Almorcé con el Brujo cerca de las dos. Los macarrones estaban excelentes. El Brujo dijo que siempre fue el chef en casa, aunque cocinaba menos desde la muerte de su pareja.

—Al final me di cuenta de que cocinaba para ella.

Estuvieron juntos por más de treinta años. Ella había muerto de cáncer hacía ocho, después de que construyeron las cabinas. Nunca tuvieron hijos —el Brujo resultó infértil— y entonces él se dedicó a mantener el lugar en su nombre.

—Mi apodo viene del pájaro brujo, pero yo en verdad quedé como el galán sin ventura o jabirú. Ellos escogen pareja de por vida y si esta se muere, quedan solos para siempre… ¿Usted, Chepe, nunca se casó?

—Qué va. Eso de las relaciones nunca fue para mí. Hace muchos años, en Nicaragua, viví con una mujer, pero ella se fue…

—Dos galanes sin ventura, entonces.

—Algo así.

Terminamos de comer y pasamos a la terraza a fumar en las mecedoras. Le pedí el celular al Brujo y volví a llamar a Diana, aunque esta vez dejé un mensaje. Le dije quién era y dónde estaba; también le di el número del celular y de las cabinas. Luego llamé a doña Eulalia para ver si tenía algún recado. Nada. Le conté dónde estaba y le dije que volvería en los próximos días; le pasé los dos números también.

El Brujo dijo que me llevaría al muelle para lo del tour con Jimmy a las cinco. Antes, tenía que encargarse de algunas cosas. Volví al cuarto y me acosté sobre la cama. Caí dormido de nuevo. Profundo.

Soñé con el estero de Playa Almendros; un lugar que era y no era el que yo conocía. Más bien parecía la entrada del mar a una playa de latitudes más frías. En el sueño aparecía un zapato flotando encima de agua negra y muy profunda. ¿De quién es?, me preguntaba alguien, ando buscando a mi hija. Después me daba cuenta de que era Ligia la que lo preguntaba. El Gato no estaba o se había ido. Yo quería ayudarla pero no sabía cómo. No sabía nada de su hija. Al mismo tiempo, estaba claro que Ligia esperaba algo de mí, una promesa o algún tipo de acción; algo que yo no sabía cómo dar.

Desperté poco después, desubicado, como si esperara abrir los ojos en mi casa en Paraíso. Será porque nunca duermo de día, pensé, nunca sueño así tampoco. Volví a ver el reloj: una hora dormido. Revisé mis vendas y las encontré bien. El dolor había disminuido, como un fuego lento dentro del cuerpo y la cabeza. Alisté mis cosas y después me fumé un cigarrillo frente al cuarto. Cerca de las cinco fui en busca del Brujo. Era hora de salir en lancha.

Cuando llegamos al muelle había un grupo de turistas esperando. Alrededor de ellos circulaban los guías locales como buitres, con ofertas de esto y lo otro. Un par de *hippies* les vendía artesanía: anillos de plata y figuritas y pipas. Varios turistas se probaban las mercancías, más por aburrimiento que por algún interés real.

Bajé del carro y me dirigí al muelle. Antes de despedirme, el Brujo dijo que lo llamara si ocupaba un aventón. Iba a estar toda la tarde y noche en las cabinas.

—Al rato nos tomamos otra birrita por la noche —dijo.

Uno cojo y lo empujan…

—Claro, Brujo. Nos vemos más tarde.

Lo vi partir y encendí un cigarrillo mientras esperaba a Jimmy a un lado del grupo. Este llegó diez minutos antes de la hora. Se presentó al grupo en inglés y español y nos escoltó al muelle. De camino, se me acercó:

—El Brujo me llamó por la mañana, don Chepe. Me puso al tanto de su accidente de anoche. Después del tour hablamos más en detalle. Por ahora voy a tener que dedicarme al proyecto arroz y frijoles… Igual creo que va a disfrutar del tour.

—Claro, no te preocupés —contesté. Tras de escudero, el Brujo me salió padrino.

Llegamos a la lancha y nos subimos de uno en uno. El capitán estaba dentro y tomaba de la mano a aquellos que necesitaban ayuda; también nos daba a cada uno un salvavidas —anaranjado brillante, por supuesto—. Yo entré de último y me senté en la fila de atrás, cerca del capitán y el motor. La lancha estaba llena: veinte espacios acomodados en cinco filas, dos sillas de cada lado. En el centro, un pasillo angosto llevaba del capitán y el timón hasta la proa, donde se posicionó Jimmy. Desde mi asiento de atrás, podía inspeccionarlo a él y al resto de la fauna humana que nos acompañaba.

Eran gringos y europeos, principalmente, con unos pocos ticos. Parecían todos muy diferentes, pero como pasa con cualquier grupo de turistas, en cualquier parte del mundo, se hacían más uniformes al andar. Estaban los que preguntaban más de lo necesario, los que no hablaban, los que solo preguntaban tonteras, los que se creían más graciosos de lo que eran y los que eran realmente graciosos; toda una gama humana que iba de extrovertidos a introvertidos. Lo diferente tal vez era el nivel de interés en la información y los animales. En los pájaros, especialmente. Varios de ellos eran pajareros consumados, con sus binóculos, guías y registros diarios de lo que vieron o no vieron. Al parecer, Río Negro y los humedales eran famosos por el avistamiento de aves.

Mientras zarpábamos hacia la laguna, Jimmy comentó que había más de cuatrocientas especies de aves en los humedales —residentes, migratorias, terrestres, acuáticas—. Estábamos dentro de la época alta de la migración y de la pajareada en general, que se extendía de diciembre a marzo. Mencionó los nombres de algunos pájaros y señaló a varios de ellos mientras tomaban vuelo desde las riberas. La lancha flotaba lentamente, con la corriente, y cuando nos alejamos del muelle, aceleró. El motor y el sonido ahogaron sus palabras. Aceleramos aún más y entramos de lleno a la laguna.

El sentimiento es siempre de libertad. No hay otra manera de describirlo. El cielo abierto, azul, y a la vez en un proceso de cambio a dorado, con tonos de púrpura, anaranjado y amarillo. Las nubes

parecían caligrafía que alguien dibujaba, muy delicada y muy blanca, sobre el lienzo celeste y cambiante. La laguna nos rodeaba y se extendía; el viento fuerte en el rostro; la falta de sonido o solo un sonido: el motor como una respiración eterna, un zumbido que convertía lo exterior en interior.

Nos dirigimos hacia el oeste, hasta cruzar toda la laguna. Luego seguimos su ribera al sur, más despacio, en busca de aves o animales que se escondían entre la costa. Jimmy señaló un caimán pequeño, una tortuga, un basilisco esmeralda, varios monos y un incontable número de pájaros: cormoranes, caracaras, patos —cerceta aliazul, pato calvo, pato cuchara—, gavilanes —colicorto, blanco, barreteado, chapulinero, de ciénaga—, águilas, zopilotes, zanates. Los gringos iban felices.

Finalmente, la parte sur de la laguna se convirtió en un canal más angosto. El espacio fue contenido por dos riberas como un túnel abierto hacia el cielo; unas veces con tierra firme a los lados, y otras con islas que se formaban entre los canales y conectaban con otros canales; un laberinto de agua y tierra que subía y bajaba entre la geografía salvaje y exuberante. Fue una sorpresa encontrar gente ahí, ermitaños que vivían de la pesca y la caza, como en otra época. De vez en cuando, se veían sus chozas de madera y zinc en la ribera, todas muy simples y construidas sobre vigas para cuando vinieran las lluvias y se alzara el agua. Parecían abandonadas, carcomidas por el clima y la herrumbre, pero frente a ellas, atadas encima del agua, siempre había una canoa de madera muy simple, pangas o algún caballo amarrado a la espera de su jinete fantasma. De hecho, en alguno de los canales nos encontramos con uno de estos jinetes, hundido con el caballo hasta el pecho mientras cruzaban de una ribera a la otra, como si intentaran salvarse o huir de un diluvio bíblico.

Vagamos por esos canales por media hora o días o siglos, perdidos como en otra cronología de evolución, sin humanos y sin el peso de sus acciones. Solo se escuchaba el paso lento de la lancha por el agua, el pulso de los insectos, los llamados de pájaros, monos y miles de seres desconocidos para nuestros oídos. Hasta los gringos dejaron de hacer preguntas por un tiempo, y Jimmy dejó de

contestar. Flotábamos, nada más, en el reflejo de agua encendida por un atardecer creciente. En algún momento, Jimmy se levantó y apuntó al agua. Al principio, pensé que su color era un efecto natural de la luz que desvanecía. Sin embargo, al acercarme encima del estribor, me di cuenta de que era otra cosa: agua negra, muy negra, como obsidiana derramada entre los humedales.

El canal en el que viajábamos era de agua achocolatada, una mezcla del agua clara del Refugio y el barro que revolvía la corriente con el paso de la lancha. En ese lugar era como mirarse dentro de una profundidad sin fondo. Después, las dos aguas y los dos colores se encontraban, y era como ver un humo denso flotar encima de la superficie. Subía y bajaba en espirales lentas que se hacían y deshacían, hacia fuera y hacia dentro.

Jimmy dijo que el nombre del Refugio, y del pueblo, se debía a esa agua negra. Tenía ese color gracias a algas y partículas de corteza que teñían los humedales. Hay lugares donde el agua baja negra negra, dijo Jimmy, y dicen que en esos lugares es donde llegan a parir los peces gaspar, aunque eso es más leyenda que otra cosa. Esos mismos peces, raros y de números desconocidos, eran como fósiles vivientes. Su fisionomía permanecía intacta e incambiable desde la época de los dinosaurios, más de sesenta y seis millones de años. Los ancestros de sus ancestros habían sido iguales que ellos, antes de que existieran los humanos y, probablemente, seguirían siendo iguales después de que desapareciéramos.

Volvimos a la laguna y bordeamos su ribera de sur a noreste, en dirección al muelle de Río Negro. Antes, paramos en una isla pequeña, apenas desligada de la ribera de la laguna y escondida del pueblo por una punta. Había una plataforma para el avistamiento de aves ahí, de unos siete pisos. Era una estructura muy simple, alta y angosta, de metal pintado de verde con un único piso arriba, con techo de zinc. Sus escaleras subían en zigzag hasta esa plataforma: un espacio abierto, de concreto, rodeado de barandas. Desde ahí se podía ver la laguna y los humedales en todas las direcciones.

El capitán acercó la lancha a un muelle rústico en la islita. Jimmy bajó a atar la proa a tierra firme. Después bajamos de uno en uno y

nos encaminamos como hormigas hasta la parte más alta de la plataforma. Para ese entonces, ya estaba cayendo el sol, y llegamos al mirador cuando las puntas del orbe encendido empezaban a tocar el horizonte. El cielo explotó en color; parecía arder o agarrar fuerza en tonos de amarillo a morado.

El grupo observó la vista en silencio por un tiempo. Después vinieron las fotos y las *selfies*, y los binóculos que escaneaban el horizonte. Mientras los turistas hacían lo suyo, Jimmy vino a apoyarse en la baranda a mi lado. Dijo que esa hora, y el amanecer, eran los mejores momentos del día para pajarear. Frente a nosotros, las bandadas de pájaros cruzaban la extensión del lago, subían y bajaban por el aire, o caían en picada buscando algún pez mal puesto. Un grupo de ellos empezó a acumularse en una espiral lenta, ascendiente.

—Están agarrando una termal —dijo Jimmy.

El grupo creció y creció, hasta que había cientos de plumas y colores trepando en espiral por el fuego del cielo.

—Van todos juntos —comenté, a manera de pregunta.

—Sí, diferentes especies —contestó Jimmy—. Es una forma de agarrar impulso. Tienen bolsas en las alas que les permiten tomar el aire para planear. Así migran.

—¿Desde dónde?

—Estados Unidos, Canadá, Alaska. Por Costa Rica pasan unos cinco millones de aves migratorias cada año.

—¿Para escapar del frío, me imagino?

—Pues sí, pero a mí me gusta verlo de otra manera. No sé si sabe que las teorías de la evolución dicen que casi todas las aves son del trópico o subtrópico. Yo lo veo más como que están volviendo al punto de partida, a casa.

—¿Costa Rica sería la casa para muchos, entonces?

—Pues sí y no. Todo el trópico y subtrópico, como decía. Usted sabe que las aves no creen en países ni fronteras. Solo nosotros tenemos esa mala costumbre.

Una pareja de alemanes se acercó a hacerle una pregunta y Jimmy se alejó con ellos. Empezó a caminar entre los distintos grupos mientras comentaba, conversaba, ayudaba con fotos o

comparaba notas y apuntes. Yo me quedé mirando el horizonte, hasta que el sol cayó detrás de la torre de plumas que aún subía por el cielo. Jimmy había comentado que la mayoría de pájaros migraba de noche, así que, para muchos, estaría comenzando el día. Para nosotros, terminaba. Volvimos al muelle cuando únicamente quedaba una franja malva sobre el horizonte. Los insectos aumentaron su volumen y era prácticamente de noche cuando bajamos de la lancha y caminamos hasta la tierra firme del pueblo. Ahí los turistas le agradecieron a Jimmy de uno en uno; a veces con besos y abrazos; a veces también con billetes. Yo fui el último que llegó donde él.

—Yo te invito a una birra, Jimmy. Es la única propina que te voy a dar.

Sonrió y me dijo que mejor nos la tomábamos en la oficina.

—Para hablar más en confianza —dijo. Antes debía guardar sus cosas y terminar con un papeleo rápido.

—Hay una pulpería en la esquina —dijo—. Si quiere, se compra unas birritas y nos vemos en quince minutos en la oficina.

—Está bien —contesté.

Lo vi partir y encendí un cigarrillo frente al muelle. En el tour y la plataforma no se podía fumar, así que me había quedado con las ganas. Sentí la llama del encendedor iluminar el rostro y fumé despacio, tranquilo, como si el viaje me hubiera devuelto algo de la calma perdida. La desaparición de la luz y el calor también habían ayudado a amainar el dolor de cabeza que sentía entre las puntadas, sutil pero persistente. El cuerpo me dolía menos y estaba menos cansado. Sobre el cielo, desaparecían las últimas pinceladas de color. Cientos de pájaros seguían volando en espiral a la distancia. Trepaban y trepaban, apenas visibles. Luego empezaron a desaparecer, como si se los tragara la noche o uno de esos pozos de agua negra, muy negra.

# XXVI

Entré a la pulpería y salí con un paquete de cigarrillos y un *six pack* de Pilsen. Crucé el parque del pueblo y, en el puro centro, me senté a fumar en uno de los poyos mientras pasaban los quince minutos. Era un pueblo muy pequeño.

Caminé a las oficinas de Jabirú Tours y encontré a Jimmy detrás del mostrador; acomodaba papeles y otras cosas más. Le pasé el *six pack* después de tomar un par de latas.

—¿Pilsen está bien? —pregunté, mientras le extendía una.

—Sí, claro. Viera que yo no tomo mucho, don Chepe, así que no tengo preferencia. Voy a guardar las otras en una refri que tenemos atrás.

Lo vi caminar al cuarto y pensé que por lo menos tomaba algo. Nunca he podido confiar en gente que no toma ni fuma. Cuando volvió, nos acomodamos en el área donde estaban el sofá y los dos sillones.

—¿No trabaja tu mamá hoy? —le pregunté.

—Ya salió… Disculpe el otro día, pero a ella no le gusta que yo me meta en cuestiones relacionadas con las piñeras. Se pone nerviosa y usted sabe cómo son las mamás con sus preocupaciones.

Le pedí que me contara un poco del tema. Dijo que era largo, de mucha historia.

—Remonta a antes de que yo nací —contó—. Así que imagínese…

Primero habló del historial de las piñeras que ya me había contado el Brujo: bosques chapeados, falta de regulación clara o protecciones básicas para trabajadores y aledaños.

—El Brujo me habló de eso —le dije, como para que apurara el cuento.

—Exacto. Él trabajó muchos años ahí. Y sufrió muchas de las consecuencias... ¿No le contó que nunca pudo tener hijos o que su compañera murió de cáncer? Es muy probable que ambas cosas estén relacionadas a los años de vivir y trabajar cerca de las piñeras. En ese tiempo, se rociaban químicos como bromacil y ametrina sin consecuencias…

—¿Y después?

—Después las cosas mejoraron un poco, pero solo porque la gente luchó para que mejoraran. Se prohibió el bromacil en el país por decreto ejecutivo, por ejemplo. Aunque le estoy hablando que eso pasó hasta el 2017. Todavía para el 2015 venían camiones cisterna a repartir agua a Pocito porque los acueductos estaban contaminados. No solo ahí, sino en Veracruz, Parrita, Matina, Batán, El Cairo y otros lugares del país. Hoy día, hay muchas piñeras que respetan la ley y los reglamentos. Otras…

No tuvo que hablar más para saber por dónde iba la cosa:

—Agridulce S.A. —dije antes de que terminara.

—Esa misma…

—¿Han encontrado algo concreto?

Jimmy dijo que sí. Primero, la piñera taló varios bosques ilegalmente. Vecinos que habían sido intimidados, y casi forzados a alquilar o vender sus fincas o terrenos, testificaron, aunque ninguno quería entrar en un proceso legal para no comerse la bronca. La tala continuaba y seguían encontrando cementerios de bosque grandes: tierra arrasada y rápidamente cubierta con piña.

—Aquí la piña manda, don Chepe. Es como echarse encima al patrón y a la mitad de la gente de la zona. Además, la cosa se pone peor…

Un día, Jimmy dijo que aparecieron peces muertos en la superficie de la laguna. Luego aparecieron otros y otros más —para peores, peces gaspar, una especie protegida—. Sospechaban que los residuos de la producción de la piña —agroquímicos, rastrojo, tala— se estaban filtrando, y tirando, a los humedales y el Refugio. Eso significaba la posibilidad de que los acuíferos de los pueblos también estaban contaminados. Se requería trece meses para la

descomposición de los residuos de piña dentro del campo, pero ahí se trabajaba y fumigaba el año entero, sin parar, día y noche.

Yo me había terminado la cerveza mientras lo escuchaba hablar. Jimmy seguía sorbito a sorbito con la suya. Fui a la nevera por otra y cuando volví, le pregunté:

—¿Y por qué nadie hace nada?

Jimmy explicó que, en principio, el MINAE debería controlar eso, supervisarlo y regularlo. Sin embargo, la Oficina Regional estaba en Liberia. Podían venir —habían venido— guardaparques o funcionarios a observar y hacer informes, pero casi siempre llegaban cuando ya no había evidencia, o cuando los problemas habían pasado. Además, nunca se sabía a qué intereses servían, y si eran de los buenos o los malos, como dijo Jimmy. Tampoco conocían bien la problemática del área —el Refugio, por ejemplo, era de uso mixto, creado con los más de dos mil habitantes adentro; tenía características muy específicas—. Encima de todo, únicamente había tres guardaparques asociados con el Refugio, que ni siquiera vivían en Río Negro o Pocito. Eso significaba tres funcionarios del gobierno encargados de supervisar más de ocho mil hectáreas de humedales. Ellos o ellas debían encargarse de todo: la tala ilegal, la pesca ilegal, los incendios forestales, la problemática de las piñeras.

—Simplemente no dan —comentó Jimmy—. Pueden tener hasta buenas intenciones, pero ¿qué van a hacer realmente?

A veces iban a patrullar en lancha con policías que estaban de turno, aunque si iban al área norte del humedal podía pasar algo en el sur. Si iban al sur, viceversa. Además, los guardaparques tenían un horario de funcionarios del gobierno, de ocho horas, sin póliza que los cubriera de noche. Y lo que pasaba de noche… Nadie sabía.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿No hay ningún tipo de vigilancia, control, o supervisión en los humedales o propiedades aledañas de noche?

—Es correcto, don Chepe —comentó Jimmy—. Ahí está la cuestión. Por eso estamos tratando de organizarnos.

—¿Y quién es este «nos» que seguís mencionando?

Era un grupo pequeño formado, muy recientemente, por otros guías, gente del pueblo, propietarios de la zona, gringos y ticos.

Todo había empezado con el turismo ecológico. En Río Negro y Pocito estaban tratando de desarrollarlo como se pudiera, precisamente como una fuente de trabajo fuera de las piñeras. Jimmy, por ejemplo, hizo una capacitación de guía local con la UNED; otra capacitación con el INA en avistamiento de aves. Sin embargo, era difícil porque no se veía la plata inmediatamente. Las clases duraban año y medio, de cuatro de la tarde a nueve de la noche, y quedaban a una hora en moto. Dijo que en su clase empezaron cuarenta y dos personas y terminaron solo doce.

—Es un crecimiento difícil —dijo Jimmy—, aunque seguimos tratando.

Formaron el grupo para tratar de ayudarse y compartir recursos e ideas. Recientemente, investigaban la posibilidad de hacer un tour de los humedales en la noche. Fueron a explorar, y mientras navegaban por la laguna una madrugada vieron una luz en la orilla. Después varias luces.

—Venían de un muelle natural que hay más al norte —dijo Jimmy.

El mismo lugar donde encontraron el carro de Jaime, pensé.

Vieron un carro meter una lancha al agua. Siguieron sus acciones desde la distancia, con las luces apagadas.

—Era gente de Agridulce S.A. —dijo Jimmy—. De eso estamos seguros. Botaban rastrojo y quién sabe qué más en la laguna del Refugio.

El grupo presionó a la Municipalidad y a la sede regional del MINAE para hacer estudios del agua, entre otras cosas —sin nombrar concretamente lo que vieron y no echarse la bronca directamente—.

—¿Qué pasó?

—Pues se hizo el estudio, pero la piñera influyó para que se midiera el agua que sale en otro lado, una parte de tierra más alta. No se midió el agua de los humedales o de las tomas de los pobladores. El agua salió limpia y se cerró la cuestión. La piñera inclusive envió volantes a la comunidad diciendo que el agua estaba limpia y que se podía usar sin problema. La Muni y todo el mundo se lavó las manos…

—¿Siguen tirando desechos ahí de noche?

—Creemos que sí, don Chepe. Hemos tratado de hacer patrullas de vigilancia, y propusimos al MINAE hacerlas en conjunto, en colaboración con la Fuerza Pública. Pero la cosa va lenta. No nos han ayudado mucho.

—¿Entonces, si encuentran a alguien haciendo algo, no lo enfrentan?

—Es que si la Fuerza Pública no nos acompaña, no tenemos autoridad para actuar. Nosotros somos voluntarios y sería una bronca entre particulares. Dado el historial, hay que tener mucho cuidado. Sabemos de gente que trabaja para la piñera que anda con chopo y todo… En cuanto a la policía de por aquí, están ocupados con mil cosas y no siempre se encuentra la disponibilidad, digamos. Además, vea la coincidencia de que cada vez que nos han acompañado no hemos visto nada, ni a nadie.

—¿Están vendidos?

—Quién sabe. Eso o tienen un informante que pasa los horarios de vigilancia a la piñera.

—¿Cómo entra Jaime en esto?

—Pues no estoy seguro, don Chepe. Para decirle la verdad, yo pensé que tal vez usted podría contarme. Él vino con esta Diana e hizo el tour, hizo preguntas, pero no creo que compartiera todo lo que sabía. Tal vez aún no estaba seguro en quién confiar, o de lo que sabía. Fue solo esa vez que nos vimos y me prometió que iba a volver para que conversáramos. Yo pensé que se volvió pura paja, y después usted llega y me cuenta que está desaparecido.

—¿Vos creés que su desaparición tenga que ver con la piñera? ¿Mi accidente de anoche?

—Ni idea, don Chepe. Aunque mucha coincidencia, ¿no le parece?

Sin duda.

—¿Han vuelto a patrullar?

—Hicimos una pausa para lo de las fiestas… Durante esta época todos estamos a *full*. Hoy es martes… Tenemos la próxima vigilancia programada para el jueves en la madrugada. O sea, la noche de mañana miércoles, si lo quiere ver así, a las dos de la mañana.

—¿Van con policías?

—No. Ahorita no están disponibles.

—Guardáme dos campos en esa lancha. Yo te prometo que te llevo por lo menos un policía. Eso sí, de otro distrito.

—¿En serio? Listo, entonces. Campo tenemos de sobra. Desde mi perspectiva, un policía es un policía. ¿Hoy se queda donde el Brujo otra vez?

—Ahí mismo.

—Cualquier cosa, yo lo llamo al celular de él. Él tiene mi celular también… Si quiere le doy un aventón en la moto.

—Te lo agradecería.

Empezamos a caminar hacia la puerta principal.

—Jimmy… —dije—. Una última cosa.

—Dígame, don Chepe.

—¿Y las birras?

Se rio y apuntó al cuarto de atrás y la refrigeradora.

—Lléveselas, por supuesto. Son suyas.

# XXVII

Jimmy estacionó la moto frente a la casa del Brujo. El hombre estaba en su mecedora de siempre, con una cerveza abierta.

—Veo que empezaste sin mí —le comenté en broma.

—Y vos sin mí —contestó, mientras apuntaba al *six pack* incompleto que yo cargaba en la mano.

—Nos empatamos, entonces.

Jimmy lo saludó y charlamos un rato. Luego Jimmy dijo que se tenía que ir. El primer tour salía a las seis de la mañana. Se despidió y arrancó la moto. Yo encendí un cigarrillo y busqué la otra mecedora junto al Brujo. Lo vimos partir.

—Es increíble —comenté—, casi no toma, ni fuma.

—Así es, Chepe. La juventud está llena de errores.

Nos terminamos el *six pack* que yo había traído, el de él, y así. Llegué al cuarto tarde, cansado, aunque con el dolor escondido entre las cervezas y los pensamientos que se levantaban como globos hacia el cielo oscuro. Me tomé otro analgésico, un vaso de agua y dormí como un rey.

A la mañana siguiente desperté adolorido, pero sin goma. Dormí profundo, y hasta podría decirse que me sentí restaurado, con la mente clara, o más o menos clara. A veces las cervezas ayudan a apagarse. Me duché y cambié las vendas; revisé las puntadas y me tomé otro analgésico. Las heridas se veían mejor.

Desayuné con buen apetito y más compañía que el día anterior. Había una pareja con un niño en la mesa de al lado, otra pareja de turistas gringos y un par de enamorados que solo darse la mano y

besitos, completamente ajenos a lo que pasaba a su alrededor. Todos comían lento y pausado, como se come durante las vacaciones. Se ponían de pie y se iban, mientras venían otros turistas, nacionales y ticos, a reemplazarlos entre las pocas mesas.

Yo me quedé hasta que no había nadie. Tomé café y repasé algunas notas que había hecho. También aproveché para pedirle el teléfono al Brujo y llamar a Ligia y al Gato. Tenía que convencer a la primera de prestarme al marido, y al segundo, de dejar el caso de Camacho y el helipuerto, para manejar dos horas a Río Negro y montarse en una lancha a patrullar por los humedales a las dos de la mañana. Sobra decir que no fue fácil. El esfuerzo me tomó hasta después de las once. Finalmente, el Gato accedió a venir, y Ligia, convencida de que era una cuestión más profesional que personal, sintió que no podía oponerse. Era importante que el Gato, como miembro de la Fuerza Pública, prestara sus servicios a la comunidad de Río Negro —esas fueron las palabras que usó, increíblemente—. Por supuesto no le dije que también le pedí al Gato que no se reportara con la delegación de Río Negro, el proceso normal, dado que el lugar estaba fuera de su distrito. Más adelante podría alegar que seguía el rastro del carro de Jaime, si fuera necesario —el caso, a fin de cuentas, empezó por nuestro barrio—. También podría ayudarse de sus contactos en el OIJ de Santa Cruz y buscar alguna excusa. Algo nos inventaríamos.

Más difícil fue responder qué era lo que quería lograr con el patrullaje. Era muy probable, como me dijeron los dos, y yo bien lo sabía, que no encontrásemos nada. Hasta los más ratas descansan para el Año Nuevo, fue lo que me dijo Ligia. Tal vez tenía razón. Sin embargo, si veíamos algo o descubríamos alguna irregularidad, la presencia del Gato nos permitiría actuar. Pensaba —tal vez ingenua o desesperadamente— que si arrestábamos a alguien, se podría llegar, como con Camacho, a sus jefes o a pruebas sobre la contaminación. No se me ocurría otra manera de poner presión al asunto y lograr algo concreto. Agridulce S.A. no era exactamente el tipo de gente a la que uno iba y les tocaba la puerta para ver si tenían que ver con la contaminación de un Refugio Nacional o la desaparición de un biólogo. Tampoco tenía tiempo para otro proceso. Desde el

comienzo, no lo había tenido. Era posible que la cuestión tomara varios patrullajes, o que hubiera que volver. Si ese era el caso, lo resolveríamos al andar. Alguien sabía que yo estaba ahí, y a alguien le molestaba. Eso me decía que iba por buen camino. Tal vez podía utilizar esa calentura para que se delataran. Estaba cerca, y como dice el viejo dicho: el que no juega, no gana.

Después de hablar con Ligia y el Gato, llamé a Jimmy. Confirmó que estaba en pie la salida a las dos de la mañana. Más bien agradecía mi presencia y la del Gato porque se quitaron dos personas —un guía local y un gringo que tenía una empresa de pesca deportiva—. Únicamente serían él y su hermana. Ella también trabajaba en el negocio de la familia como capitán de lancha. Jabirú Tours tenía dos —debían dos, dijo Jimmy— y ella casi siempre andaba en la otra con su padre. Su papá era otro guía turístico aunque sin el entrenamiento formal de Jimmy. A puro güevo se formó, me dijo, pero sabe más que nadie. De hecho, él y su mamá eran de los más veteranos en desarrollar el ecoturismo en el pueblo. También estaban demasiado veteranos para acompañarnos en la excursión —yo me preguntaba cuántos años tendrían y si eran de mi edad—. No les gustaba meterse en problemas.

—No son de conflicto —dijo Jimmy—. Hemos tenido varias discusiones por eso. Ellos viven en un pasado romántico de gente honrada, palabras firmes y cosas parecidas. Este pueblo y este país los han cambiado mucho.

Antes de colgar, me pidió que tratara de convencer al Brujo para que se uniera al patrullaje.

—Viera cómo he pulseado para que sea parte de nuestro grupo —me dijo—. Siempre encuentra una excusa y ya me cansé de preguntarle. Dice que pasó de pájaro brujo a galán sin ventura, pero quedarse sin pareja no significa que uno está solo en este mundo.

Le dije que iba a hacer lo posible.

—Tal vez a usted le haga caso —dijo—. Avíseme, y si no, paso por usted en la moto.

—Listo, Jimmy. Nos vemos.

Llamé a doña Eulalia para asegurarme de que no tenía mensajes, y también llamé a un amigo que pasó tiempo en Los Chiles para ver

si me daba alguna información de las piñeras allá. Cuando colgué, era mediodía y el Brujo andaba ocupado con mil cosas. Quedé solo para el almuerzo y me fui a caminar. El Brujo me dijo que había una señora en el centro de Pocito que vendía casados desde su casa. Salí por la entrada de las cabinas y doblé hacia el norte: el mismo trayecto que anduve con el Brujo el día anterior.

La caminata dio para ver mejor las casas y la gente, aunque no había demasiado que ver. Era un pueblo pequeño, pobre, que me recordaba a otros pueblos pequeños y pobres cerca de donde yo vivía: Venado, Lagarto, La Florida, Marbella, San Juanillo. En el centro había un barrial que, con algo de esfuerzo, podría describirse como una cancha de futbol. Alrededor, se acomodaban chozas de madera o de materiales muy simples, algunas con piso de tierra. Dos intersecciones, una antes y otra después de la cancha de futbol, llevaban a pequeños barrios por los que andaba la gente, los perros callejeros y las gallinas perdidas. Todos y todas se entretenían mirando al extraño que caminaba entre ellos; un turista perdido o un loco que no sabía para dónde iba. Estaba seguro de que casi nadie pasaba a pie por ahí.

Llegué a la cancha de futbol, y en una de las esquinas inmediatamente reconocí la casa que mencionó el Brujo. Tenía un par de mesitas de madera afuera, simples pero bien arregladas, con manteles de flores cubiertos con plástico. Los chileros caseros encima de las mesas me dieron la bienvenida y me despertaron el hambre. La mujer que cocinaba —doña Marta— preparaba casados y tortillas palmeadas a mano. Cocinaba todo en un fogón como de otra época. Estaba delicioso.

Mientras comía, inconscientemente le pedí un vaso con agua, y fue hasta que me lo trajo y lo puso encima de la mesa que pensé en ese líquido transparente, esencial y universal que flotaba dentro. Imaginé veneno también, invisible, y reflexioné sobre lo que sería tomarse ese veneno todos los días, varias veces al día, por semanas, meses o años. En la cancha de futbol, varios niños y adolescentes corrían detrás de una bola desvencijada. Reían y gritaban bajo la luz de una mañana que se convertía en tarde, limpia y soleada. Sus padres y sus madres estarían agachados entre las hileras de las

piñas, pensé, quizás en ese momento, y quizás a lo largo de todas sus vidas. Ellos y ellas los reemplazarían después, cuchillo en mano, o guantes para sacar esos corazones endurecidos de la tierra, posarlos en las fajas de cosechadoras que los transportarían a camiones y cajas y aviones que cruzarían el continente y el océano: la cadena invisible de trabajo que nunca hemos querido ver. Me tomé el vaso de agua de un trago: por solidaridad, por injusticia, por idiota. Terminé de comer y pagué la cuenta. Era hora de descansar antes de una noche larga.

Pero en vez de descansar, me topé con otra sorpresa, en una extensa cadena de sorpresas. Esperando sobre una de las mecedoras frente a mi cuarto, había una mujer. Era Diana.

# XXVIII

Tenía por lo menos cincuenta años. Era difícil de saber, porque aunque se notaban los años en las canas que bajaban como agua clara por su cabello, o en las arrugas de grutas finas en su rostro, aún transmitía cierto aire de vitalidad y juventud. Era relativamente alta, flaca, con ojos almendrados que parecían teñidos de miel u oro. Llevaba pantalones oscuros impermeables, botas de montaña y una camiseta muy simple azul claro. Lo primero que pensé fue que no parecía la amante típica de las películas y después, sin poder contenerme y con muy poco profesionalismo, que estaba guapa.

Se presentó y dijo que viajó a Guanacaste apenas pudo. Antes había estado de gira en la montaña por semana y media, sin teléfono o internet —como más me gusta, comentó—. Volvió a San José a pasar la Navidad con la familia y ahí fue cuando se enteró de la desaparición de Jaime. Posteó algunas cosas en línea y Alejandro le contestó. Le contó de mi investigación en un chat privado, y no mucho después le llegó mi mensaje a la contestadora. Pensó que lo mejor sería venir y hacer de una vez una declaración en el OIJ de Santa Cruz. Ya que las cabinas del Brujo quedaban más o menos de camino, vino a buscarme primero. No estaba segura de si lo que tenía que contar era de relevancia o no, aunque dada la proximidad de la desaparición de Jaime al viaje que hicieron juntos a Río Negro, y dado el lugar donde se encontró el carro, era posible que sí.

Lo que tenía que contar empezaba con la relación entre ellos. Se conocieron hacía muchos años en la universidad. Ella era profesora interina en la UCR y le dio clases a Jaime. Después desarrollaron una amistad de giras, investigación y algunos trabajos cuando Jaime se graduó y ella dejó la universidad por el sector privado. Jaime se fue

para Guanacaste y ella volvió a la universidad, o más o menos: al Centro de Investigación en Contaminación Ambiental (CICA) de la UCR. Era microbióloga de profesión y había dedicado la mayor parte de su vida al agua y al análisis de la calidad del agua. Jaime la contactó unas dos semanas antes de su desaparición y le pidió que fuera con él a Río Negro para sacar muestras de agua del Refugio y de algunas fuentes de la comunidad. Al parecer, ella participó en 2016 en un equipo interdisciplinario compuesto por ingenieros agrónomos, economistas agrícolas, microbiólogos y biólogos del Centro de Investigación en Economía Agrícola y Desarrollo Empresarial (Cieda) de la UCR. Recogieron muestras en el cantón de Osa y encontraron contaminación del agroquímico bromacil en el humedal Térraba-Sierpe. Ese estudio había sido clave en la prohibición definitiva del bromacil en el país.

—¿Por qué Río Negro? —le pregunté—. ¿Cómo llegaron aquí?

Para ese entonces, nos habíamos pasado a las mecedoras, y yo llevaba un cigarrillo entero escuchándola. Cuando me lo terminé, preguntó si le regalaba uno. No fumo, dijo, casi tímida, pero de vez en cuando es tan rico. Tiraba el humo con muchas ganas y un poco de torpeza. La ceniza se acumulaba en la punta del cigarrillo y se seguía acumulando mientras hablaba. Cuando una torre larga de ceniza se cayó entre sus dedos, finalmente contestó a mis preguntas. Antes exhaló una bocanada de humo con gran sentimiento y una sensación de alivio.

—Jaime hacía un análisis de agua en un manglar estancado y se encontró con la sorpresa de residuos de bromacil. Siguió el rastro hasta los humedales y, después de visitar Río Negro, pensó que podría ser de los cultivos de piña. Él ya conocía un poco lo que había pasado con ese herbicida en los últimos años, con nuestro estudio…

—¿Eso podría estancar un manglar y desaparecer la desembocadura al mar?

—Es poco probable, aunque no lo descartaría por completo. Tal vez podría causar cambios en la dinámica entre agua de río y mar, en el pH, la temperatura, algún impacto de erosión que modificaría los asentamientos de arena o algo así. Lo que sí es cierto es que, en

un estero estancado, una acumulación de ese tipo de residuos causaría daños ambientales bastante graves.

—Muerte de la vida adentro.

—En todos los sentidos.

—¿Y aquí en Río Negro qué hicieron?

Jaime la llamó y vinieron a pasar una noche juntos en el pueblo —no pude evitar la pregunta idiota de si durmieron en uno o dos cuartos—. Él había venido antes, pero no era suficientemente experto en el tema como para comprobar las sospechas que tenía.

—Quería mantenerlo en secreto en ese momento —dijo Diana—, y la verdad que yo pensé que era buena idea. Cuando hicimos nuestro estudio en la Zona Sur hubo mucha resistencia de las piñeras. Había que estar seguros…

Entonces salieron en la lancha con Jimmy, de tour. Preguntaron por el tema, sin llamar demasiado la atención. Tomaron algunas muestras de agua sin decirle a nadie y Diana se las llevó a San José para analizarlas más en detalle en el Centro donde trabajaba.

—Pero tenía esta gira —comentó—, entonces le dije a Jaime que no podría hacer nada hasta después de Navidad. Quería hacer las pruebas yo misma, sin involucrar a nadie por el momento. Así me aseguraba…

—¿Las hiciste?

—Sí. Ayer. Las apuré después de que volví a Chepe y me enteré de la desaparición.

—¿Y qué encontraste?

—Está hasta la mierda de bromacil esto: los humedales, los canales, las dos fuentes de agua de los pueblos donde tomamos muestras. No es un estudio definitivo y hay que hacer algo más exhaustivo, pero es suficiente para tratar de clausurar el acueducto y empezar una investigación detallada de las piñeras; tal vez pulsear una moratoria en sus actividades.

—¿Así de serio?

—Así de serio, don Chepe, sin duda.

—¿Todas las piñeras?

—Pues no creo que todas. No sé cuántas habrá acá… No toda la piña es mala. Hay más de cincuenta mil hectáreas de piña

sembradas en el país. Muchas utilizan otros productos, más naturales y sostenibles, para combatir plagas o enfermedades. Pueden reemplazar a estos agroquímicos más dañinos. Nosotros hemos dedicado varios esfuerzos en el Centro a un hongo que ha sido muy efectivo, por ejemplo… Pero con solo una piñera que esté contaminando el recurso hídrico, la naturaleza, es un problema muy grande. El bromacil es tóxico y hasta mortal en cantidades suficientes. Cuando contamina acuíferos puede llevar a una serie de problemas de salud graves: mareos, vómitos, problemas del hígado, el estómago, los intestinos y los músculos, hasta cáncer. Y no solo encontré bromacil, sino también residuos de varios otros químicos contaminantes: ametrina, abonos nitrogenados y demás.

—¿Nadie más sabe de esto?

—Por ahora no, aunque yo voy a aprovechar para denunciarlo en el OIJ y el MINAE. Lo de Jaime sería el principio de una bronca más seria.

—¿Vos creés que alguien lo desapareció por eso?

—No me extrañaría. Viera lo que hemos vivido en el equipo durante este tipo de estudios: amenazas, llamadas anónimas y mucho más. Da miedo. Pero una no se puede quedar callada.

El cigarrillo se le había acabado desde hacía rato. Aguardamos en silencio un tiempo y sentí que el silencio nos unía o por lo menos no nos incomodaba. Se veía nerviosa, y me di cuenta de que quería preguntarme lo que no quería saber, lo que debió haber sido su primera pregunta:

—¿Qué posibilidades tendrá Jaime, don Chepe? Digo yo… ¿Será posible que aparezca?

No quería andarme con rodeos, aunque tampoco quería ser brutal —más brutal había sido ese segundo «don» que me dirigió—.

—Decíme Chepe, Diana, que el don me hace pensar en mi papá o me hace buscar a alguien detrás del hombro.

—Okay. Chepe, entonces. ¿Estará vivo?

—No sé. Sí te digo que en muy pocos casos alguien ha aparecido después de estar tantos días sin noticia. Además, el carro apareció en la orilla de la laguna, aquí. Estas aguas, los humedales, son…

—¿Oscuros? ¿Como para no encontrar cosas que se quieren esconder?

—Algo así.

En ese momento el Brujo se acercó. Lo vimos cruzar el estacionamiento desde su casa. Llegó en el momento preciso, a quebrar la tristeza que empezaba a acumularse en la mirada de Diana. La presenté y él se presentó.

—¿Así que usted es la famosa Diana que Chepe andaba buscando?

Ella se rio y afirmó con la cabeza.

—Pues no tan famosa, pero sí. Feliz de que me haya encontrado Chepe.

Volvió a verme, directo a los ojos, y yo no supe dónde esconder la mirada. Me sentía como un colegial imbécil. Apuré las palabras y les conté de la salida en lancha para esa madrugada. Diana dijo que quería unirse de inmediato, sin pedir permiso y sin preguntar si había espacio. El Brujo lo pensó más, se puso esquivo y ambiguo con un tal vez y un puede ser.

—Vamos, don Brujo —le dijo Diana—. Así aprovecho para que me cuente un poco de esta área… ¿Tiene espacio en las cabinas, por cierto?

—Puede ser… Campo en las cabinas sí hay. Salió alguien hoy y acaban de arreglar el cuarto. Ya está listo. Si quiere la llevo.

Diana tomó el bulto que estaba a sus pies y se levantó para irse; antes me dijo:

—Viera que me gustaría hablar más con usted, Chepe. ¿Se toma una birrita conmigo más tarde; así, en la terracita?

—Sí, claro… ¿A qué hora?

—Tipo seis, puede ser. Voy a descansar un rato. Traje algo para picar y unas birritas. Nos lo comemos y brindamos por el encuentro. Ojalá que lleve a algo bueno, por más duro que todo parezca ahorita…

Empezó a caminar hacia el cuarto con el Brujo. Había llegado en carro, un Vitara azul, así que necesitaba moverlo también. Mientras se alejaban, solo pude pensar: al Brujo no lo invitó. Éste, nada tonto, se había quedado callado. Antes de irse con Diana, volvió a

verme y guiñó. Ella no lo vio. Solo eso me faltaba, pensé, un galán con ventura.

# XXIX

De todas las cosas que conversamos inicialmente, que fueron muchas, me resaltaron dos: que Diana era soltera y que le gustaban los detectives de las películas. Pensé que la segunda significaría una gran decepción, ya que tendría que enterarse de la vida realmente aburrida de los investigadores privados reales. Pero más bien se interesó, se puso a preguntar, y terminé contándole de varias aventuras que había tenido.

Tal vez exageré esas historias un poco, y traté de parecer más duro de lo que era, aunque ella también trató de parecer más dura de lo que era. Independiente. Fuerte. Autosuficiente. Contó de sus aventuras y de una vida muy dedicada al trabajo. Nunca había tenido hijos, al igual que yo. Nunca los había querido, al igual que yo. Siempre fue su mejor compañía y le gustaba así y lo quería así siempre. Para dejar las cosas en claro, pensé. Yo también hice lo mismo. De roco uno ya no está para malentendidos o jueguitos. Quizás es algo natural entre la gente que ha pasado demasiado tiempo sola. Se les hace difícil confiar en otros y, más que todo, se les hace difícil confiar en que ellos mismos podrían tener algo diferente. Es posible que no sabrían cómo hacerlo, no querrían o no estarían dispuestos. Simplemente podría ser miedo.

Lo que sí es cierto es que la pasamos bien juntos y en algún momento los dos dejamos de pensarlo mucho, de fingir, o de subir tan alto las barreras. Nos tomamos las birras y fumamos. Las horas pasaron rápido y solo pude pensar en que si salíamos bien parados de esta, en algún momento iría a visitarla a San José. Se lo dije. Ella también me dijo que tenía ganas de conocer Paraíso.

—Solo espero que no tomés el nombre de mi pueblo de manera literal —le dije—. Si no, uno llega a decepcionarse.

—Habrá pocos Paraísos en el mundo, Chepe.

Cuando llegó la hora, nos subimos al Land Cruiser del Brujo —logramos convencerlo— y partimos hacia el muelle. El Gato nos topó allá y, de uno en uno, nos subimos a la lancha donde Jimmy y su hermana Eva nos esperaban. La capitana ya estaba detrás del timón, nos saludó y se presentó. Era bajita, morena y decidida en sus acciones y en las pocas palabras que dejaba escapar de su boca con mucho propósito y practicidad. Esperó a que cada uno encontrara su asiento y después le señaló a Jimmy para que desatara la lancha. Jimmy siguió sus instrucciones y saltó a la lancha cuando dejábamos el muelle. Esta vez no hubo salvavidas anaranjados. No nos podían salvar.

Nos dirigimos al centro de la laguna y después bordeamos las orillas, sin más luz que la luna que se levantaba alta y casi llena. Tomábamos velocidad y después flotábamos lento, el motor apenas un murmullo que nos escondía de las miradas en la orilla, aunque también un poco dentro de nosotros mismos. El cielo despejado y las estrellas, el horizonte inmenso y el sonido del agua contra la lancha se convertían en un ritmo hipnótico hacia dentro, como si nos viéramos reflejados en esas aguas oscuras y en todo lo que escondían. Así anduvimos mucho y hablamos poco, para no hacer ruido, pero, más que todo, porque no sabíamos qué decir. ¿Qué se puede decir en esos momentos? Cada uno exploraba su planeta interior, a la deriva entre los asientos numerosos de la lancha.

A nuestro alrededor, pájaros volaban entre la oscuridad; un revoloteo de alas y ruido que llenaba el horizonte invisible y múltiple. Escuchamos el llamado del famoso pájaro brujo, como el aullido de un alma en pena que anuncia la muerte o es la muerte en sí. El grito me hizo sentir miedo, angustia; era fácil entender por qué los primeros en escucharlo lo bautizaron con superstición e ignorancia. Ese miedo tal vez hubiera crecido entre nosotros, si no fuera porque Jimmy se volvió hacia el tocayo de los aullidos y dijo que lo estaban

llamando. El Brujo se rio y todos nos reímos, como un alivio. Cuando Diana le preguntó por qué le decían así, el Brujo se puso de pie, su sombra inmensa frente a la laguna, y, para sorpresa de todos, soltó un llamado idéntico, largo y profundo. Hasta el pájaro se confundió. Respondió anónimo desde la distancia. La risa nos contagió y después volvimos al silencio, como si se hubiera duplicado entre nosotros. El viento se alzó y lo sentimos pasar encima de la lancha y la superficie del agua. Apagó los sonidos o se convirtió únicamente en sonido, como si lo escucháramos desde muy adentro.

Rondamos la laguna y sus orillas un par de horas que fueron como vivir la expansión del mundo desde que aparecieron esas aguas. Flotábamos, escuchábamos, nos perdíamos. Cerca de las cuatro de la mañana, por fin vimos una luz. Un par de luces: los faros de un carro en la orilla noreste, el mismo lugar donde apareció el carro de Jaime. Mantuvimos la distancia, abrazados a la costa y resguardados detrás de árboles que crecían altos y tupidos. Desde ahí, esperamos y observamos.

Por media hora, o un poco más, vimos el ir y venir de pasos y luces; focos que se encendían sobre la tierra y el aire. Jimmy sacó unos binoculares de visión nocturna, que con el grupo de turismo compró para el tour de noche. Observó un tiempo y dijo que reconocía a uno de los hombres —dos en total—.

—Son de Agridulce S.A. —dijo.

Pasó los binoculares y nos los turnamos entre todos, mientras cada uno narraba lo que veía. Un todoterreno grande, con los vidrios polarizados, jalaba una lancha para cuatro personas, ágil y rápida —por el tamaño y el motor—, hasta la orilla de la laguna. La lancha entró al agua y a ella se subió uno de los dos hombres, con varios bultos y provisiones. El hombre tomó el timón y aguardó, mientras que el otro hombre sostenía la lancha desde la orilla con una cuerda larga. El Gato me pasó los binoculares y dijo:

—Esperan algo.

Noté que el guardabarro del frente izquierdo del todoterreno estaba chocado. No mucho después, también observé la puerta de atrás abrirse.

—A alguien —comenté, mientras veía unas botas de cuero salir del carro y pisar la tierra firme. Estaba seguro de que les faltaba una tira de cuero, de las que ayudan a meter el pie. Le comenté al Gato:

—Seguís con suerte.

—Ah sí, ¿por qué?

—Es Marín.

—¿El regidor de Santa Cruz? —preguntó, con más asombro que incredulidad.

—El mismo.

La puerta del otro lado también se abrió y bajó el segundo pasajero. La segunda pasajera.

—Viene acompañado de su abogada.

—¿Reyes?

—En persona.

Nos volvimos a ver y, entre la oscuridad, supe que la cabeza de ambos explotaba con dudas, preguntas, conexiones.

Subieron a la lancha y después el hombre en tierra tiró la cuerda adentro. Esperó unos minutos mientras los veía zarpar y subió al todoterreno. Los focos del carro desaparecieron.

Eva, la capitana del barco, les dio un tiempo para que se adelantaran y después encendió el motor. Los seguimos a la distancia, lentamente. Gracias a la luna, se veía bastante bien la lancha; además, Jimmy seguía sus movimientos con los binoculares nocturnos. El Gato vino a sentarse a mi lado para conversar.

—¿Será la misma gente, entonces? —preguntó—. ¿Los narcos y los de la piñera?

—Quién sabe —respondí—. Es posible que la relación venga por otro lado. Ayer hablé con un amigo que conoce la zona de Los Chiles y me contó de varias familias que tienen, o en algún momento tuvieron, mucha tierra y poder por allá: Zamora, Lacayo, Basoalto, Reyes. No le di mucha importancia en ese momento, pero ahora…

—¿Los estarán escondiendo?

—Lo más seguro —comenté—. Antes de que jalen para otro lado u otro país… Será un tipo de favor de familia o quién sabe.

A nuestro alrededor, el cielo empezaba a salir de lo negro hacia un azul oscuro que era casi morado; una variación muy leve en el

tono: sin duda un augurio del amanecer que estaba por venir. Eso era bueno y malo, pensé. Los veríamos mejor, aunque también estaríamos más visibles. No podíamos perder ese anonimato. Era nuestra mejor arma, y tal vez la única ventaja sobre la rapidez segura de esa lancha.

La seguimos hasta el sur de la laguna y la vimos entrar a los canales. Nosotros entramos también. Pensé que ahí la lancha iba a estar más restringida para andar rápido, aunque también sería más fácil de perder entre el laberinto de los humedales. Como para confirmar este segundo pensamiento, la perdimos de vista cuando entramos al primer canal. No sé cómo, Eva supo dónde doblar. Conoce este lugar como a su propio cuerpo, comentó Jimmy. La lancha apareció a la distancia: un anzuelo que tratábamos de morder. Desapareció y apareció de nuevo. Los canales se expandían y multiplicaban. A su alrededor, la noche seguía viva; también los sonidos del bosque, que con el paso más lento y el espacio más restringido se magnificaron: lechuzas entre los árboles cubiertos de musgo, jaguarundis, caimanes, murciélagos, roedores e insectos: cien mil voces que cantaban al unísono, sin que los pudiéramos entender.

En algún momento de ese tiempo líquido, oscuro, Eva apagó el motor y quedamos a la deriva encima de la corriente. Con gran destreza y cuidado, la capitana guio la lancha hasta la orilla del canal, donde nos resguardamos detrás de unas palmas densas, conocidas ahí como yolillas. Apuntó hacia la distancia entre las hojas y dijo:

—Están desembarcando.

Efectivamente, ataron la lancha a los pilones de un muelle desvencijado y casi desaparecido. Estaba todo podrido, sin tablones, o con solo pedazos de tablones llenos de huecos. Sobre la orilla, una cuesta pequeña llevaba a una explanada que parecía mitad bosque y mitad potrero. No se veía a dónde se dirigía. De hecho, aún había suficiente oscuridad para necesitar los binoculares nocturnos y la narración de Jimmy y Eva. El resto de nosotros aguardaba en un silencio tenso. El primer hombre desembarcó; después lo siguieron Marín y Reyes.

—Irán para la casona vieja de los Castro —susurró Eva. Jimmy asintió en silencio.

Contaron que antes de la creación del Refugio, parte de esa tierra había pertenecido a una familia ganadera venida a menos. En algún momento, perdieron sus tierras y su fortuna debido a las malas inversiones y derroche de subsecuentes generaciones que heredaron y dividieron los bienes. Entre ellos, estaba la hija del dueño original —excéntrica, misántropa—, quien había construido en ese islote una casa para vivir y morir entre la única felicidad que había tenido: la memoria de excursiones en lancha con su padre a los canales cuando era niña. La mujer dejó una historia poco conocida, un marido y una familia, para retirarse a ese lugar olvidado antes de que fuera Refugio. Dicen que estuvo muerta varias semanas hasta que la encontraron, sola como pocas, abandonada por su única criada y casi convertida en el verde húmedo de esa tierra.

Pero como mucho en ese lugar, contó Jimmy, la historia se había vuelto leyenda, y después esa leyenda también cayó en el olvido. Quedó únicamente la casa arruinada, saqueada a través de los años por los pobladores de los islotes, abandonada a la intemperie de un lugar donde ya no reinaban los seres humanos. Decían que a veces la usaban los cazadores de la zona para dormir y armar sus fogatas, indigentes o forasteros que corrían de algo o iban de pasada. Hasta los maleku pasaban noches ahí cuando venían en sus temporadas de pesca. Ni Jimmy ni Eva sabían en qué estado se encontraría. Ninguno había ido ahí desde que eran niños.

El Gato y yo nos volvimos a mirar y después dije:

—Pues es hora de ir a ver cómo está eso.

Tomé los binoculares y observé a los tres pasajeros mientras preparaban sus bultos y provisiones. Cuando estaban listos, el otro hombre, el desconocido, sacó un cuchillo grande y se aproximó a la orilla. Mi amigo de los cuchillos, pensé inmediatamente. Cortó la cuerda que ataba la lancha al pilote y esta empezó a divagar sobre la corriente lentamente. El hombre tomó la delantera y Marín y Reyes lo siguieron a la cima de la pequeña cuesta. Después se perdieron entre el terreno que era bosque y también potrero. Desaparecieron.

# XXX

Lo primero fue decidir quién iba. Inicialmente, todos querían hacerlo; luego empecé a describir los posibles riesgos y vi que algunas miradas se apagaban o buscaban dónde descansar. Especialmente los ojos de Jimmy y Eva. Querían parecer comprometidos, pero se veía que tenían miedo. El Brujo sí quería ir, y había traído un revólver viejo que guardaba de la época de nosotros los dinosaurios. Sin embargo, no podía imaginarlo corriendo o disparando entre los campos y la oscuridad —su tamaño, tenía una pierna lesionada, entre otras cosas—. Francamente, este otro dinosaurio tampoco se sentía muy ágil. Los únicos que estaban convencidos eran el Gato y Diana. La segunda dijo que sabía disparar y tomó la pistola del Brujo cuando era obvio que él no podría acompañarnos. Yo quería decirle que mejor no, pero ella alzó la mano para callarme.

—Nada de esas mierdas, Chepe —dijo—. Voy y voy.

Eva acercó la lancha al muelle desvencijado y Jimmy la amarró a uno de los pilotes. El Gato, Diana y yo bajamos al agua oscura. En el amanecer creciente, la sentí trepar los pies como si fuera algo viscoso y frío, una premonición o un pozo. El Brujo, Jimmy y Eva nos despidieron con una mezcla de solemnidad y preocupación, y fue en ese momento que sentí el peligro real de la expedición, la posibilidad de no volver. Entonces traté de pensar en cosas más prácticas, como en que el amanecer ya venía y cuánta distancia nos habrían sacado en la caminata.

Le pregunté a Jimmy por las dimensiones generales del islote. Dijo que era grande —la mayoría eran muy pequeños—, aunque

tampoco inmenso. Todos los caminos llevaban a la casona vieja. Nos dio algunas indicaciones y nos despidió:

—Vayan con mucho cuidado —dijo—. Y que Dios los acompañe.

Solté la cuerda que ataba la lancha al pilote y la tiré dentro de la nave. Eva encendió el motor y los miramos retroceder lentamente desde la orilla. Iban por la otra lancha, abandonada a la corriente. La idea era abordarla y llevarla a Río Negro. Quizás había evidencia a bordo y, además, ¿quién deja una lancha botada así no más?

—Una locura —comentó Diana—. ¿Cómo pensaban salir?

—Es que no van a salir en lancha —respondí. El Gato y yo intercambiamos miradas.

—Helicóptero —dijimos a la vez.

Diana nos volvió a ver como si estuviéramos locos. Le explicamos la situación, y si le preocupó una posible conexión con el narcotráfico, no lo mostró. Se alistó para salir al igual que el Gato y yo. El Gato, especialmente, parecía estar listo para un operativo comando o una guerra. Vino más preparado que nunca —influencia de Ligia, sospechaba yo—. Sacó la automática y la examinó: balas, cargadores, funcionamiento general. Se acomodó un bulto con algunas provisiones que llevaba encima del uniforme y de un chaleco antibalas delgado. Había traído otros dos chalecos y nos los pasó —falso seguro contra la muerte, pensé—. Encima de la cabeza llevaba la gorra, y para equilibrar los extremos del cuerpo vestía unas botas militares que ni siquiera se quitó cuando bajamos de la lancha al agua. Todo decía «Policía» en esas letras amarillas brillantes, con el parche de la bandera nacional en el hombro derecho, y en el otro hombro, el escudo de la Fuerza Pública. Se veía formidable, había que admitirlo, daba confianza o por lo menos hacía pensar que algo oficial e importante pasaba ahí. Era un torbellino de azul oscuro.

Diana y yo hicimos lo mejor posible para igualarlo. Nos pusimos los chalecos y revisamos la automática mía y el revólver viejo que ella tomó del Brujo. Volvimos a vernos, para darnos fuerza. A los doscientos metros, encima del agua, la lancha con sus tres tripulantes estaba muy cerca de la otra lancha. Después de asegurarla, iban a buscar una señal para llamar a Ligia y al OIJ,

porque, obviamente, en el islote no entraban los teléfonos, como si estuviéramos en una película de terror mediocre o en otra realidad.

Desde la popa, el Brujo nos volvía a ver, silente y estoico. Parecía eterno, inmenso: una estatua o un monumento que el bosque aún no reclamaba o destruía. Alzó la mano y nos despidió, como una bendición. Para ese entonces, habíamos ascendido la cuesta pequeña que subía desde la orilla. Despedimos al Brujo con la mano y seguimos nuestro camino.

Frente a nosotros, un trillo se abría paso entre la maleza crecida, las palmas, los árboles que chorreaban lianas, musgo y bromelias. El bosque se volvía espeso y todo era humedad, exuberancia; el aire encendido por la mano tenue de un cielo que pasaba de ceniza a azul. No se escuchaba más que el palpitar vivo de la vegetación y los animales; un sonido abarcador, vasto, como si el mar nos esperara afuera del bosque o quizás muy adentro. Pensé que si los fugitivos estuvieran cerca, no los escucharíamos ni los veríamos. Serían fantasmas como también los alrededores se habían llenado de fantasmas. Se escuchaban alas y vuelo, pero no se veían los pájaros; se movían hojas y maleza, pero no se vislumbraban ni reptiles ni mamíferos; se alargaba el trillo frente a nosotros, pero no se sabía qué había más allá de una recta o una curva.

Entre los sonidos y la incertidumbre, caminamos por minutos que parecieron horas, tensos y empapados de sudor. El bosque nos sostenía o nos atrapaba. La vegetación densa se fue volviendo rala y nos llevó a una casona vieja situada a pocos metros de distancia; era como una aparición. Del centro de la casa brotaba una ceiba inmensa que en algún momento había roto el techo herrumbrado y cubierto de moho y líquenes de colores. De hecho, la casa entera parecía cubierta de moho, como si la hubieran sumergido en el agua negra de los humedales y salió chorreando plantas y lodo. Estaba alzada encima de pilotes, por las inundaciones de la época de lluvias. Moviéndonos todavía protegidos por la vegetación comprobamos que en la parte de atrás el terreno descendía unos cincuenta metros hasta la orilla de un canal: el final del islote. Antes de llegar a la orilla, el descenso se convertía en un tipo de sabana natural, unos veinte metros en redondo, con zacate y maleza

crecida. Fácilmente podría utilizarse como pista de aterrizaje para un helicóptero.

Nos acercamos al límite entre el bosque más denso y el espacio abierto frente a la casa, resguardados entre palmas y árboles. Observamos durante un tiempo y tratamos de escuchar o ver algo dentro de la casa. No vimos ni escuchamos nada.

—¿Estarán adentro? —preguntó Diana.

—Es lo más seguro —contesté.

—Está muy callado esto —dijo. El Gato asintió.

Yo pensé que era extraño decir que había silencio cuando lo único que se escuchaba era ruido, tan acostumbrados estábamos a sentir la naturaleza como un trasfondo. Después pensé que lo que Diana quería decir era que había tensión y miedo. Yo asentí más que todo por eso.

—¿Cómo vamos a hacer, Gato?

—Creo que lo mejor es darle la vuelta a la casa y entrar por atrás. Ustedes por un lado y yo por el otro.

Así rodearíamos la casa y entraríamos al claro de manera perpendicular, en un avance directo. Llegaríamos a los pasillos que había a ambos lados y nos moveríamos hacia la parte de atrás. Nos encontraríamos ahí y entraríamos. De esa manera, nos valdríamos de nuestra más grande ventaja: la sorpresa. También cubriríamos la salida de la casa hacia la sabana pequeña y el canal por si llegaba el transporte aéreo. En el camino quizás podríamos localizar a los tres fugitivos. Si ellos nos veían primero, estaríamos divididos y eso ayudaría a defendernos desde varias líneas de tiro, sin estar todos amontonados en el mismo lugar. Si alguien se encontraba en problemas, los otros podrían venir a ayudar. Por lo menos ese era el plan.

—A ver, entonces —dije.

El Gato se volvió hacia nosotros, hizo un guiño y salió hacia la izquierda, en una media luna rápida, eficiente, acercándose a la casa pero sin salir al claro. Diana y yo nos volvimos a ver.

—¿Vamos? —preguntó.

—Vamos.

Salí primero y ella me siguió; los dos íbamos encorvados, tratábamos de ser conscientes de cada paso y de lo que había bajo nuestros pies. No queríamos hacer más ruido de lo necesario, aunque también necesitábamos movernos con eficiencia. Por suerte la vegetación que estábamos dejando atrás escondía nuestros sonidos: ese clamor que aún queríamos confundir con silencio.

Llegamos al final de los árboles, frente al lado derecho de la casa. Desde el otro lado, a unos treinta metros, notamos un resplandor rápido entre el bosque, como un filo. Era el Gato: estaba en posición. Usé un vidrio pequeño —el Gato lo había traído entre su equipo— para devolver el mismo brillo tres veces. A la distancia, lo vimos salir hacia el lado izquierdo de la casa; después yo me dirigí hacia el lado derecho y Diana me acompañó, ambos con las pistolas enfrente, apuntando el camino.

La casa en general tenía forma de rectángulo, de un solo piso, excepto por un alto que podría ser un dormitorio, un observador o una oficina. Tal vez en algún momento la casa estuvo pintada; ahora solo quedaba la sombra. El clima se la había comido, y también se había comido la madera que se veía desgastada y casi blanca. Como estaba alzada sobre los pilotes, se llegaba a los pasillos —tal vez de quince metros de largo— por unas gradas que también eran de madera. Las empezamos a subir, despacio y con mucho cuidado. Los tablones estaban sueltos en varios lugares, a veces desaparecidos por completo, y se veía que el espacio de abajo era usado por los animales como guarida o resguardo de las lluvias. Todo crujía bajo nuestros pies, y cada crujir era un golpe seco; un momento para dejar de respirar y entregarse a los sentidos más agudos y casi febriles. Las cosas parecían magnificadas en esos instantes, la realidad se sentía líquida y la visión de los alrededores como al final de un largo embudo.

Ya en el pasillo, descansamos la espalda contra la pared. Respiramos hondo. La mañana estaba encendida y la humedad se colgaba de la ropa y la piel. Tratamos de escuchar algún movimiento adentro y a veces sí parecía que flotaban pasos tenues entre el viento; voces sin origen —¿eran voces?—, golpes dispersos, pisadas o movimientos que hacían crujir la madera. Parecía que la casa

entera estaba murmurando. Sin embargo, era imposible saber si los sonidos provenían de las personas que buscábamos, de fantasmas de otra época o de los ruidos sin dirección de esa tierra salvaje y olvidada.

Entre los tablones de madera de la pared a veces había espacios o huecos, por los que se filtraba el interior en penumbra: el piso quebrado, una pared manchada de hollín, una silla destartalada, un plato y una taza de loza llenos de grietas. Pero era imposible convertir esos fragmentos en coherencia o en un plano claro del interior. Más bien nos empezamos a mover muy lento hacia la parte de atrás de la casa. Pasamos debajo de una ventana, y ya del otro lado, tratamos de mirar hacia dentro. El vidrio estaba quebrado, solo quedaban pedazos, y el viento entraba y salía con un silbido extraño.

Acaparaba gran parte del área central la ceiba: un gigante encarcelado que había quebrado todas sus cadenas y sus raíces habían destruido partes del piso. A su alrededor, se escuchaban alas y movimiento. Pensé que serían pájaros, pero al fijarme con más atención, vi que las manchas en el tronco eran murciélagos que descansaban en la penumbra. Estaban alineados en un zigzag descendiente, casi del mismo color del tronco. De vez en cuando, alzaban el vuelo y pasaban bajo el cielorraso o pedazos del cielorraso abierto a la mañana, como palomillas inmensas.

Seguimos hasta el final del pasillo y doblamos a la izquierda. Atrás de la casa, en el otro extremo, nos esperaba el Gato. Estaba recostado contra la pared, con la automática sobre el pecho. Frente a nosotros el terreno descendía hasta la sabana pequeña. Cerca de la orilla del canal se veía un establo en ruinas o algo parecido. Tal vez solo ruinas, pensé, aunque el techo de zinc y varias otras partes estaban en pie.

El Gato se movió hacia nosotros para alcanzar la puerta de atrás de la casa. Diana y yo nos acercamos también. Él a un lado y nosotros al otro; el Gato se puso el dedo índice en los labios en señal de silencio. Afirmé con la cabeza mientras él daba vuelta a la manija y abría la puerta. Nos mantuvimos a cada lado, por si acaso, pero no hubo ni disparos ni sonidos. El Gato asomó la cabeza y

volvió a la pared. Indicó que no había nadie. Entró y revisó el espacio. Nosotros lo seguimos.

El lugar debió de haber sido la lavandería de la casa. Nada más que ahora no había pila ni tubos o entradas de agua. Todo había sido arrancado de raíz. A la izquierda, en lo que alguna vez fue una cocina, los electrodomésticos, mesas y fregaderos también fueron arrancados de raíz. Al lado de la cocina, un pasillo daba a un cuarto pequeño seguramente de servicio. Pasando por la cocina llegamos a un espacio sin paredes y sin divisiones donde estaba la ceiba, o más bien ahora se había convertido en el cuarto de la ceiba, el único habitante permanente y entero de esa casa.

Pasamos a un lado del árbol, entre un olor a encierro, moho y humedad. A la derecha, unas gradas subían a la parte alta. Del otro lado, el espacio daba una vuelta en U hacia el cuarto de la empleada. Pensé que deberíamos revisar ese espacio, pero el Gato ya había empezado a subir las gradas y era demasiado tarde. Seguramente quería valerse del factor sorpresa. Había que cubrirlo. Fue un gran error.

Subió una, dos, tres gradas. Estaban en muy buen estado, se notaba que alguien las había reparado recientemente. En vez de madera, estaban hechas de un cemento muy simple, sin pintar. Llegaban a un descansillo y luego continuaban, en la otra dirección, hasta una puerta cerrada, también en buen estado. De hecho, la puerta y las cerraduras eran nuevas. Alguien estaba usando ese espacio arriba. Alguien estaba allá arriba.

El Gato llegó al descansillo y empezó a subir hacia la puerta: una, dos, tres gradas. Yo aguardaba desde la parte más alta del primer grupo de gradas; apuntaba con la automática hacia la puerta del alto. Diana estaba abajo, a un lado de la ceiba. Esperaba nerviosa, aunque concentrada.

Lo que pasó después se me confunde; el orden de lo que pasó, tal vez porque no hubo orden y todo pasó de repente. Cuando el Gato llegaba a la puerta y alzaba la mano para tantear la cerradura, la puerta se abrió de golpe, como si el Gato la hubiera empujado con la mente. Marín salió y disparó rápido, tres veces. El Gato cayó para atrás, al descansillo. Yo disparé también, mientras me movía hacia el

Gato. Fueron dos disparos. Impactaron a Marín en el cuello y en el pecho. Lo vi caer en el marco de la puerta, inmóvil. No tenía que revisarlo para saber que di en el blanco: estaba muerto. ¿Y el Gato?

En el mismo momento que Marín salió y disparó, desde abajo escuché tiros también. Por lo menos fueron cuatro, de dos direcciones diferentes. Después de que Marín cayó, me volví y vi a Diana en el suelo, a un lado de la ceiba. Revisé al Gato y lo vi respirar. Lo jalé rápido, fuera de la línea de tiro de arriba. En el alto no se veía nadie y no hubo más disparos, entonces bajé corriendo. Encontré a Diana tirada en el suelo, de medio lado, con la pistola en la mano. El tronco de la ceiba estaba baleado y había otro bulto humano en el suelo a la distancia. Revisé a Diana rápidamente y la encontré entera y sin heridas, solo muy asustada. La dejé y corrí al otro bulto. Era Reyes, la esposa de Marín. Estaba muerta. Dos de tres, fue lo único que pensé. Falta uno.

Volví y ayudé a Diana a levantarse. Estaba temblando y miraba el cuerpo de la mujer.

—¿Está muerta? —preguntó.

—Sí.

Sus ojos parecieron hundirse. Nunca ha matado a alguien, pensé.

—Ya se acabó —le dije—. Ayudáme…

Subí las gradas hasta el descansillo donde el Gato había levantado el torso y se apoyaba contra una baranda. Respiraba hondo, forzado; tenía el rostro pálido y estaba todo sudado. Había sangre por todos lados. ¿De dónde venía?

Empecé a tantearle el pecho, bajo el chaleco antibalas. Por suerte, dos de los tres tiros pegaron ahí. El otro lo tomó en el hombro. El Gato se lo agarraba con la mano entre un puro sangrerío. Diana llegó, también pálida, aunque un poco más repuesta por la necesidad de ayudar. Entre los dos le quitamos el chaleco y le armamos un torniquete lo mejor que pudimos. Arriba no se escuchaba nada, aunque había que ir a revisar. Lo último que necesitábamos era otra sorpresa.

—¿Cómo estás, Gato?

—Como si me hubiera pasado un tren por el pecho —contestó; respiraba hondo y profundo.

—La viste fea —dije.

—Peor la voy a ver con la esposa.

Sonreí mientras le hacía señas a Diana para que le cuidara la herida. Subí.

El alto estaba vacío. Era un simple cuarto que claramente había sido remodelado recientemente. Había una cama, una mesa con dos sillas y un librero con un teléfono satelital encima. A unos metros de la puerta, del lado del cuarto que daba hacia el canal y la sabana, unas escaleras angostas bajaban en espiral hasta el primer piso. Algo así me había imaginado. Las gradas bajarían al viejo cuarto de la empleada, pensé, donde había estado Reyes.

Llegué hasta la parte alta de las gradas. Bajé parcialmente y apunté hacia abajo con la automática. Nada. El espacio estaba vacío. Subí y tomé el teléfono satelital. Lo revisé y servía. Regresé donde el Gato y Diana.

—El tercero se nos fue —dije—. Voy por él.

Le pasé el teléfono a Diana y le dije que llamara a Ligia y al Brujo.

—Que se vengan los caballos —comenté, aunque los dos me volvieron a ver extrañados.

—Otro contexto —comenté, todo idiota.

Revisé que estuvieran armados, que estuvieran bien, resguardados, y me di vuelta para salir. Diana me tomó del brazo primero:

—Chepe.

Me jaló hacia ella y me plantó un beso en la boca, como en las películas. Si me voy de este mundo, pensé, por lo menos me voy con ese sabor en los labios. Cargué la automática y me dirigí hacia la puerta de atrás de la casa. Mi amigo de los cuchillos tenía que haber salido por ahí.

# XXXI

Salí de la casona con la automática en alto. Revisé el espacio de un lado al otro; después otra vez, y otra vez más.

No se veía nada, ni rastro del hombre. Tampoco tenía dónde esconderse. El terreno bajaba hacia la sabana, la maleza un poco crecida, pero todo expuesto. Hacia la izquierda, cerca de la orilla, estaba el establo viejo. Era el único lugar para resguardarse. Otra posibilidad era que el hombre se hubiera devuelto al bosque. Sin embargo, ahí no tenía futuro. El único futuro era que alguien viniera por él, y eso tendría que pasar en la sabana, junto al canal.

Me dirigí al establo. Quince metros, diez, cinco, dos. No era muy grande, unos cinco metros a cada lado. Estaba claramente abandonado; la madera caída entre los viejos encierros, despintada. ¿Dónde se había metido?

Seguí del establo hasta la orilla del canal; busqué en ambas direcciones y en todas las direcciones. La corriente pasaba fuerte, el agua negra y el sol reflejado encima: brillo sobre obsidiana. ¿Se habría tirado al canal? ¿Sabría cómo salir nadando entre los islotes?

Volví al establo y empecé a revisarlo más detenidamente. El suelo. ¿Qué pasaba con el suelo? Parecía más nuevo que el resto de la estructura. Era de cemento, sin grietas o huecos. Recién chorreado, pensé. Se parecía al concreto que habían utilizado dentro de la casa para reconstruir las gradas del alto. En una de las esquinas del piso había una pila de hierba y heno, como para alimentar ganado, pero era obvio que no hubo ganado ahí en mucho tiempo. No se veían rastros de ningún animal.

Caminé al montón y lo moví con el pie. Eso expuso una puerta en el piso, cuadrada y metálica, con una compuerta pequeña en el

centro y una manija. Un cuarto, pensé, algún tipo de refugio o búnker. Era un hallazgo importante y un peligro. Habría que bajar sin saber qué o quién había dentro, para peores sin respaldo. Tal vez es lo que quiere, pensé, que lo encuentre y baje. Era un reto y una invitación. Mi parte racional decía que era mejor esperar, cubrir la puerta y aguardar a la policía y el OIJ. Pero ¿y si el hombre tenía un teléfono satelital abajo y había llamado para que lo vinieran a buscar? ¿Qué pasaba si su transporte llegaba antes que el mío? Recordé los detalles del Gato sobre el arsenal que encontraron en la casa de la montaña. No quería enfrentarme a un grupo con ese tipo de armamento. ¿Y si abajo el hombre estaba igual de armado? Era imposible saber qué tenía almacenado. ¿Sería otro helipuerto narco?

Tomé la decisión y levanté la manija. El que no juega… La puerta se abrió y reveló una escalera de metal, anclada a una pared de tierra, que bajaba como tres metros. Una luz mortecina, blanca, iluminaba el descenso. Era débil y provenía del interior de lo que parecía ser un cuarto muy simple. No se veía nada más.

Bajé un escalón, dos, aunque de espaldas, mientras miraba hacia el otro lado, con la automática en la mano. Es tan incómodo como suena, pero no quería dejar la espalda expuesta y recibir una bala sin poder ver. Ya para el tercer escalón, pude ver el espacio mejor. El cuarto era rectangular, unos cuatro metros por ocho. El piso era de cemento, como el del corral arriba; estaba cubierto con tierra e insectos muertos. En una esquina se veían galones de agua, comida enlatada; después se reveló parte de una mesa rústica y una silla en el centro del espacio. Bajé otro escalón más: una linterna eléctrica descansaba encima de la mesa: la única luz. Otro escalón, luego el último, y estaba con los pies en el cemento. Desde ahí podía ver todo el espacio. Hacia el final, unos barrotes surgían del piso al techo. Formaban una celda pequeña contra la pared del otro extremo. Dentro había un colchón tirado en el suelo, un balde lleno de orines o mierda, otro balde con agua, un plato con restos de comida, cuadernos y apuntes. De pie frente a todo esto, con una automática que le apuntaba a la cabeza, estaba Jaime.

No puede ser, pensé. Lo repetí varias veces, como un mantra, sin lograr aceptar la obviedad de lo que estaba viendo. No sabía si lo

veía a él, o a la memoria de él; un tipo de aparición resucitada del agua negra de los humedales. Se veía más flaco, jalado y pálido por la falta de luz. Tenía la barba crecida, el pelo más largo. Lo único que pude pensar, idiota y obvio, fue que llevaba dos semanas sin hacerse la barba; llevaba dos semanas ahí. ¿Cómo estaba vivo? ¿Por qué?

Atrás de él, mi amigo de los cuchillos sostenía la automática.

—Hasta ahí, don Chepe —dijo.

Tenía unos cincuenta años, alto y flaco, con el cabello plateado casi por completo. Su piel estaba endurecida por el sol, como si fuera de cuero o de un material fibroso; los músculos bien definidos por el trabajo y las acciones fuertes. Sostenía la automática con una mano, y con el otro antebrazo la cabeza de Jaime en un tipo de llave. Jaime se veía asustado, congelado, como uno de esos pájaros nocturnos que rehúsa alzar vuelo ante los focos de un carro.

—Si hay alguien arriba —dijo el hombre—, dígales que no se muevan y que se queden ahí.

Tal vez por eso no ha disparado, pensé, tiene que pensar en cómo salir.

—Diana —grité, para hacer la pantalla—. Quedáte atrás. Aquí esta Jaime y lo tienen encañonado.

Jaime me volvía a ver, asustado y perdido. Estaba adormecido por el letargo de la oscuridad abajo. Solo entendía a medias lo que estaba pasando. Le dije algo para calmarlo:

—Jaime: soy Chepe. Alejandro me contrató para buscarte. Quedáte tranquilo y vamos a salir bien parados de esta. Ya casi se termina todo. Nada más hacé lo que te diga.

—Eso, don Chepe —dijo el hombre—. Así me gusta. Todos muy tranquilitos y todos salimos ilesos de aquí…

—Usted manda —le dije.

—Así me gusta… Esto es lo que vamos a hacer: usted va a poner la automática en la mesa, muy despacio, y se va a poner contra la pared, con las manos arriba. Después yo y Jaimito vamos a salir porque ya viene mi taxi en camino… Cuando llegue, me monto y les dejo a Jaimito. Todos nos vamos para la casa y final feliz para todos.

El hombre tenía un teléfono satelital metido entre la faja, igual al que había visto en el alto. Del otro lado de la faja estaba el famoso cuchillo. Sin duda viene el helicóptero, pensé, pero jamás va a soltar a Jaime, es el único seguro que tiene.

—¿Cómo sé que no va a dejarnos aquí enterrados? —pregunté.

—No me conviene, don Chepe. Hay una gran diferencia entre secuestro y homicidio. Estoy seguro de que usted ya llamó a sus colegas de la policía, del OIJ o lo que sea. De aquí a que lleguen, yo voy a estar bien lejos. Si les dejo al hombre aquí, nadie me va a buscar por un secuestro que ya se resolvió, ¿verdad? Si llevo muertos encima, eso es otra cosa.

—Ya dejaron a mi colega casi muerto.

—Ese no fui yo. Ese fue don Antonio, seguramente, o la doña de él. Yo no tengo nada que ver con eso. Por esa misma razón, los dejé en la casona y me vine. Yo le dije a mi patrón que era un error ayudarlos. Y tenía razón. Las broncas de ellos, las tortas de ellos, no son las nuestras. Quedamos en esconderlos hasta que el transporte viniera a buscarlos. Íbamos a salir juntos, es todo. Un aventón, digamos. Por lo que puedo ver, usted estando aquí, imagino que me voy solo. No importa: me voy.

—¿Y Jaime?

—Pues lo de Jaimito era otra cosa… Marín ni sabía que estaba aquí. Yo lo había encontrado husmeando por ahí. Estaba confundido con lo que pasaba aquí en el Refugio con nuestra piñera. Por eso nos está ayudando a escribir nuevos estudios del agua, de los suelos y demás. Queremos dejar en claro que la piñera no está contaminando, para que no haya malentendidos a futuro y podamos seguir con nuestro trabajo.

Claro, pensé, los escribe forzado, les enseña cómo manipular los datos y después termina en el fondo de esas aguas negras. Si no hay cuerpo, tampoco hay homicidio. Lo que no sabía el hombre era que Diana estaba a punto de destapar la olla. Tal vez intuía algo, aunque pensaba que aún podía deshacerse de la evidencia incómoda. Con refuerzos podría limpiar ese lugar; limpiarnos del lugar. Además, lo haría parecer como violencia ligada al narco…

Había que estar listo para cualquier cosa. Aunque con Jaime ahí, solo podía seguir instrucciones por el momento.

—Cuando guste, don Chepe —dijo el hombre.

Caminé despacio hacia la mesa y puse la automática encima. Después empecé a retroceder hacia la pared, con las manos en alto. Pensaba que en cualquier momento iba a sentir el balazo, pero el hombre siguió apuntando a Jaime. Empezó a caminar con él hacia la salida. Pasaron del otro lado de la mesa y yo seguí contra la pared, la linterna eléctrica entre nosotros. Alumbró a Jaime y alumbró sus grandes ojeras. Se veía dócil, asustado, casi sin fuerzas o con muy pocas fuerzas. Su camiseta y pantalones estaban manchados de tierra y sudor, de miedo y noches largas —una sola noche larga—.

Llegaron a la escalera y el hombre le hizo señas a Jaime para que subiera primero.

—Lento, Jaimito, muy lento.

Jaime se aferró a la escalera y empezó a subir. Un escalón, dos, tres. Parecía cansado y muy débil. O por lo menos nos convenció de que estaba cansado y muy débil. Paró en el cuarto escalón para respirar hondo, como si agarrara fuerza. Luego volvió a verme a través del espacio y sentí que quería decirme algo. No entendí qué era, pero sí entendí cuando, rápido y explosivo, pateó al hombre justo en el momento que este empezaba a subir. El hombre tambaleó, volvió al piso y trató de recuperar su posición. Yo aproveché el momento.

Corrí a la mesa y apagué la linterna eléctrica: oscuridad casi completa. La única luz provenía de la compuerta abierta sobre la esquina: fragmentos de cielo, nubes y una mañana encendida.

El hombre tuvo que escoger. Disparó en mi dirección y eso le permitió a Jaime salir. Subió los escalones muy rápido y ya estaba afuera. Su silueta apagó el cielo por un instante, como un eclipse. Vino otro tiro entre la oscuridad; explotó pedazos de cemento muy cerca de mí.

Para ese entonces, yo había alcanzado mi automática y disparaba también. El primer tiro no pegó, ni el segundo. Las balas encendían la oscuridad intermitentemente, como rayería sobre un horizonte

negro. Luz. Oscuridad. Luz. Las utilizábamos para localizarnos en el espacio. Para cazarnos.

El hombre disparó una tercera vez y una cuarta. Sentí la última bala pasar, la escuché, como un insecto que zumba muerte y olvido. Disparé una tercera vez, una cuarta vez y el silencio se extendió. Volqué la mesa y la acomodé enfrente, aunque ya no era necesario. El silencio creció.

Busqué la linterna y la encendí. Revisé el espacio: escalera, cielo, tierra, cemento. El hombre había caído entre los galones de agua y las latas de comida, en la esquina. Salí hacia él con la automática enfrente. Disparé dos veces más, por si acaso. Después lo revisé para confirmar lo que ya sabía: estaba muerto. Tomé el teléfono satelital de su faja. Del otro lado de la faja, el cuchillo brilló una última vez; después se apagó.

Subí los escalones y salí a una mañana brillante y clara. Tuve que cerrar los ojos, encandilado. La humedad se me tiró encima, como un molusco. A mi lado, Jaime salía detrás de una de las esquinas del establo, con un pedazo de tronco viejo entre las manos.

—No sabía quién iba a salir de ahí —dijo.

Estaba todavía cegado por la luz, desubicado y tambaleante. Fueron dos semanas sin luz, pensé, o con solo la esperanza que también es una forma de luz.

Botó el tronco y cayó sentado en el suelo, exhausto y anonadado. Me acerqué y le puse la mano en el hombro mientras empezaba a llorar.

—Ya se acabó, Jaime. Estás libre.

Le hablé como a un niño y lo vi llorar largo y tendido, también como un niño. Después tomé el teléfono y marqué el número que había memorizado. Adriana contestó al otro lado.

—Adriana: es Chepe. ¿Está Marina ahí?

—Hola, don Chepe. Sí… ¿Qué pasó? —sentí la voz nerviosa y estresada.

—Tranquila —dije—. Todo está bien. Dame un segundo, que alguien les quiere hablar.

Le pasé el teléfono a Jaime y lo escuché decir «Hola, mi amor» antes de que se le quebrara la voz. El resto de la conversación ya no

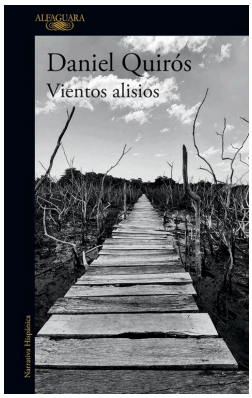
era para mí.

Me alejé hacia la orilla y vi a Diana bajar desde la casa y salir. Llegó a abrazarme con gran sentimiento y alivio. Hacía rato que nadie me abrazaba así. Dijo que la policía, y los del bote, estaban en camino. El Gato seguía golpeado, pero estable.

Saqué el paquete de cigarrillos y se lo ofrecí. Tomó uno y le extendí la llama para que lo encendiera. Encendí el mío y los dos exhalamos con fuerza, como si hubiéramos dejado ir algo o como si ese algo nos hubiera soltado de repente.

Fumamos un tiempo, sin decir nada. Después nos pareció escuchar un helicóptero o algo que pasaba lejos por el cielo. Nunca llegó o, por lo menos, nunca lo llegamos a ver. Frente a nosotros, el agua del canal pasaba oscura y fuerte, como pasaría mañana y como había pasado siempre. Una ráfaga de viento la agitó por un momento y desapareció.

*San José, Costa Rica, septiembre del 2024*




«Las cosas han cambiado mucho en los últimos treinta años, don Chepe. El motor de este país es ahora el turismo, también el turismo residencial, nos guste o no. Costa Rica se ha transformado en una economía de servicios porque, tristemente, así es como sobreviven los países como nosotros en la economía global.»

Don Chepe, un exguerrillero desencantado, cínico, socarrón, reconvertido en detective, es contratado por Antonio Marín para investigar la desaparición del biólogo Jaime Morales; ambos son dueños de una consultora ambiental en Guanacaste, en la costa pacífica de Costa Rica, y se dedican a realizar estudios de impacto ambiental. En el área, Playa Almendros, zona de gran potencial turístico y de ebullición constructora, evidencia el descontrol y la creciente amenaza al ecosistema. La investigación llevará a don Chepe a descubrir una serie de secretos que parece que muchos conocen pero callan: helipuertos narco, políticos corruptos, piñeras que contaminan las aguas, así como mega festivales de música electrónica.

Sirviéndose de una problemática que pone en tela de juicio las prácticas del "todo se vale" en aras del desarrollo, Daniel Quirós vuelve al género de la novela negra y, además, rural, en donde la naturaleza se convierte en protagonista esencial de la trama. Literatura, *econoir*, en todo caso una buena historia y bien contada.



**Daniel Quirós** (San José, 1979) Su primera novela, *Verano rojo* (2010), ganó el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría y fue nombrada entre las treinta mejores publicaciones costarricenses de los últimos treinta años por la Academia Costarricense de la Lengua. También ha publicado la colección de cuentos *A los cuatro vientos* (2009/2021) y las novelas *Lluvia del norte* (2014) y *Mazunte* (2015). Su cuarta novela, *Vientos alisios*, completa una trilogía de novela negra o "tico noir" junto a *Verano rojo* y *Lluvia del norte*. Quirós es doctor en literatura latinoamericana por la University of California San Diego y trabaja como profesor en Lafayette College. Reside entre Costa Rica y Pensilvania, EEUU.



**Vientos alisios**

Primera edición digital: enero, 2026

D. R. © 2026, Daniel Quirós
by arrangement with Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt
e.k. Frankfurt am Main, Germany

D. R. © 2026, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Diseño de portada: Penguin Random House / Maru Lucero
Fotografía de portada: iStock by Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor y conexos sobre este libro y cualquiera de sus

contenidos pertenecientes a PRHGE. Por lo que queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo, pero no limitado, a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar cualquiera de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.org.mx).

ISBN: 978-607-386-933-1

Composición digital:
*Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S. A. de C. V.*

Facebook: @penguinebooks
X: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
YouTube: @penguinlibrosmx
TikTok: @penguinlibrosmx

# ÍNDICE

*Vientos alisios*

*Sobre este libro*
*Sobre el autor*
*Créditos*

# Table of Contents

Vientos alisios
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos